

*Te voy a llevar
al cielo*

Golcar Rojas

Copyright © 2015 Golcar Rojas

All rights reserved.

ISBN-13:978-1517153090

ISBN-10:1517153093

Reservados todos los derechos. Este libro, «*Te voy a llevar al cielo*», no podrá ser copiado, fotocopiado, impreso, reproducido o transmitido en cualquier forma y/o por cualquier medio — incluyendo medios electrónicos y mecánicos— o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin el previo permiso escrito del autor.

«*Te voy a llevar al cielo*» es una obra de ficción producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido o semejanza con hechos, situaciones, diálogos o personajes reales es pura coincidencia. Ninguna parte de la obra guarda relación alguna con hechos, personajes y situaciones reales y los nombres de los personajes son todos ficticios

ÍNDICE

- 1 LA MUERTA DE LA *SUITE HEAVEN*
- 2 LA SEXY NOVIA DORMIDA
- 3 EN ESTA MIERDA DE PAÍS NO VALE LA PENA ESTUDIAR
- 4 EL GENERAL Y SU TRAGEDIA
- 5 EL GENERAL EN PARÍS
- 6 UN INSPECTOR CON UN FUTURO PROMETEDOR
- 7 ÁNGEL Y LAS FOTOS
- 8 «NO ES QUE SE PARECE, ES QUE ES ELLA»
- 9 EL TRASLADO DEL CADÁVER
- 10 «NO PARECE INTENCIONAL»
- 11 KUNG FU Y LA HIPOXIFILIA
- 12 «ESTA VAINA HUELE MAL»
- 13 EL NOVIAZGO Y LA PEDIDA
- 14 EL VELORIO
- 15 EL CUMPLEAÑOS DE ÁNGEL
- 16 EL GENERAL Y COCÓ VILLASMIL
- 17 UN NUEVO AUDIO
- 18 «LLÉVAME A UNA SUITE DEL *SUEÑOS INN*»
- 19 ANAXÁGORAS MONTIEL, HABLÓ
- 20 «SIGO SOÑANDO CON ELLA»
- 21 EL PSIQUIATRA SEGISMUNDO PORTILLO
- 22 EL ENDOCRINO
- 23 «¿SOY BIPOLAR?»
- 24 MUERTE DEL ENDOCRINO
- 25 TODA LA VERDAD
- 26 LOS HECHOS
- EPÍLOGO

1

La muerte de la *Suite Heaven*

—José Alberto, tienes que venirte ya al *Sueños Inn*.

— ¡Coño, Andrés! No son ni las seis de la mañana. A esta hora ni las calles están puestas y menos un domingo. ¿Qué te pasa?

—No te lo puedo decir por teléfono. Tú sabes que estos bichos están pinchados y es una vaina grave y pa'yer.

—A ti te encanta un misterio, Andrés. De vez en cuando se te sale la loca intrigante que tienes reprimida por dentro. Dime cuál es la verga...

— ¡Coño, José Alberto! Deja la pendejada y mueve el culo que es de vida o muerte. No quiero que venga la policía antes de que tú me digas qué hacer.

— ¡Verga! ¿Policía? ¡No me cagues! Ya voy pa'llá.

José Alberto se pasaba las manos por la cabeza, alternándolas, tratando de poner sus pensamientos en orden. Para nada le gustaba lo que se había encontrado en el *Sueños Inn*. Su intuición de hombre curtido en ambientes de bajos fondos le decía que si no actuaba con cautela todo podría salirse de las manos y complicarse.

—Esto es fatal para el Hotel y para los dueños. Ahorita lo que menos nos conviene es un escándalo de este tipo. —
Dijo José Alberto al llegar a la escena del crimen, mirando alternativamente a Ángel y a Andrés.

—Tendré que llamar a Carmelo, el dueño, antes de hacer nada porque esto hay que tratarlo con mucho cuidado y discretamente. ¿Qué viste, tú, Ángel?

—Nada. Me había quedado dormido en el pasillo porque no

tenía nada qué hacer y mientras esperaba que desocuparan alguna habitación para limpiarla, cabeceé sentado en el suelo, al fondo del corredor. Me despertó un ruido metálico y, cuando abrí los ojos, vi un tipo con mono deportivo y gorra que cruzaba con paso apurado el pasillo para irse. Traté de llamarlo pero no me dio chance. Después, me conseguí a la diosa aquí en la cama de la *Heaven*, cuando entré a limpiar. Pensé que estaba dormida. Cuando la toqué me di cuenta de que estaba muerta y le avisé a Andrés.

—Bueno, primero que nada, tú, desapareces, Ángel. Un menor de edad metido en esta historia es lo que menos nos interesa ahora. Andrés, para los efectos subsiguientes, incluso para Carmelo, tú, al ver que el hombre se iba solo, subiste a ver qué pasaba, porque esperaste un rato a que saliera la mujer y nada que aparecía. Como estabas seguro de que no habías visto salir a la chica, subiste a ver qué sucedía y te encontraste la sorpresa en la habitación. Ángel no figura en toda esta historia. ¿Estamos claros?

Ambos asintieron con la cabeza con un sí, apenas audible.

—Voy a llamar a Carmelo. Él sabrá qué hacer.

Mientras marcaba el número del propietario de la cadena *Sueños Inn*, José Alberto le dijo a Ángel que se fuera. Que desapareciera rápidamente del hotel.

—Carmelo, necesito verte en persona, pero es ya.

—Ya va. ¿Viste qué hora es? No hace ni media hora que llegué de la fiesta de los ascensos militares y hasta medio borracho estoy. Ya me iba a dormir. Mejor nos vemos en la tarde. Te llamo y...

—No. ¡Tiene que ser ya! Y es grave el asunto. Tiene que ver con el hotel, pero por teléfono no te puedo decir nada. Es muy delicado.

—Pásame una pista por pin a ver si es en verdad tan importante. Yo sé cómo exageras con toda vaina.

José Alberto escribió: «Nos dejaron una novia muerta en la *Heaven*».

« ¡Vergación, voy pa'llá! », contestó Carmelo.

Afortunadamente para José Alberto, era domingo y a esa hora las autopistas están libres. En poco más de 10 minutos llegó Carmelo al *Sueños Inn* a pesar de que vivía en el extremo opuesto de la ciudad.

Mientras subía con José Alberto en el ascensor, rumbo a la *suite Heaven*, el gerente lo iba poniendo al tanto de la situación. Le contó la versión que había acordado con los empleados minutos antes. Ya no había rastro del menor por ningún lado.

Entraron juntos a la suite. A Carmelo le llamó la atención el orden perfecto en que se encontraba todo en la habitación. La cama estaba como recién hecha y no había muestras de violencia por ningún lado. El asesino se tomó la molestia de arreglar todo y acomodar el cadáver en el medio de la cama como si esperara una sesión fotográfica para la revista *Hola*.

—Aquí no parece que hubiera habido pelea ¿no?

Dijo mientras se acercaba a la cama donde yacía el cadáver de la mujer.

— ¡Ah la puta! ¡Es María Virginia, la esposa del General!

—No sé de quién hablas Carmelo, pero no me gusta nada la combinación de muerta, *Sueños Inn* y General. A mí sí me daba un aire a alguien conocido, pero no sé bien de dónde...

—Es la mujer del General Edelmiro Berroterán. Con razón que la muy zorrita no estaba anoche en la fiesta celebrando con su marido el ascenso a General de División. La muy perra tenía su fiesta privada. Esa mujer, con su carita de virgen de Murillo, nunca me dio buena espina. —Dijo Carmelo mientras recordaba cómo le habían presentado a la mujer de Berroterán en muchas oportunidades y siempre se hacía la que no lo conocía.

En una oportunidad en que se atrevió a acercarse y preguntarle por qué siempre simulaba no conocerlo a pesar de haber coincidido tantas veces en diferentes reuniones y tener tantos conocidos en común, María Virginia le confesó que no quería tener cercanía con alguien de quien todo el

mundo decía que era el testafarro de Dagoberto y que era propietario, o mampara por lo menos, de un hotel de lujuria y sexo que más parecía un lupanar que un hotel.

«No es nada personal en tu contra, Carmelo —dijo María Virginia con amabilidad pero con firmeza—. Es que no me gustaría que mi imagen se viera por algún equívoco relacionada con alguien de quien se rumorea que trafica con sexo y corrupción».

«Es bueno saberlo, señora —Dijo Carmelo tratando de contener su ira y disimular su odio—. Así nos evitamos malentendidos. Trataré de no volverla a importunar con mi presencia».

Ese día Carmelo se juró que algún día la mujercita se tragaría sus palabras y su desprecio. Algo muy negro debía esconder cuando la sola presencia de alguien como él la hacía sentir tan incómoda.

— ¡Bella la condenada! Tan santita que se veía. No hagas nada todavía, José Alberto. Nada de policía por ahora.

Déjame llamar a Dagoberto a ver qué nos recomienda hacer. Él es amigo de Berroterán y posiblemente juntos decidan qué es lo mejor que podemos hacer. Ya lo voy a llamar.

Mientras hablaba, Carmelo sacaba el *Blackberry* por el que se comunicaba con el diputado Dagoberto Hernández, Vicepresidente de la Asamblea Nacional de Diputados. Era una línea que sólo estaba destinada para hablar con el diputado y que solo debía utilizar para casos de suma importancia. La aparición en el *Sueños Inn* de la esposa del General, amigo y compañero de toda política del dueño del hotel, asesinada en semejantes circunstancias era, sin duda, un caso de tanta importancia que ameritaba la utilización de la línea en cuestión. Carmelo contemplaba la escultural mujer, mientras intentaba comunicar:

«Estaba comiendo bien, el Generalito —pensó—. Esa mujer es una diosa».

—Dago, necesito verte en quince minutos en el parque que

está a dos cuadras de tu casa.

— ¡Tú estás loco, Carmelo! Acabo de desvestirme para acostarme. Vengo llegando del *after hour* de la fiesta.

—Loco vas a quedar tú, cuando te diga lo que pasa. A mí hasta la pea se me pasó del tiro. ¡Apúrate que tenemos un bombita en la mano y si nos tardamos mucho nos explotará!

—Ok. En quince minutos en el parque. ¡Qué ladilla!

Carmelo tomó unas cuantas fotos del cadáver con su teléfono para llevárselas a su «socio» como prueba de que todo era cierto, sabía muy bien lo desconfiado que era Dagoberto y había aprendido hacía mucho tiempo que al diputado todo había que probárselo sin que quedarán espacios para dudas. Antes de salir, le dio una ojeada al video de seguridad, haciendo una foto del monitor en la parte donde mejor se distinguían los dos personajes, antes de entrar a la habitación.

—Que nadie vuelva entrar a esta suite hasta que les demos órdenes, José Alberto. Y nada de comentarios ni rumores al

respecto. —Dijo y salió a toda prisa a reunirse con su socio.

Que el diputado Dagoberto Hernández era dueño de la mayoría de las acciones de los hoteles *Sueños Inn*, especialistas en hacer realidad las fantasías eróticas más imposibles, era un secreto a voces en el país. Así como también, que era propietario de la mayoría de los casinos. De los legales primero y de los clandestinos, después, cuando por ley fueron prohibidos. También era propietario de una cadena de supermercados en la que nunca escaseaba ninguno de los productos que no aparecían en los anaqueles de los supermercados nacionales y de una importante línea aérea. Todo mediante testaferros. Perros fieles de su absoluta confianza, dispuestos a dar sus vidas por mantenerle el secreto al diputado.

Las malas lenguas murmuraban que, después de ser un teniente sin pena ni gloria, que logró alcanzar importantes posiciones políticas gracias al padrinazgo de «Gigante», con

quien en años de servicio militar había acometido una fracasada intentona golpista para derrocar al presidente del país, y por cuyos favores había llegado a amasar una cuantiosa fortuna, gracias a la explotación del dólar paralelo, cuyo precio en el mercado, insistían los insidiosos adversarios, era fijado desde unas oficinas de administración que tenía en un importante edificio de la capital del país y desde sus instalaciones en Florida.

Algunos, incluso, sostenían que era «El Canciller», apodo con el que se referían a uno de los jefes del cartel de narcotráfico denominado «La Cancillería», con actividad delictiva a nivel internacional en el tráfico de estupefacientes a gran escala. Nada de esto era comprobable, pero medio país lo daba por cierto.

Sus más recalcitrantes opositores aseguraban que era el hombre más rico y poderoso del país, uno de los más ricos de Latinoamérica y que era el verdadero poder, detrás del poder, junto con su compañero de toda política, amigo y compadre, el General Edelmiro Berroterán.

Los rumores daban cuenta de un hombre taimado, cínico y ambicioso, que estaba al tanto de lo más mínimo que acontecía en la nación y que no caía una hoja de un árbol sin que él se enterara, lo autorizara y tratara de sacar provecho y ventaja de eso. Hasta de la honestidad en su relación con el compañero y compadre, Edelmiro Berroterán, se dudaba en los corrillos de pasillos y había quienes decían por lo bajo que el diputado se la había jurado a su compadre y que, en cualquier momento, lo atacaría por el lado que más le dolería.

Sus seguidores, por el contrario, metían las manos al fuego tanto por el diputado como por el general. Decían que todo eso eran rumores de la oposición malsana y perversa, que los querían fuera del gobierno. Inventos de los golpistas que vivían conspirando contra «Gigante» y sus más cercanos colaboradores. Si alguien les insinuaba la posible propiedad de Dagoberto de los *Sueños Inn* o su aparente participación en el negocio del narcotráfico, saltaban como fieras a decir que Dagoberto era un «hombre cristiano. Un hombre de

Dios, que llegó pobre al gobierno y saldría igual, porque jamás se prestaría para semejantes tipos de comercios, ni para marramuncias».

— ¡Coño, Carmelo!, espero que la supervivencia de la especie humana dependa de lo que me vas a decir, porque no he dormido nada y ya se me está desarrollando un ratón que me hará estallar la cabeza.

—Tú me dirás si es grave o no. Tenemos una muerta en la *Suite Heaven*. La afortunada ganadora del pasaje sin retorno es nada más y nada menos que María Virginia, la esposa del General Edelmiro Berroterán, tu amigo y compadre. Aquella, a la que le molestaba mucho que pudieran vincularla contigo, con tu hotel o conmigo.

Dagoberto se desplomó sobre el banco de cemento del parque tratando de ordenar sus pensamientos y aclarar su mente.

— ¿Cómo fue? ¿Quién fue?

—No sabemos. Parece que la ahorcaron con una cinta de seda, por lo que vimos. Se registraron con nombres falsos y a eso de las cinco de la mañana, al recepcionista le llamó la atención que el hombre saliera solo del hotel. Esperó un rato a que saliera la acompañante y, como no la veía, fue a la habitación donde consiguió el cadáver. Lo extraño es que todo está en su lugar. No hay muestras de pelea o violencia y la mujer está como dormida. Lo único que tiene es una línea en el cuello que delata el ahogo.

— ¿Y las tarjetas de crédito?

—Pagaron en efectivo, como hace la mayoría de los que van con sus amantes y no quieren dejar rastros.

— ¿Y las cámaras de seguridad?

—Después de llamarte, fui a ver los videos. Pensé que podía encontrar algo, pero solo se aprecia a la mujer llegando con un hombre vestido de mono de hacer deportes, una gorra que impide, junto con un falso bigote, que se distingan las facciones del rostro. Es un tipo atlético, alto,

calculo que mide más de un metro noventa, porque es más alto que la difunta y ella es más alta de lo normal para una mujer latina. Dice José Alberto que Andrés, el recepcionista, le comentó que, cuando se registraron, no les paró mucho porque tenían pinta de ser la típica parejita que iba a hacer realidad su fantasía de la ricachona y el entrenador del *gym*. Mira, tomé estas fotos para que las vieras.

Carmelo le tendió su teléfono abierto en la carpeta de imágenes para que Dagoberto las observara.

—Pásame esas fotos por *pin*. ¿Quiénes saben de esto? ¿Has avisado a alguien?

—Solo lo sabemos Andrés, José Alberto y yo. Bueno, ahora tú. Ya les dije en el hotel, a quienes saben del caso, que nada de comentarios. No hemos avisado a nadie porque quería esperar tus instrucciones.

—Está bien. No llames a la policía. Voy a hablar con Edelmiro. Él tiene que estar al tanto de todo lo antes posible para que nos dé instrucciones de cómo actuar. Al fin y al

cabo, la mujercita era su esposa y es a él a quien más le afecta todo esto. Vete al hotel y espera allá las indicaciones. ¡Coñuelamadre! Ahora tengo que ir yo a llevarle la noticia al compadre, con lo encabronado que está con esa caraja desde que la conoció en París, tanto, que hasta logró distanciarnos un poco, aunque no del todo.

2

La sexy novia dormida

Poco antes de las cinco de la mañana, un ruido metálico despertó a Ángel que se había quedado dormido en el suelo del pasillo del hotel *Sueños Inn*, esperando a que se desocupara alguna habitación para proceder a limpiarla. Sobresaltado, el adolescente abrió los ojos y pudo ver cómo un hombre vestido de mono deportivo oscuro y gorra en la cabeza, devolvía apurado la escoba al lugar de donde la había tumbado al tropezar con el balde de aluminio. Se tapaba aún más el rostro con la visera de la gorra y se perdía al doblar en la esquina del pasillo.

«¡Caramba, terminaron pronto! —pensó Ángel mirando hacia el fondo del corredor, al punto por donde se perdió el deportista en su carrera al huir—. La mujer como que lleva más prisa que él, porque ni se paró a esperar mientras el tipo acomodaba el estropicio que hizo al tropezar el balde lleno de agua».

— ¡Qué bueno que hoy me podré ir más temprano! —Dijo mientras se levantaba y desperezaba—. «Limpio la *Heaven* y me largo. Al terminarla ya serán como las seis y media...».

La puerta de la *Suite Heaven* estaba entreabierta. Evidentemente, la parejita tenía prisa por salir y ni siquiera tuvieron el cuidado de cerrarla bien. Ángel se percató de que la mayoría de las lámparas estaban apagadas. Apenas se vislumbraban unos reflejos de luz en la penumbra.

—Esos deben estar poniéndole los cuernos a sus parejas y no quieren que los vean —Dijo Ángel a media voz y sonrió—. ¡Típico! Los que salen antes de que amanezca y

apuraditos así, es porque no están en cosas muy santas que digamos.

Fue a buscar el carrito de la limpieza que estaba aún en el fondo del corredor, se puso los guantes, exprimió el lampazo con la palanca y secó el agua que se había derramado cuando el hombre tropezó.

Empujó el carro y sonriendo aún, pensando en los vaporones que pasan las parejas infieles cuando se ven descubiertas, se dirigió a la puerta de madera maciza en cuyo frente ponía en letras doradas y cursivas «*Suite Heaven*».

Con un empujón del carrito de limpieza terminó de abrir la puerta y con una patada del pie derecho, sin soltar el manubrio, la cerró de un golpe suave tras entrar a la habitación. No encendió las luces de una vez. Le encantaba contemplar el efecto que en la oscuridad producían las estrellas, lunas y planetas fosforescentes que se encontraban desplegados por todos los cielos rasos de esa

suite. Era uno de los espacios del hotel que más le gustaban y excitaban sin saber exactamente por qué.

« ¿Cuántos pajazos me habré dado yo en esta suite? De todas las habitaciones y suites de este tiradero de lujo, ésta es la que más me gusta y me pone cachúo». Pensó.

Pasó a la semi-oscuridad de la salita recibidor, empujando el balde sobre ruedas y persiguiendo la tenue luz que salía de las lámparas de los costados de la cama *king size* de la habitación principal.

«Si no estuviera tan mamao y no me quisiera ir temprano, me daría una buena paja hoy, porque ya el cachorrito se me está alborotando». Le divertía referirse a su miembro viril como si se tratara de una mascota mimada y desde que había entrado a trabajar en el *Sueños Inn* sus hormonas parecían haberse salido de control.

Sacudió la cabeza para espantar esos pensamientos libidinosos. Se conocía muy bien y sabía que sí seguía por ese camino, terminaría soltando los implementos de

limpieza y masturbándose frente a un espejo y se había propuesto terminar pronto con la suite para irse a su casa. Sin dejar de contemplar las figuras fosforescentes de los techos, empujaba los utensilios dentro de la habitación, pues limpiaba siempre desde el fondo hacia afuera, como le habían enseñado.

Cuando llegó al dintel dio un frenazo violento al carro y se paró en seco. Su respiración se detuvo por unos segundos ante la sorpresa y el corazón se le empezó a acelerar al ver la imagen que tenía frete a sí.

Tendida boca arriba, sobre la mullida cama cubierta con sábanas y edredones con motivos de nubes, soles y lunas y almohadones de plumas también con fundas celestiales, que simulaban una mullida nube azulada, yacía una mujer vestida con un negligé de seda brillante, medias de nailon con encajes, sostenidas perfectamente tensas por unos ligeros en tonos marfil. Todo el ajuar de la «bella durmiente» era de un impoluto blanco.

La cabeza la tocaba un corto velo de novia de tul, blanco también, sostenido por una pequeña tiara de falsos brillantes que contribuían a sacarle brillo a la negra, larga y ondulada cabellera, perfectamente peinada hacia el hombro izquierdo. El pelo era tan negro que parecía tener destellos azulados según le incidiera la poca luz de las lámparas sobre las mesillas a los costados de la cama.

—Perdón, señorita, pensé que la suite ya estaba vacía... como vi salir hace rato al señor y dejó la puerta abierta... señorita, seño... —Musitaba Ángel con cuidado de no despertar a la huésped de manera brusca. No se atrevía a acercarse por temor a la reacción de la dama. Temía que si actuaba rudamente la mujer podría sobresaltarse y armar un escándalo que pusiera en peligro su empleo.

La contempló un rato en silencio. Se fue acercando a la cama con sigilo pero sentía que el ímpetu que iban adquiriendo los latidos de su corazón lo delataría y su fuerte bum bum despertaría a la diosa. A medida que se aproximaba al cuerpo plácidamente tendido en el lecho

celestial de la cama, podía ir distinguiendo en la penumbra la hermosura de la fémina. Con el corazón dando tumbos se quedó un rato en silencio junto al lecho, admirando la belleza de la tersa y provocativa piel blanca, suave como la seda del negligé. Las cejas gruesas y limpias, perfectamente peinadas y los labios pintados con carmín rojo sangre. Todo en conjunto la hacía parecer una diosa en reposo esperando ser despertada por algún elegido ser.

Bajó la mirada hacia los turgentes pechos de la mujer y, por un momento, sintió que su corazón acelerado empezaba a bombear con fuerza irrefrenable sangre hacia su pene. Una inminente erección empezaba a surgir dentro de su interior bóxer.

« ¡Quieto, cachorrito! Esta dama ya está bien servida y se ve a leguas que no es *perrarina* para perritos *cacris* como tú», se decía inútilmente a sí mismo sin que su pene respetara la orden.

El «cachorrito» no le obedecía. Mientras trataba de no mirar esas provocativas tetas y los rojos labios que parecían pedir a gritos un suave mordisco, recordó que hacía un año y medio, más o menos, había perdido su virginidad en una situación similar.

Sus padres habían salido de casa y cuando llegó hambriento del liceo, se fue a la cocina para pedirle a Dora, la doméstica de su casa, que le sirviera rápido el almuerzo.

— ¡Doooooora, vengo muerto de haaaaaambre! —Gritó tras cerrar la puerta de calle.

Nadie respondió a su grito. Entró a la cocina en busca de la mujer y vio que sobre las hornillas apagadas de la estufa se encontraban las ollas tapadas y humeantes. Caraotas negras en una, arroz blanco en otra y en un caldero de hierro la carne mechada, ni seca ni en salsa, como le gustaba a él. Abrió una sartén y encontró las tajadas fritas doradas y brillantes, hechas con el plátano casi podrido, en

su punto. « ¡Qué rico, pabellón criollo! —Pensó salivando en abundancia— Me muero de hambre.» Tapó las ollas de vuelta y miró alrededor buscando a la mujer, pero no había rastro de Dora por todo eso.

— ¡Coño! ¿Dónde está metida esta mujer? Con lo que me ladilla a mí tener que servirme. ¡Doooraaa!

Nada. Dora no respondía. Fue hacia la habitación de la muchacha y, sin tocar, abrió la puerta. Sobre la desvencijada y angosta cama del pequeño cuarto de servicio, con apenas espacio para la cama y una mesilla de noche, estaba dormida Dora con su bata rosada del uniforme a medio abotonar a la altura del pecho.

—Do... —Ángel, con el picaporte en la mano, se calló al verla echada sobre la cama con una pierna sobre la otra y los muslos medio descubiertos— raaaa—, suspiró quedamente y permaneció boquiabierto, mirando a la chica. Hasta ese momento, no se había percatado de la belleza de la joven con la que convivía desde hacía algunos meses

cuando empezó a trabajar como empleada doméstica en su casa y a quien apenas había dirigido palabras. Dora, hasta el instante de la erótica visión, no pasaba de ser más que un mueble más en su casa ante los ojos del adolescente.

La mucama era una mujer de unos veintiséis años. De piel oscura, de un tono dorado acaramelado, como si mantuviese un eterno bronceado. Con las carnes firmes y bien puestas. El pelo crespo castaño con mechitas blancas y labios carnosos que mantenía humedecidos.

Ángel se olvidó del hambre atroz que traía, no se acordó del succulento pabellón criollo que tanto le gustaba y lo aguardaba en la cocina y, por unos largos segundos, se quedó contemplando a la mujer dormida. La recorría con la vista de arriba abajo, una y otra vez. Se detenía en el botón del pecho que parecía estar por terminar de abrirse a cada inspiración profunda de Dora y que lo hacía fantasear con que, al zafarse, dejara escapar uno de esos senos que se intuían tiernos bajo la tela de algodón de la bata de uniforme. Bajaba la vista y quería con la mirada poder

terminar de rasgar esa abertura a medio camino que le insinuaba el fin de los muslos, al tiempo que se los ocultaba. Ya su apetito se había transformado en otro tipo de hambre. Sus hormonas adolescentes galopaban como corceles desbocados.

Sintió que el pene se le ponía duro dentro de interior y amenazaba con hacerle estallar el cierre del *blue jean* del uniforme escolar. Advirtió un leve dolor producido por el jalón de vellos que la inesperada erección le estaba ocasionando y, justo cuando se metió la mano dentro de la pretina del pantalón para liberar los pelos, Dora separó las piernas, abrió los ojos, lo miró y le dijo suavemente, con una pícara media sonrisa, mirando descaradamente su mano dentro del *jean*:

—Angelito, ¿qué tienes allí?

Sin saber porqué, por primera vez en su vida, el muchacho sintió gusto de que Dora lo llamase con el diminutivo de su nombre. Había algo en la picardía del tono y el desparpajo

de la mirada de la joven que no lo hacía sentir como un niño estúpido, como habitualmente se sentía cuando le decían «Angelito». Detuvo el gesto y la respiración al mismo tiempo. Solo atinó a abrir los ojos exageradamente, sin ser capaz de emitir palabra.

Dora sonrió. Se incorporó en la cama cruzando las piernas como en posición de loto, dejando al descubierto su rasurada vagina, pues no llevaba pantaletas. Con modoso gesto se retorció como una gata en celo sin dejar de observar a Ángel que se sentía como clavado al suelo.

— ¡Ven! —le dijo tiernamente y, agarrándolo por la pretina, tiró de él con suavidad hacia ella. Le desabrochó el pantalón y bajó el cierre. Con delicadeza, sacó el duro miembro del interior tipo bóxer y con movimientos suaves de las manos, dulcemente, se lo acarició un rato.

Ángel, paralizado de susto y fascinación, la dejaba hacer. No sabía cómo responder a la acción de la chica. Sólo sabía que no quería moverse de allí. Cuando Dora tomó su pene y

lo metió en su tibia boca de labios gruesos, el muchacho no pudo contener un profundo quejido que se escapó de sus entrañas con una pequeña contracción de su abdomen.

A partir de allí, el virginal adolescente sintió como una liberación y se dejó llevar con gusto por las expertas manos amantes de la «cachifa». Ella, con pasión, juegos y ternura, lo estrenó en el arte del sexo.

Un intenso dolor en el glande, lo hizo volver del ensueño erótico del cuarto de servicio de su casa a la *Suite Heaven* del *Sueños Inn*. La inmensa erección que tenía gracias a los recuerdos de la asistente doméstica estaba haciendo que su pene se lastimara al rozar con la cremallera de la braga gris del uniforme de mantenimiento del hotel.

—Señorita... ¡Señorita! —Decía cada vez más alto. Su cuerpo empezaba a experimentar unos pequeños temblores involuntarios provocados por las descarga de adrenalina

que los recuerdos de Dora y la visión de la «bella durmiente» le estaban produciendo.

Con torpeza y debilidad en las piernas, se acercó a la orilla de la cama. La situación empezaba a parecerle anormal. No podía ser que esa mujer no reaccionara a sus insistentes llamados. Se aproximó y con cautela empezó a darle con la yema de los dedos unos golpecitos suaves en el brazo para despertarla. Notó que el cuerpo de la mujer tenía una rigidez que no le pareció normal. Apretó sus manos sobre el antebrazo y percibió que estaba gélido.

Su inicial excitación se desvaneció por completo. Se mojó el dedo con saliva, como lo había visto hacer en una vieja película de detectives y lo puso bajo las fosas nasales de la sexy novia durmiente para comprobar si aún respiraba.

Nada.

No sentía el calor de la respiración. Fijó la mirada en los voluptuosos pechos para tratar de distinguir algún movimiento.

Nada.

Le puso la mano en el pecho en busca de los latidos y no sintió el palpar del corazón. Fue a asir la muñeca de la mujer para tomarle el pulso y se detuvo. Fue solo hasta ese instante, cuando se dio cuenta de que la mujer sostenía entre sus manos entrelazadas un extraño crucifijo color crema puesto patas arriba.

Aún incrédulo de la situación, acercó su mejilla al rostro de la mujer para ver si percibía el ruido de la respiración. Al aproximarse, vio en el cuello de la Diosa la delgada línea entre rojiza y violácea que desde lejos le pareció se trataba de un ajustado collar y que, al verla de cerca, notó que se trataba de un evidente signo de estrangulamiento.

— ¡Coño, a esta caraja la mataron!

Instintivamente, sacó del bolsillo su *Blackberry* y sin saber por qué, ni con qué fin, empezó a hacerle fotos a la hermosa mujer muerta. Tomó primeros planos de su cara, de sus

pechos, de las manos con el crucifijo, de sus piernas cubiertas con el nailon y encajes blancos. Al mirar tras el tul del velo de novia, vio una tira de seda blanca como de unos cinco centímetros de ancho, que salía detrás del cuello de la mujer. También la fotografió. No sabía por qué ese impulso de hacerle fotos a la muerta, pero una fuerza misteriosa lo impelía a seguir haciendo clic. Se alejaba de la cama para hacer tomas más generales y volvía a aproximarse para hacer más planos detalles.

Al acercar su teléfono móvil para hacer un *close up* del rostro, desvió un poco el visor para enfocar el cuello y plasmar en una instantánea esa delgada línea entre rojiza y morada que, ya no tenía duda, era la marca dejada por el apretón de la tira de seda cuando la ahorcaron.

3

En esta mierda de país no vale la pena estudiar

Ángel llamó a la recepción desde el teléfono de la habitación. Por suerte, esa noche estaba de guardia Andrés, un muchacho chistoso y bonachón, estudiante de administración, homosexual, sin amaneramientos ni afectación, con el que había hecho buenas migas desde que empezó a trabajar en el hotel, cuatro meses atrás.

—Andrés, el huésped de la *Heaven* nos dejó una propinita bastante original. ¡Sube ya!

—Coño Ángel, deja la pendejada y dime qué pasa.

—Es en serio, Andrés. Ven ya, que esto nos puede meter en

un peo feo.

En pocos minutos, el recepcionista miraba a Ángel interrogativamente, señalando a la mujer sobre la cama con la boca:

— ¿Qué pasó, chamo? ¿Qué hace la jeva aquí, si el tipo ya salió hace rato?

—Está muerta, marico. El carajo le dio boleto al más allá antes de despedirse.

Andrés se acercó al cadáver con incredulidad. Hasta último momento pensó que se trataba de una broma pesada de Ángel. La mujer parecía dormida, como posando para una foto erótica. ¡Cómo iba a estar muerta! Tocó y sacudió inútilmente a la mujer que yacía en la cama para hacerla despertar, hasta estar convencido de que no era una mala jugada. Efectivamente, la bella mujer estaba muerta.

— ¡Verga, esta vaina sí es un peo, marico! Voy a llamar a José Alberto, el gerente, a ver qué hacemos. No toques ni muevas nada. Este no es un problema que ni tú ni yo

podamos resolver.

— ¡Qué *lala*, Andrés! Ahora José Alberto le irá con el cuento a papá y se me complicará el trabajo aquí. El viejo que no estaba muy convencido de conseguirme la chamba y ahora, con un muerto... No me quiero ni imaginar el sermón.

Cuando Ángel terminó el bachillerato, en julio de ese año, tuvo una fuerte discusión durante la cena con su papá porque éste, inesperadamente, le preguntó:

— ¿Por fin, Ángel, ya decidiste qué vas a estudiar?

— ¡Vuelta la burra al trigo! —Dijo Ángel con la boca llena del arroz con pollo que se estaba comiendo—. Viejo, ya te dije que no quiero seguir estudiando. Ya veré qué me pongo a hacer, pero no estudiaré más.

—Ángel, después te vas a arrepentir de no haber estudiado. Tú eres inteligente y a pesar de que no fuiste excelente en bachillerato, lo sacaste con un promedio aceptable. Aunque

sea estudia una carrera técnica, en un instituto privado, yo te lo pago...

Ángel interrumpió la cháchara de su padre, porque sabía muy bien por donde venía.

—En esta mierda de país no vale la pena estudiar. Ahí está Eduardo, el hijo de tu colega de la universidad, bañando perros y recogiendo mierda en la clínica veterinaria después de haber estudiado Ingeniería. ¡Tanto joderse en la universidad! Yo me acuerdo de que el pobre casi ni durmió los seis años y pico que duró la carrera y todo, ¿para qué? Para no conseguir trabajo y terminar de *bañabichos* y limpiando mierda y meados de perros. Yo no me calo eso. No voy a estudiar más...

—Ángel, hazme caso. Dentro de poco hasta para bañar perros te exigirán un título...

— ¡No, coño! Estudiar en este país es tiempo perdido, papá. Serían unos cuantos años tirados al caño. Yo no quiero seguir estudiando...

—Pues, si no vas a estudiar, ve a ver qué te pones a hacer porque yo vagos aquí no voy a mantener. Búscate un trabajo ya. Igual en esa veterinaria están necesitando quien bañe bichos y seque meados. Anda a ver si te contratan.

—Vértale, papá. Yo lo que quiero de verdad es trabajar ya. Tener mi propia plata y no tener que estar pidiéndote a ti y a mamá. ¡Eso es lo que quiero!, pero no sé a dónde ir. Coño, pá, ayúdame con alguno de tus amigos a ver si me consiguen un trabajito.

— ¡Pero si no sabes hacer nada! ¿Quién te va a querer contratar? No sabes ni limpiarte el culo aún. Estudia que es lo que tienes que hacer y ya después llegará tu tiempo de trabajar.

—No papá. Yo no voy a perder cinco o seis años estudiando para después terminar de chófer de taxi. Consígueme un trabajito, pá, aunque sea de jardinero en tu universidad. Cualquier vaina, viejo...

El profesor terminó de comer sin decir nada más. «En el

fondo, Ángel tiene razón —pensó—. En este país los jóvenes se queman las pestañas estudiando para después no conseguir trabajo o que les quieran pagar tres centavos por sus servicios profesionales. Aquí estoy yo, profesor titular de la mejor Universidad. A punto de jubilarme, con trabajos de investigación publicados y todo, ganando un sueldo de hambre que no llega ni a los pies de lo que gana cualquier obrero. Me parto el lomo preparando clases, corrigiendo exámenes, atendiendo alumnos, para ganar una miseria de sueldo, mientras que a un atracador en su moto, con su revólver, le bastan dos horas en una cola de la autopista, para levantarse el doble de mi salario en celulares y *tablets* a punta de robar a los conductores atrapados y desprevenidos en el insoportable tráfico...»

—Mañana llamo a un amigo, a ver qué te consigo. —Dijo antes de levantarse de la mesa—. Eso sí, vamos a hacer un pacto. Trabajas un tiempo. Pongamos que unos seis meses, si ves que no te gusta lo que haces, buscas una carrera que estudiar y te inscribes en la universidad y nos olvidamos por

el momento de trabajar.

—Hecho, viejo. —Dijo Ángel saltando desde su silla hasta donde estaba su padre y besándolo en la frente—. Eres el mejor papá de la bolita del mundo.

A la mañana siguiente, el profesor llamó a José Alberto, su viejo compañero de estudios, para pedirle el favor de que le diera algún trabajito a su hijo Ángel en el *Sueños Inn*, el lujoso hotel erótico que estaba de moda entre los ejecutivos del país y representantes de altos cargos en el gobierno. Aunque Ricardo no lo sabía, allí iban a desahogar sus más perversas apetencias sexuales y a hacer realidad sus sueños eróticos, hombres y mujeres del jet set nacional. La estratégica y discreta ubicación del hotel así como el lujo de sus instalaciones y el rumor de que pertenecía a grandes jerarcas del régimen, a miembros de la casta gobernante del país, lo hacía el más idóneo lugar para acudir a los desenfrenos sexuales sin mayor riesgo de ser descubiertos o de ser víctimas de la inseguridad que golpeaba sin clemencia a los usuarios de otros hoteles de la

competencia.

— ¿Algo en la recepción, Ricardo? ¿Te parece?

—No, no. Una cosa fuerte, que sea duro el trabajo. Ponlo a limpiar baños y habitaciones, incluso que tenga guardias de noche. Que se reviente el lomo cual esclavo, José Alberto. Lo que quiero es que vea que ese trabajo es duro y termine odiándolo para que se olvide de ese empeño que tiene en dejar de estudiar para ponerse a trabajar. ¡Sácale la chicha, amigo!

—Ja ja ja ja entendido, Ricardo. Dile que venga mañana en la tarde a hablar conmigo.

—Otra cosita. Recuerda que es menor de edad todavía. Le faltan unos meses para cumplir los dieciocho. Si crees que eso te traiga problemas, déjalo así, ya veré qué lo pongo a hacer. No quiero que por ayudarme a mí termines metido tú en un lío.

—Tranquilo, lo meteré *guillaíto*. Sin firmar nada hasta que cumpla los dieciocho. Entonces, veremos si sigue con ganas

de trabajar o ya se decide por continuar sus estudios. Le diré que serán unos meses a prueba.

—Te lo agradezco, amigo. Una última cosa. No le pagues más del sueldo mínimo, si puede ser menos, mejor. Pónselo todo bien difícil. Que no le encuentre gusto a estar dejando el pellejo por cuatro centavos y aclárale desde el principio que, aunque eres amigo mío, no tendrá ningún privilegio. Acojónalo todo lo que puedas, por favor.

—Ja ja ja después de viejo, manipulador, Ricardo. Ja ja ja ja pareces personaje de tele culebrón colombiano de capos y mafiosos. Tranquilo, en pocos meses ese hijo tuyo irá a suplicarte que lo saques del hotel y va a rogar por entrar de por vida a estudiar en una universidad.

—Esa es la idea. Dios te lo pague, hermanito.

Fue así como, el lunes siguiente, empezó Ángel a trabajar en el departamento de limpieza de la prestigiosa cadena hotelera. La peor parte era cuando se encontraba los pegotes de mermelada mezclada con semen y hasta

residuos sanguinolentos en el piso de habitaciones y baños. Jamás el muchacho, aficionado a ver pornografía en internet, se había imaginado lo cochina que podía ser alguna gente a la hora del sexo y, eso, sin contar con algunas parafilias de las que Ángel no tenía ni idea que podían existir y que descubrió en sus jornadas de aseo de habitaciones.

— ¡Chamo, hoy encontré mojonos de mierda en el piso y en la cama de la *Suite Española*! ¡Hasta las castañuelas estaban embarradas de mierda! —Le comentó un día asombrado a Andrés— ¡Qué asco, casi me voy en vómito! ¿Será que la *cachuera* era tan grande que no querían perder tiempo en ir al baño?

—Ja ja ja ja te tocó limpiar la mierda de la puta de turno del Vice Ministro de Educación. A ese le encanta que las mujeres le caguen encima ja ja ja ja.

— ¿Cómo es la verga? ¡Chamo, tú si eres embustero y asqueroso! Te encanta verme la cara de pendejo. Un día te

voy a joder yo a ti con una bromita de esas.

—Ja ja ja ja no son embustes. El viejito es un cochino perverso. Se gasta un realero en mujeres. Siempre viene con unas putas del cabaret *Hawaii* que están *explotaísimas* de buenas. Con tremendas tetas y culos recién *compraítos*.

— ¿Y tú cómo sabes todo eso, Andrés? ¿Te pegas de las puertas de las habitaciones a espiar a los clientes y a darte pajazos?

—Ja ja ja ja no chico. Yo me he hecho amigo de todas esas «bailarinas exóticas» de los cabarets finos de esta zona y las muy bichas me han contado todos los detalles. Esas perras no guardan plata, mucho menos secretos. No te imaginas la cantidad de vainas extrañas que a los hombres les gusta hacer y que les hagan a la hora de tirar. Ese carajo, el vice ministro, les paga hasta quince palos a las jevas para que le caguen encima.

— ¡Qué vaina tan loca! Y yo pensaba que era un cerdo porque me gustaba meterme escondido en el cuarto de la

cachifa. ¡Yo soy un santo, no joda!

4

El General y su tragedia

—Edelmiro ¿dónde estás ahorita? —Dagoberto trataba de controlar su nerviosismo al hablar con su amigo. Buscaba la forma menos impresionante para darle la terrible noticia, aunque la sutileza no figuraba entre las características más resaltantes de su personalidad.

— ¿Qué fue, Dago? Yo pensaba que estabas durmiendo la mona. Anoche te bebiste hasta el agua de los floreros.

Edelmiro se encontraba divertido, como pocas veces se le veía. El buen humor por su ascenso lo hacía más afable de lo habitual, a pesar de no haber dormido mucho.

—Ni tanto. ¿Dónde estás, Edel? Necesito verte ya.

—En la Comandancia. Vine a poner al día algunos documentos y me quedé a dormir aquí. Vente para acá.

—No. En la Comandancia, no. ¿Anoche no fuiste a tu casa?

—No. Como salí tan de madrugada de la fiesta y tenía vainas que hacer aquí, me vine directo del Círculo Militar para acá. Además, no quería despertar y molestar a María Virginia que no se sentía bien cuando salí de casa.

—Huhmmm... Bueno. Vamos a vernos en quince minutos en tu casa. Necesito hablarte de algo urgente y no podemos perder mucho tiempo. El tiempo corre en nuestra contra ahorita.

— ¡Carajo, Dago! Ya me estás intrigando. Suenas a película del fin del mundo. *Apocalypse Now* —Bromeó el General poniendo voz de ultratumba—. Salgo ya para mi casa y te espero en la puerta para no despertar a la gente. Parece por el tonito y tu actitud, que vienes con un misil a punto de colisionar.

—Más o menos, Edel. Las noticias no son nada buenas y tienen que ver mucho contigo. Nos vemos en tu casa. Por teléfono no puedo darte ningún detalle. Eso sí. Prepárate para lo peor.

—Ya me tienes asustado. Cálmate que sueñas a María Félix en un melodrama mejicano. ¡Apúrate, que al mal paso hay que darle prisa! Nos vemos en un rato.

Cuando Dagoberto llegó al lujoso conjunto residencial, donde el militar ocupaba el *Pent-house*, observó que en la reja de entrada al condominio se encontraba esperando Edelmiro, de pie, con una hermosa fuente de agua a sus espaldas.

Saludó levantando la mano con las llaves de su auto en la mano y, sonriendo, hizo señas al vigilante de la garita para que abriera el portón del estacionamiento, esperó que el Audi de Dagoberto traspasara la reja y entró a pie. La reja automática empezó a cerrarse tras su paso.

—Estaciona allí. —Dijo señalando un espacio vacío junto a

su camioneta Mercedes.

El diputado bajó y, mientras saludaba tratando de minimizar la tensión en el tono de su voz, dijo:

— No sé cómo te voy a decir lo que te tengo que decir, pero trataré de hacerlo de forma clara y rápida.

—Tranquilo, Dago. ¡Cálmate un poco! Estás demasiado nervioso. Subamos y nos tomamos un trago...

—No. Mejor estar sobrios para lo que tenemos que hacer, y mejor, vamos al área de la piscina. Desde que grabamos a la perrita diputada aquella en casa de su profesor, no me fío de los sitios cerrados para hablar de cosas delicadas. Y te repito que lo que vengo a decirte es grave y hay que actuar pronto.

—Ja ja ja Dagoberto, estás demasiado paranoico. Los que en este país tenemos la capacidad tecnológica para pinchar y grabar, estamos con el proceso. No creo que alguien se atreva a ponerme un micrófono a mí en mi casa.

Mientras caminaban hacia la piscina, Dagoberto trataba de relajarse para el golpe que le daría a su amigo.

— ¡Sigue creyendo y no comas! Como diría mi vieja. Esos vende patria reciben equipos similares a los nuestros de los gringos y se los dejan pasar los esquirols que tenemos en nuestras aduanas. Estamos infiltrados por traidores y soplones por todos lados. No podemos confiarnos Edel. ¿De dónde crees tú que sacaron las grabaciones del barril de mierda ese del programa de la media noche? Esa vaina la filtró alguno de los nuestros que está jugando a dos bandas. Y eso que el desgraciado era uno de los preferidos de «Gigante». Nadie nunca pensó que alguien pudiera echarle una vaina al tipejo, porque era uno de sus protegidos y ya viste cómo terminó. Yo no me confío ya ni de mi perro.

Tomaron asiento uno frente al otro, en sendas tumbonas al borde de la límpida piscina. La mañana era fresca y soplaba una brisa fría que venía de la montaña. Así, frente a frente, Dagoberto y Edelmiro se miraron a los ojos sin decir nada. Hubo un silencio incómodo hasta que Dagoberto, sin

edulcorante, espetó:

—María Virginia está muerta. La consiguieron en una suite de mi hotel.

Edelmiro palideció. Sostuvo fijamente la mirada de su amigo como esperando descubrir algo en sus ojos, tomó aire y con incrédula sonrisa, susurró:

—No puede ser. Ella se quedó anoche aquí, porque se sentía mal. Tenía náuseas y dolor de cabeza. Incluso, dentro de la preocupación por su malestar, hasta bromeamos con que, a lo mejor, el tratamiento de fertilidad por fin está haciendo efecto y tendremos a mi primogénito. Creemos que puede estar embarazada...

Edelmiro se levantó con intención de subir al *pent-house* a buscarla, pero el diputado lo asió fuertemente por el brazo y lo detuvo.

—Es ella, Edel. —Le pasó el *Blackberry* para que viera las fotos que le había pasado Carmelo minutos antes.

—No hay la menor duda de que la mujer que yace en la cama de la *Suite Heaven* es tu esposa, compadrito. María Virginia te los estaba poniendo con un carajo deportista o que se disfrazaba de deportista y el tipo la ahorcó. Al menos es lo que parece a primera vista.

Edelmiro miró las imágenes en el dispositivo y al llegar a la última empezó a ir hacia atrás. Las miraba fijamente, sin comentar nada y con las lágrimas manando de sus ojos y rodando hasta el suelo. Un lagrimón cayó sobre la pantalla del teléfono y con cuidado la secó para continuar viendo las fotos. Por fin, extendió el aparato a Dagoberto y preguntó:

— ¿Saben quién es el malnacido? ¿Quedó registro? —
Edelmiro estaba cada vez más pálido, mientras las lágrimas le corrían a los costados de la nariz y se aflojaban sus mocos.

—No. No hay nada. En el video de seguridad solo se distingue un hombre con mono deportivo, gorra y bigotes. Tal vez sea alguien del gimnasio. ¿Su entrenador? Aparte

del *gym*, ¿qué otras actividades tenía María Virginia?
¿Nadaba? ¿Bailaba?

—Tengo que encontrar a ese desgraciado y hacerlo que se arrepienta de haber nacido. No tengo ni idea de quien pueda ser pero lo descubriré y lo haré pagar.

—Ya lo encontraremos, compadre. Lo importante ahora es qué vamos a hacer inmediatamente. Lo que menos te conviene a ti, con tu reciente ascenso a General de División, es un escándalo de este tipo.

—Ya me asomaron la posibilidad de que el próximo aniversario de la Independencia, el Presidente, me nombrará Ministro de la Defensa... Por supuesto que no me conviene un escándalo ahora y menos con lo cagado que está el presidente porque siente que no tiene el poder y que le será cuesta arriba terminar los meses que restan de su mandato estando tan débil políticamente y con tanta incertidumbre dentro de las Fuerza Armadas. No creo que se atreva a nombrarme Ministro si esto se convierte en un

escándalo... ¡Coño, compadre, después de la muerte de «Gigante», jamás pensé que sentiría un dolor tan fuerte!

A Dagoberto le pareció un poco disparatada y exagerada la comparación pero lo dejó pasar sin comentarlo. Solo dijo:

—Yo sé lo de tu nombramiento. El Presidente me preguntó qué pensaba de eso y le dije que eras la mejor decisión que podía tomar para ese ministerio. Por eso es que tenemos que actuar con cautela y buscar la manera de que esta desgracia te traiga los menores inconvenientes. Tú y yo sabemos de sobras que ese pendejo se siente inseguro en el cargo. Ser presidente del gobierno ha sido demasiado camisón para un tipo que lo único que ha sabido hacer en la vida es tirar piedras. En este año que lleva en la presidencia se ha sentido colgando de un hilo pero le ha agarrado gustico a las mieles del poder. ¿En cuántas oportunidades hemos tenido que salvarlo de un golpe de Estado? Sabe que nadie lo toma en serio. Ni los militares, ni los empleados, ni sus amigos ni los de la oposición y eso lo tiene desconfiando hasta de su madre. Vive paranoico y

todo lo hace pensar que la gente está conspirando en su contra. En ti y en mí se puede decir que confía, entre comillas. Al menos sabe que su permanencia en la silla nos la debe mayormente a nosotros y a nuestros contactos, pero siempre hay desgraciados que nos quieren mal poner con él y como parece una vieja de barrio para escuchar chismes, pues le ponen la cabeza a millón con brollos en nuestra contra. Esta muerte de María Virginia hay que manejarla con mano zurda, Edel. Que el bolsa no se asuste con lo que puedan decir de esto, porque capaz y echa para atrás tu nombramiento. Dime, compadrito, ¿qué hacemos?

El general se mantuvo pensativo un rato sin que las lágrimas pararan de correr por sus mejillas. Lo que hiciera el Presidente lo tenía sin cuidado. Sabía muy bien cómo manejarlo. Tenía demasiados secretos de él y de su mujer como para que se atreviera a ir directamente en su contra. Tenía pruebas sobre los rumores de su origen, de sus múltiples casos de corrupción desde cuando no era más que un sindicalista revoltoso que no lo pensaba dos veces a la

hora de vender a sus colegas con tal de obtener dinero. Siempre fue un tipo gris y anodino al que todos parecían verle un código de barras en la frente con su precio y se dejaba comprar con demasiada facilidad y poco cuidado. Por eso, cuando «Gigante» lo dejó como sucesor antes de morir, a Edelmiro Berroterán le pareció la mejor opción para sus intereses y objetivos. Tener en la presidencia a alguien de quien tenía tantas evidencias en contra era lo mejor que le podía pasar. Podría hacerse su piso político sin problemas para abrirse el camino hasta la presidencia que era lo que siempre había ambicionado. Mientras llegaba el momento de asumir directamente las riendas del país, se conformaba con ser el poder detrás del poder. Al sucesor lo manejaría como a un títere sin mayores inconvenientes y si le molestaba en algún momento, sabía muy bien cómo sacarlo del juego y quitárselo de encima.

De pronto, el General se levantó de la tumbona, se secó el rostro y dijo con firmeza: «Voy a llamar a Daniel Delgado, el director de la Policía Judicial. Ese cabrón me debe un favor

y llegó el momento de que me lo pague. Acompáñame hasta la Delegación de Policía, Dago. Creo que sé cómo hacer para que la mierda de estos cuernos no me embarre de por vida».

Mientras caminaban de regreso al estacionamiento, Berroterán le marcaba al Jefe de Policía:

—Daniel, ¿cómo andas? El General Berroterán aquí.

— ¿Para qué soy bueno, mi General? Por cierto, felicitaciones por el merecido ascenso. Siempre supe que usted llegaría a los más altos rangos militares de este país y, quién quita, hasta a Presidente.

—Gracias. Necesito verte en tu despacho con dos de tus detectives de más confianza. Esos perritos que tú tienes con la correa cortita, amenazados para que te obedezcan a ciegas o los pones de cabeza en la cárcel de por vida con las pruebas en contra que les has acumulado. Solo dos, de los más brutos y arrastrados, por favor. Necesito que actúen, no que piensen. En quince minutos estoy allí.

El General y el diputado montaron en silencio en el vehículo. Dagoberto condujo apenas asintiendo a las palabras que le decía su amigo. Trataba de discernir qué ventajas podría obtener de esta nueva situación del militar. Al fin y al cabo, por momentos, llegó a pensar que la esposa de su amigo constituía un estorbo tanto para su relación personal como para los objetivos de la revolución. Desde que la mujer llegó a la vida de Berroterán, era mucho el tiempo que dejó de dedicarle al régimen por satisfacer los caprichos de su mujer y hasta de las actividades del partido y del gobierno se había apartado un poco. Tal vez, ahora, lo tendrían de vuelta tiempo completo para el proceso y él tendría que discurrir qué tan beneficioso o contraproducente podría ser esos para sus aspiraciones.

—María Virginia fue el amor de mi vida. No creo que vuelva a querer a otra mujer. Al menos no cómo la amé a ella.

—Lo sé compadrito. Nunca te vi así de encoñado por una mujer.

5

El General en París

Edelmiro Berroterán conoció a María Virginia seis años antes, en un evento en la embajada de Costa Rica, en Francia. Allí lo había enviado el gobierno revolucionario a hacer una especialización de «Táctica, Estrategia e Investigación de Crímenes de Guerra». Un curso de seis meses, para luego ser ascendido a General de Brigada. Su carrera había despegado con el mejor de los pies desde que su compañero de andanzas revolucionarias había alcanzado la presidencia del país.

Cuando llegó a la recepción de la embajada y luego de

saludar a sus excelencias el Embajador de Costa Rica y su esposa, empezó a recorrer la galería, pues se trataba de una exposición de arte contemporáneo costarricense, con representación de los más destacados artistas plásticos del país centroamericano.

Mientras trataba de encontrarle algún sentido a una instalación hecha a partir de cuerdas de nailon, muñecos de plástico desnudos y decapitados, y soldados de plomo entrelazados en un indescifrable amasijo, Edelmiro, intrigado por la extraña obra de arte, descuidó su paso por un instante y tropezó con una señora de avanzada edad, vestida a la última moda europea, aunque un poco fuera de tono para sus años. Era una de esas *fashion victims* que abundan en los eventos diplomáticos.

A pesar de las cirugías estéticas que evidentemente se había realizado la señora, su cutis grisáceo, ajado y opaco, acusaba más de setenta años de vida. El escaso pelo teñido de rojo borgoña, había sido cepillado y embadurnado de laca para hacer lucir como si tuviese una abundante

cabellera. En el cuello llevaba un pesado collar de esmeraldas legítimas que amenazaba con destrozarle las frágiles y osteoporóticas cervicales y en las arrugadas y venosas manos de uñas largas y esmaltadas con barniz rojo y blanco en forma de media luna, no le cabía un anillo más.

—Disculpe, señora ¿Le hice daño?

—No. Afortunadamente aún cuento con reflejos suficientes y pude sacar mi pie antes de que sus ciento quince kilos y 1,95 de estatura me lo hicieran trizas con esos impolutos y lustrosos zapatos negros—. Dijo sonriendo con una completa dentadura postiza, con dientes demasiado grandes para la caja bucal de la anciana, lo cual hacía que, al sonreír, pareciese que saltarían de la boca o que los labios no podrían volver a juntarse al dejar de sonreír.

—Me alegro y me disculpo nuevamente. —Dijo Edelmiro galantemente y besó la mano temblorosa que la señora le tendía.

—Encantada, Margarita D'Amicci, para servirle.

—Edelmiro Berroterán, a sus completas órdenes.

— ¡Aquí vienen mis sobrinas! María Virginia, Cocó, les presento al señor Berroterán, quien casi me destroza las falanges del pie y se carga mis *Louboutin* recién comprados.

Las chicas rieron a coro la chispa de la anciana.

— ¡Ay, tía, tú siempre con tus cosas! ¡Haciéndonos pasar penas!

—Su tía tiene razón. Imperdonable mi torpeza. Estaba tratando de descifrar esta obra (confieso que el arte contemporáneo termina siendo ininteligible para mí) y por descuido, la tropecé. Suerte que ella tiene reflejos de quinceañera y saltó como una gacela, antes de que le hicieran papilla los huesitos de su pie... y los *Louboutin*.

—Está disculpado, señor Berroterán, estoy segura de que fue más exageración de mi tía, que un verdadero pisotón. La conozco demasiado bien y sé de sus trucos para aproximarse a los hombres guapos y elegantes. —Dijo María Virginia con un deslumbrante brillo en sus ojos color

miel.

—Permítanme, en desagravio, invitarlas a un café. No me digan que no, porque me lanzaré de lo más alto de la *Tour Eiffel* del remordimiento por el atropello.

—Exagerado. Aceptamos con gusto porque, le confieso, señor Berroterán, que a mí también me dice muy poco el arte contemporáneo. Mientras los clásicos españoles, franceses, italianos u holandeses pueden hacer saltar mis lágrimas, la mayoría de los contemporáneos, no me dan ni frío ni calor. ¿Qué dices, tía? ¿Qué dices, Cocó? ¿Aceptamos la gentil invitación del señor?

—Edelmiro, por favor, llámenme por mi nombre, Edelmiro, que me hacen sentir como un muñeco de cera del *Madame Tussauds* cada vez que dicen "señor Berroterán", o peor, como chofer de dictador latinoamericano.

—Bueno, Edelmiro, aceptamos su cafecito con gusto. Dijo la tía sonriendo coquetamente y guiñándole un ojo a María Virginia.

Como era una noche fresca de primavera, decidieron caminar poco menos de dos cuadras hasta un exquisito café con terraza que Cocó dijo conocer en la esquina del siguiente bloque. Tomaron asientos en la terraza y ordenaron bebidas para todos. Un hombre con un saxo tocaba próximo a las mesas un exquisito jazz.

Al poco rato, la tía notó que tanto ella como Cocó empezaban a estar de más, pues Edelmiro y María Virginia cada vez más se concentraban el uno en el otro, obviando la presencia de las dos mujeres así que, pretextando cansancio, Margarita le pidió a la sobrina que la llevara a casa.

—No. No. Ustedes dos quédense disfrutando de la noche. Está tan rica que no me perdonaría echárselas a perder. Ya Cocó me lleva. Es que yo ya no tengo quince y el cansancio me puede. Un verdadero placer, Edelmiro. Espero volverlo a ver.

—El placer fue mío, «tía». No tenga la menor duda de que

volverá a saber de mí —Dijo y besó las manos arrugadas de la tía y las excesivamente grandes y de gruesos y anillados dedos de Cocó.

Luego de conversar un rato más sentados en el café, Edelmiro y María Virginia decidieron dar un paseo a pie por *Les Champs-Élysées* para conversar a la luz de la luna menguante. Venus brillaba como nunca en el firmamento y hacía tiempo que ninguno de los dos disfrutaba de una noche semejante por las calles de París.

Él le contó que era militar y se encontraba en la ciudad luz por pocos meses, en un curso de actualización en «Táctica, Estrategia e Investigación de Crímenes de Guerra», una materia que lo apasionaba. Le tendió el brazo al que ella se asió con delicadeza y entrelazados caminaron por la hermosa avenida adornada de flores de colores. María Virginia, sin melodrama, le narró su trágica historia de niña huérfana gracias a la fatalidad.

—En realidad, Margarita no es mi tía de sangre. Era la mejor

amiga de mi mamá y cuando mis padres murieron en un accidente en la carretera del páramo, como no tenía más parientes que se hicieran cargo de mí, con apenas cuatro años, ella me buscó y me crió, más que como una tía, como una madre. Tía, que se muere por los niños, nunca pudo tener sus propios hijos, por eso me acogió como si yo fuese sangre de su sangre y se dedicó a mí en cuerpo y alma. Después, cuando yo tenía quince años, apareció Cocó y la tía se compadeció de su historia y la adoptó como una sobrina más.

—Ahora entiendo porqué no les veía ningún rasgo parecido entre ustedes. Tú eres tan blanca y delicada, tu tía de tez más oscura y ojos azulados y Cocó tan, tan... ¿varonil?...

—Ja ja ja ja esa fue la tragedia de Cocó. Como dice el lugar común, nació en el cuerpo equivocado. Una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre. Por eso, a los veintiséis años, cuando decidió que viviría de acuerdo a cómo se sentía, su familia le dio la espalda y la botó de la casa. De no haber sido por tía Margarita, quién sabe qué

habría sido de ella. Estaría muerta a manos de un chulo en cualquier avenida lúgubre de un país tercermundista o, con suerte, prostituyéndose en una calle oscura, rodeada de drogadictos y gente sin hogar. Tía Margarita la recibió como si fuera de su sangre a los veintiséis años. La educó y la guio por el mundo del *fashion* hasta hacerla estudiar diseño y convertirla en la reconocida diseñadora que hoy día es. No tiene fama, pero cuenta con una exquisita clientela tanto aquí en París como en nuestro país.

—Ustedes como que son un explosivo y sorpresivo trío, ¿no? ¿Y Cocó, entonces se operó, se quitó aquello que le estorbaba en la entrepierna y ahora es la señora Cocó de la moda de dos continentes? —Dijo divertido Edelmiro. Empezaba a sentirse en confianza con María Virginia, luego de tantas confesiones.

—Ja ja ja ja ja, más o menos, ja ja. Es la señora de la moda de dos continentes, pero nunca se ha atrevido a dar el salto definitivo a la operación. Dice que le da terror arrepentirse después y asegura que «*La Agrado*», la de la peli «*Todo*

sobre mi madre», de Almodóvar, tiene razón cuando dice que «A los hombres les gustan neumáticas y bien dotadas». Ja ja ja. Cuando supo la historia aquella de la peruana que vivía en Francia y que fue la primera transexual de su país en operarse y cambiar de sexo, para luego arrepentirse y querer su identidad de hombre de vuelta, más miedo le dio. Dice que solo se operaría si encontrase al hombre de su vida y se lo pone como condición para vivir con ella para siempre. De lo contrario, prefiere continuar haciendo caso a los consejos del personaje de Pedro Almodóvar y seguir siendo «auténtica», como «*La Agrado*», que también dice que una es más auténtica en la vida, cuanto más se parece a lo que piensa de sí misma, o algo así, ja ja.

— ¡Ah caramba! Yo que pensaba que ya eso se lo habían echado a los perros. —Dijo socarronamente Edelmiro y ambos rieron a gusto tomados de la mano, ya cerca del Obelisco.

6

Un inspector con un futuro prometedor

En pocos minutos, Edelmiro y Dagoberto llegaron hasta la sede de la comandancia de Policía Judicial. Era una mañana de domingo con calles despejadas y con muy poco tráfico de vehículos por las autopistas. Los dos amigos permanecían en silencio mientras estacionaban el vehículo y se dirigían al encuentro de Daniel Delgado.

Dagoberto no dejaba de maquinarse mentalmente acerca de la política y los negocios. Era como un vicio incontrolable en él. Mientras que Edelmiro recordaba divertido el día que conoció al inspector Delgado, hoy jefe de la Policía Judicial,

gracias a los buenos oficios del General.

Cuando se iniciaba el gobierno revolucionario de «Gigante», Daniel Delgado era un joven detective de la Policía Judicial con más ambición que inteligencia y talento. No hacía más que soñar con dar un golpe que lo catapultase dentro del cuerpo detectivesco a los más altos cargos. Siempre se había sentido predestinado para grandes empresas. Aunque la naturaleza en verdad no lo había dotado con suficiente talento, pero sí con bastante astucia.

«Yo soy un coño muy valioso para andar en esta persecuidera de rateritos de medio pelo. Con mi talento debería estar ya dirigiendo esta cagada de institución y con más billete que *Rico Mc Pato*. Pero martillando quinientas tablas a un roba carros de vez en cuando para hacerme el loco de que no sé que el tipo es choro, no voy a llegar muy lejos. Tengo que hacer una vaina que me haga salir en todos los periódicos como la «pepa del queso» en la investigación».

Así pensaba el detective Daniel mientras, solícito, le servía un cafecito a su jefe:

—Tenga, jefecito, con una cucharadita y media de azúcar como le gusta a usted.

No dejaba pasar ninguna oportunidad para halagar y obsequiar a sus superiores, pues sabía muy bien que, en un país de mediocres, la lealtad ciega y, sobre todo, una buena jalada de bolas oportunamente, era más efectiva y valiosa que la preparación o el talento.

Un día, estando en la panadería del barrio donde vivía, y mientras engullía un pan con jamón y queso, antes de llegar a su casa, escuchó que dos hombres conversaban en clave con el charcutero de algo que harían el viernes en la madrugada en los salones de educación física del Grupo Escolar «Monseñor Ignacio Calatrava». La escuela a dónde acudían los niños del barrio a estudiar primaria y los primeros años de secundaria.

Uno de los hombres, cercano a los cuarenta, con una

espesa barba en la que se entremezclaban desordenadamente pelos negros, rojizos y blancos, y quien era conocido en el barrio como líder del colectivo *R.O.C.A* (Revolución Organizada Colectivo Armado), dijo:

—Este viernes, por fin, la revolución va a empezar a sentirse en esta comunidad. Ya es prácticamente seguro que la vaina va. Pero de todas formas, el jueves en la tarde les confirmo.

—Pero ¿cómo van a hacer para meter esa vaina aquí sin llamar la atención? —Dijo el charcutero, un joven calvo a destiempo, con un diente de oro junto a los incisivos salidos, característica que dio origen al apodo de «Conejo» con el que lo conocían todos en el barrio.

—Tranquilo, «Conejo», que ahora somos gobierno y toda nuestra actividad va a ser más fácil con el apoyo que tenemos del *Papaúpa* desde el poder.

—Sí, «Conejo», esos panas tienen todo medido al pelo. Ni nosotros mismos nos enteraremos de cómo meten la vaina.

Capaz y ya está en el barrio y no lo sabemos —terció el muchacho de unos veinte años, con rastas reseca en el pelo que le llegaban casi hasta la cintura y un escaso bigote mal cuidado. El joven parecía ser el pupilo del barbudo y en el cuello se distinguía un tatuaje, mal hecho y a medio terminar, de una hoja de marihuana.

Cuando el cuarentón de barba tricolor vio que Daniel estaba cerca, les hizo señas a los otros dos para que se callaran. Daniel hizo como que no se dio cuenta de los gestos y continuó comiendo su sándwich.

—Caramba, si aquí está el *tombo* Delgado —Dijo en voz alta para que oyera Daniel pero, sobre todo, para que sus compañeros entendieran porqué debían callarse.

—El mismo que viste y calza, Quintino. Cenandito para irme a dormir. —Dijo Daniel enseñándole el pan aplastado y medio quemado por la plancha de hierro, relleno de jamón y queso, y chorreando salsa rosada, que se estaba comiendo acompañado de una *Coca Cola*.

— ¡Que en salud se te convierta! —Dijo Quintino.

Entre los dos hombres había un pacto tácito. Daniel no se metía con las actividades revoltosas de Quintino, conocidas de sobra por todos en el barrio, ni con su negocio de cobro de peaje y venta de drogas al detal en la zona, actividades que le servían para financiar el movimiento subversivo que dirigía. Y, por su parte, Quintino no se metía con el agente de la policía judicial ni con su familia, permitiéndoles continuar viviendo en el barrio y prohibiéndoles a sus muchachos que se metieran con los Delgado.

Pero Daniel ya había decidido, al terminar su sándwich, que ese pacto terminaría la madrugada de ese viernes. Con lo que logró escuchar de la conversación de los tres insurgentes, llegó a la conclusión de que lo que meterían en la escuela era un gran cargamento de drogas y su ambición vio en ello la oportunidad de dar el golpe que estaba esperando para ser tomado en cuenta en el cuerpo policial como una persona de valor y no como el *tombo* chapucero, que matraquea rateros y le sirve el cafecito al jefe todos los

días. A partir del viernes emprendería su carrera para ser llamado «El Comisario Delgado».

Inmediatamente urdió un plan para interceptar el alijo. Llamó a dos policías de la Metropolitana para que lo secundaran en su propósito de pasar a ser el paladín de la lucha antidrogas del país. Ya se veía dirigiendo, por lo menos, la Comisión Contra el Tráfico de Drogas o de Comandante de la Policía Judicial. Calculó que además de los tres hombres de la panadería, estarían involucrados unos dos más en ese tráfico de drogas del viernes, así que, él y dos efectivos más que lo cubrieran, podrían someter a los traficantes en el salón del colegio. Además, contaban con el factor sorpresa, pues los traficantes no sospechaban de sus intenciones.

A las dos de la mañana, se apostaron frente a las canchas del grupo escolar el agente Delgado y sus dos compinches de la Metropolitana. Listos para dar el golpe. Dieron las tres, y no había pasado nada. Solo se apareció un camión recolector de basura de la Alcaldía Metropolitana.

— ¡Coño, el nuevo alcalde como que empezó bien! —Dijo Daniel—. Para este barrio hacía meses que no mandaban un camión de basura.

El camión se detuvo una media hora frente al colegio y no fue sino hasta cuando arrancó, que a Daniel y sus compañeros les pareció extraña la situación. Sobre todo, porque una vez que el camión echó a andar, vieron que dos hombres, atravesaban la reja del colegio y entraban al edificio.

—Huhmm estos carajos como que de verdad entienden que la droga es una basura y la transportan en estos camiones. —Dijo Daniel y luego le dio instrucciones a los metropolitanos para que vigilaran afuera del salón, mientras él sometía a los narcotraficantes adentro.

— ¡Quietos todos! —Dijo tras abrir la puerta de una patada como siempre había soñado hacer—. ¡Policía y están rodeados! Al que se mueva, me lo casco.

Vio que un hombre alto daba la espalda y se escondía

detrás de unos muebles en los que se encontraba lo que en algún tiempo pudieron haber sido balones de fútbol, básquet y volibol y que ya no eran más que unos esmirriados e inútiles adornos en el armario. Cuando iba a gritar ¡Quieto! de nuevo, se dio cuenta de que media docena de hombres lo apuntaban. Dos con fusiles y cuatro con armas cortas, incluyendo al hombre alto y atlético que se encontraba frente al grupo a quien no conocía de nada. Sin duda, no era alguien del barrio.

Daniel tragó grueso y trató de pensar en cómo actuar. Además de los seis hombres que lo apuntaban, había sentados en el suelo unos quince más y como centro de reunión, ordenados en el medio de la sala deportiva, unos quince fusiles iguales a los que lo apuntaban, unas cuantas granadas de mano y más de dos docenas de armas cortas de diferentes calibres.

Un arsenal de armas cortas y largas en medio del salón de usos múltiples parecía ser el motivo de la reunión, mientras que por ningún lado se distinguían posibles alijos de droga.

Sin bajar su arma y queriendo aparentar aplomo, le preguntó al hombre alto que tenía casi en frente:

—Y tú, ¿quién eres? Que salga también el que se escondió allá atrás.

La situación ya parecía de un sketch cómico de televisión, de un programa de cámara escondida.

—Para ti, soy el Coronel Berroterán y el que está allá atrás saldrá cuando yo lo diga. ¿Quién eres tú y con cuántos viniste?

—Es el *tombo* Delgado, Coronel. Un *güevón* que está buscando amanecer con el mosquero en la jeta tirado en un matorral y mordido de ratas —Dijo Quintino haciendo amago de que descargaría el fusil en la ahora temblorosa humanidad de Daniel.

—Vine con dos de la Metropolitana, Coronel. Yo trabajo en la Policía Judicial y pensaba que aquí descargarían hoy un gran alijo de drogas.

Berroterán no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—Este sí es *mamagüevo* ja ja ja ja ja. Suelta esa arma si no quieres que mañana aparezca en prensa que unos drogadictos mataron a un agente de la Policía Judicial para despojarlo de su arma. Salga jefe. Este pobre diablo ya hasta las pantaletas las debe tener manchadas.

El grupo soltó una carcajada y Daniel obedeció tembloroso y avergonzado. De detrás del mueble apareció, riendo también, quien hacía solo 5 meses había asumido la presidencia del país y a quién años más tarde se conocería en el mundo como «Gigante».

Quintino dijo: «¡Vamos a darle hierro, Coronel! A él y a los dos *tombos* que lo acompañan». Berroterán miró al Presidente que estaba vestido con mono deportivo Adidas azul oscuro.

—Usted decide qué hacer con «el héroe», coronel. —Dijo el Presidente.

Edelmiro Berroterán calló por un instante mirando fijamente

con sorna al atemorizado policía. Le divertía alargar la angustia del «héroe» devenido en mamarracho. Por fin, conteniendo su risa burlona, dijo:

—Te vamos a perdonar esta vez, Delgado. Creo que vas a hacer carrera en la Policía Judicial si recuerdas siempre este momento y lo tomas como tu segunda fecha de nacimiento. —Dirigiéndose al Presidente, agregó:

—En la judicial necesitaremos unos cuantos incondicionales que nos ayuden a limpiar el cuerpo de esa manada de inspectores y comisarios afectos al gobierno anterior, jefe. Gente que les forje expedientes, que les siembre vainas con las que los podamos inculpar cuando estorben mucho o se pongan *popis*. Este Delgado será el iniciador del proceso revolucionario en la Policía Judicial.

El Presidente asentía con la cabeza. Berroterán le dijo a Delgado:

—Oye, mamita, vas a salir allá afuera. Vas a agarrar a tus dos escoltas de pacotilla y, sin decirles una sola palabra de

lo que viste y de lo que se habló aquí adentro, que si te pones a ver, no viste nada ni oíste nada ¿verdad?, te los llevas bien lejos. ¿Estamos claros?

—Sí, mi Coronel. Yo no he visto nada. Más ciego que *Topacio*. A esos les digo que lo que había aquí eran dos maricos tirando, a los que vimos entrar hace rato. Tendrá mi Coronel doscientas tablas ahí para darles a ellos. Así les digo que matraqueé a los maricos y ellos se van contentos. Es que yo estoy en el ladre y hasta el miércoles no cobro. Si no, no me atrevería a pedirle, Coronel.

Berroterán, conteniendo la risa una vez más, sacó tres billetes de cien y se los dio al inspector.

—Toma, doscientos. Y cien más para ti, para que aguantes hasta el miércoles. Menos mal que eres pendejo, pero captas rápido Delgado. Vas a llegar lejos en la Judicial.

—Sí mi coronel. —Dijo Daniel, se puso firme y con un saludo militar, se despidió. Al cerrar la puerta tras de sí, escuchó al grupo reír a carcajada batiente. Se persignó, y

dándole gracias a Dios por haber vuelto a nacer, fue en busca de sus compañeros, los abrazó y empujándolos hacia la salida, les dijo:

—Nada. Falsa alarma. Era un par de maricos. Cuando entré uno tenía al otro más clavado que papa en tenedor. Les quité doscientos palos: cincuenta para ti, cincuenta para ti y cien pa'mí que hice el trabajo. —Dijo mientras repartía el dinero y se iban del colegio.

Adentro quedaron el Presidente, Berroterán y el colectivo *R.O.C.A.* (Revolución Organizada Colectivo Armado) en pleno. Terminaron con el plan de entregar armamento para equipar a las recientemente creadas milicias revolucionarias que deberían germinar hasta en los más apartados rincones del país. Le entregaron a *R.O.C.A* parte del arsenal que acababa de llegar al puerto desde la isla de Cuba, en un barco que aparentaba transportar toneladas de azúcar morena.

El Presidente cerró la reunión diciendo:

—A los opositores, a los traidores a la patria, a los enemigos del proceso, tenemos que demostrarles que esta es una revolución que la estamos haciendo en paz, pero que no nos busquen, porque nos encontrarán armados hasta los dientes, dispuestos a defender el proceso y la patria. Estas armas que nos envía la hermana y libertaria república de Cuba son para defender la patria y a los pobres. Somos pacíficos pero estamos armados y no somos pendejos. ¡Patria o muerte!

— ¡Venceremos!

«Una revolución pacífica pero armada —pensó—. ¡Coño, eso está bueno! Tengo que usarlo más seguido en mis discursos».

7

Ángel y las fotos

Ángel llegó a su casa y sin hacer ruido se fue rápido a su cuarto. No quería encontrarse con su papá y, menos aún, con su mamá, que siempre tenía un cuento de alguna amiga o de los hijos de sus amigas que echar. Apuró el paso porque sabía que pronto despertarían. El hábito de levantarse temprano estaba tan arraigado en sus padres que ni los domingos pasaban de las ocho de la mañana en cama.

Cerró con suavidad la puerta de su habitación y hundió el botón del picaporte para asegurarse de que nadie fuera a entrar sin avisar. Con el corre-corre de la mujer muerta en el

hotel, su cansancio y sueño desaparecieron. Estaba hiperactivo y una pequeña molestia en el vientre producida por una orquitis que empezaba a causarle dolores, lo hizo pensar que tendría que masturbarse para liberar la molestia.

— ¡Qué ladilla, con mis cojoneas! —Pensó.

Se quitó los zapatos y el pantalón y, mientras arrancaba la computadora que acababa de prender, se terminó de desvestir. Desnudo, fue al baño, orinó en el lavamanos mientras se cepillaba los dientes. Aunque el dolor en sus testículos era suave, sabía que no se iría así como así. Pero no sentía aún verdaderas ganas de masturbarse, aunque sabía que era lo único que lo calmaría.

Al terminar de orinar, se lavó el pene y se lo secó con la toalla que colgaba al lado del lavamanos. Al mirarse en el espejo, se encontró un poco ojeroso y demacrado, pero no tenía sueño. Sentía la cabeza embotada y pesada pero no creía poder conciliar el sueño.

Se sentó en el escritorio. Conectó el *Blackberry* al CPU y

abrió el *Desktop Manager* para descargar las fotos del *Smartphone*.

Una vez terminada la descarga, empezó a verlas con detenimiento una por una. Tenía fotos guardadas desde hacía varios días que fue pasando rápidamente, eliminando algunas que ya no le interesaban y guardando las otras en diferentes carpetas. Cuando apareció la primera foto de la mujer de la *Suite Heaven*, soltó el mouse y la observó con detenimiento. Como si quisiera que la imagen le hablara.

En la pantalla se veía un plano cerrado de la cama con el cuerpo yacente de la hermosa mujer. Hizo clic en el botón del mouse para pasar a la siguiente foto. La pantalla desplegó un *close up* del rostro sereno de la muerta. «¡Qué bella era!», pensó Ángel. El rostro lo hacía pasar por emociones encontradas. La serena hermosura de la mujer lo hacía sentir compasión, tristeza, lástima, deseo y un cierto temor. Al contemplar las imágenes se olvidó de que estaba muerta. Para él en su convulsionada mente, era una hermosa mujer dormida.

Dio clic una vez más y pasó a la siguiente imagen en la que un plano similar al anterior, pero más abierto, permitía ver, en la parte de abajo de la foto, la marca en el cuello del apretón dado por la cinta de seda para ahorcarla.

— ¿Quién te hizo eso, chiquita?

La imagen que apareció después era un plano cerrado de los pechos de la mujer. Bajo el brillo de la seda blanca, se notaban unos senos firmes, con la firmeza que dan las prótesis mamarias, pero estas no eran exageradas. Eran absolutamente proporcionadas con las características generales de la chica. Ni pequeñas ni grandes. Perfectas. Al mirar fijamente la imagen parecía que el pecho se movía como si la mujer estuviese respirando. Sus pechos daban la impresión de ascender y descender con lentitud.

Ángel sintió un corrientazo en el pene.

— ¡Coño, cachorrito, que está muerta! No seas sádico. Además, si sigues con la pendejada, la cojonera va a ser brutal.

La imagen que siguió era un plano abierto. Se veía la cama con la sexy novia muerta. Una vez más el adolescente pensó que, más pareciera que la mujer dormía sobre la cama, en medio de la foto, y no que estuviese muerta. A ambos lados, se observaban las lámparas de luz amarillenta sobre las mesillas de noche. Se distinguía en la imagen del monitor el resplandor de las estrellas fosforescentes en la pared del fondo, a los costados del inmenso espejo biselado que tenía de cabecero y en el que se reflejaba la parte baja de la cama con las pantorrillas y los pies de la chica.

Ángel sintió que su pene daba un brinco cuando apareció la siguiente fotografía. Era un *close up* de las zonas abdominal y púbica de la mujer. Se podía distinguir, en el borde superior, los ojos del rostro invertido del Jesús del crucifijo color crema, como si el crucificado dirigiese la mirada hacia la vagina de la chica.

La seda parecía adherirse al plano vientre, haciendo que se marcara el orificio umbilical y en la parte del pubis aparecía un pliegue que a Ángel le resultó insinuante y sensual al

mirarlo en conjunto con el ligero blanco que sostenía el erótico encaje blanco de las medias de nailon.

— ¿Entonces, cachorrito? ¿Tú como que eres medio necrofílico, como llama el ministro aquel a la oposición? Quédate como en la cédula es lo que es.

Siguió pasando las fotos una por una. Cuando llegó a la última, ya se había dado por vencido. El cachorrito le ganaba la batalla y su temor a una dolorosa cojonera lo hizo deslizar su mano hacia su entrepierna y, mientras con una mano pasaba las fotos, con la otra se sobaba el pene que ya empezaba a expeler líquido pre seminal cristalino. En ese instante volvió a acordarse de Dora y sin apenas darse cuenta, terminó masturbándose.

Es su abotagada cabeza, la imagen de la mujer sobre la cama de la *Suite Heaven* se alternaba y mezclaba con los ardientes recuerdos de Dora. A los pocos minutos terminó con una violenta eyaculación que le llegó hasta la punta de la nariz. Agarró una media de las que se acababa de quitar,

se limpió primero el semen de la cara y, luego, el del pecho. También pasó la media por su pene para limpiarlo. Lanzó la media debajo del escritorio y se tumbó sobre su cama.

Súbitamente, reaparecieron el sueño y el cansancio. Su cuerpo se relajó por completo. Se quedó rendido y durmió muy inquieto a causa de los sueños con Dora, que por momentos dejaba de ser la mucama iniciadora de su vida sexual para convertirse en la sexy novia dormida que yacía sobre la cama celestial de la *Suite Heaven* entre almohadones de nubes.

8

No es que se parece, es que es ella

La voz chillona y nasal de la señora Gumersinda atravesó todas las paredes de la casa, desde la cocina hasta la habitación de Ángel, y lo despertó del absurdo sueño que empezaba a tornarse pesadilla entre la mujer muerta y su añorada Dora.

— ¡Señorito Ángel, ya van a comer! ¡Señorito Ángel, baje ya!

La voz era un detestable pitido que se le metía a Ángel hasta la silla turca. Cómo aborrecía el tono de ese grito, casi tanto como al «Señorito Ángel» con el que la insoportable

mujer lo llamaba. Se estiró en la cama, se levantó, fue al baño, se lavó los dientes, se dio una rápida ducha y bajó al comedor con un poco de ardor en los ojos, sin saber con claridad si se debía a lo poco que durmió o a que le cayó jabón cuando se lavó la cara.

Cuando llegó al comedor, ya sus padres estaban sentados a la mesa y Gumersinda venía de la cocina con la bandeja de la ensalada.

—El señorito hoy está como muy dormilón ¿no?

Dijo Gumersinda al pasar junto a Ángel con la fuente de la ensalada. El muchacho estiró el cuello para husmear en el recipiente y vio un *mézclum* de lechugas con palmitos y trozos de queso Emmenthal. Sin dejar de hurgar la ensalada con los ojos, le dijo a la mujer en tono burlón:

—Si me sigues llamando *señorito Ángel*, como si yo fuera un mariquito con real, te voy a llegar una noche de estas a la pieza para que sepas que soy un macho.

Gumersinda, quien no despegaba del piso más que metro y

medio, con el cabello mal teñido de negro azabache, recogido en un moño en la base del cuello, con las raíces blancas de las canas al descubierto y una figura tan rolliza que parecía, con su vestido negro, a una docena de cauchos de autos apilados uno sobre otro, se persignó sonriendo y, sin dejar de servir, dijo:

— ¡Dios me libre, señorito! Y Dios lo libre a usted, porque yo duermo con el cuchillo de carnicero bajo la almohada y, si se atreve, saldrá de mi pieza como la señorita Ángela.

El viejo profesor apretó los labios para no reír la broma de Ángel y Gumersinda, pues sabía que eso significaría una discusión con su esposa, quien ya daba muestras de encontrarse bastante incómoda con lo soez de la conversación entra la mucama y su hijo.

— ¡Ángel, respeta a doña Gumersinda que puede ser tu abuela!

—No es pa' tanto, señora Beatriz, digo, lo de abuela, dejémoslo en tía mayor —Dijo la anciana con picardía, pues

sabía muy bien que a la señora le gustaba quitarse los años. Ambas mujeres eran casi de la misma edad, aunque la mucama lucía mucho mayor que la madre de Ángel.

— ¡Ay, qué falta hace Dorita en esta casa! —Dijo Ángel a propósito, para provocar, pues sabía cómo le molestaba ese comentario a su mamá. El padre enterró la cabeza en el plato para que no se viera su sonrisa.

— ¡Ángel, ni me nombres a esa zorra infeliz!

Después de aquella primera vez de Ángel con Dora, en el cuartico de servicio, el sexo entre ambos se hizo algo habitual. No podían quedarse solos media hora en casa porque parecían conejos persiguiéndose para aparearse por los rincones. Ambos jóvenes eran un hervidero de hormonas incontroladas.

La fiesta les duró hasta una tarde en que Dora estaba en el cuarto de lavandería, planchando mientras veía la telenovela a todo volumen, llegó por sorpresa Ángel y la

embistió por detrás. Con un rápido movimiento la inmovilizó por el cuello con un brazo, mientras con la otra mano le bajó las pantaletas y se desabotonó su pantalón para, bruscamente, penetrarla desde atrás.

Dora fingió resistirse al ataque y su gesto excitó más al calenturiento adolescente, quien con sus pantalones y bóxer a mitad de piernas embestía a la muchacha mientras le besaba el cuello.

En esa posición los consiguió Beatriz, la madre de Ángel, quien llegó antes de lo esperado de su cita en el salón de belleza y a quien no sintieron entrar en medio de tanta pasión y del ruido del televisor que Dora mantenía encendido mientras planchaba mirando su novela mexicana.

Beatriz no daba crédito a lo que veía. Su pequeño Ángel, la inocencia hecha carne, «¡Con la cachifa! Qué espectáculo tan bochornoso», pensó al ver a la mujer con las pantaletas en la rodilla y su Angelito con las nalgas blancas al aire, allí, en la lavandería, pegados como dos perros callejeros.

Luego de carraspear fuertemente con la garganta para llamar la atención de la pareja, dijo con voz indignada:

—Dora, súbase esas pantaletas y recoja sus cosas que hasta hoy trabaja en esta casa.

Y entre dientes, sin que se oyera, murmuró: «Perra».

—Y tú, Ángel, esta noche tendrás que hablar con tu papá de hombre a hombre.

Y como matrona de culebrón, dio media vuelta erguida y tiró la puerta.

Ángel no podía parar de reír. Sin soltar a Dora en ningún momento, reía y se restregaba contra su cuerpo. Ella, infructuosamente, trataba de apartarlo para correr a pedirle perdón a la señora.

—Bueno, Dorita, ya que se fue, ¿por qué no terminamos lo que estábamos haciendo?

— ¡Ángel, que me quedé sin trabajo!

De nada sirvieron los ruegos de Dora y Ángel a Beatriz para

que la dejara.

— Mamá, te juro por ti, que eres a quien más quiero en esta vida, que Dora y yo no nos volvemos ni a mirar. Por favor, no la echés así a la calle que necesita el trabajo.

El padre también intercedió. Intentó explicarle a su mujer que eran cosas de muchachos. Que no era para tanto.

—Eso pasa en casi todas las casas de familia, Beatriz. No es para que dejes a una pobre muchacha sin trabajo. Si a ver vamos, tanta culpa tiene ella como tu hijo.

Pero Beatriz estaba muy ofendida y preocupada por lo que pensarían sus amigas si se de que el niño se tiraba a la *cachifa* a escondidas. Nada la hacía dar su brazo a torcer.

—Esa zorra infeliz tiene que salir hoy mismo de esta casa o la que se irá soy yo. No voy a tolerar bajo mi techo semejante comportamiento. ¡Parecían unos animales!

El profesor, dentro de la pena que sentía de que Dora fuera echada de esa manera a la calle, en el fondo, sintió alivio y

cierto orgullo por su hijo. Siempre había pensado que tantos mimos de su madre, terminarían haciendo homosexual a Ángel y, aunque se consideraba un hombre progre y para nada homofóbico, nunca deseó, ni en sus peores pesadillas, tener un hijo gay.

A escondidas de Beatriz, habló con Dora. Se disculpó con la muchacha por la actitud de su mujer y le ofreció una compensación económica.

— ¡No, profe! Yo no puedo aceptarle esa plata,

—Vamos, Dora. No me hagas eso. Mira que me siento muy mal porque no puedo hacer nada más por ti. No quiero que te vayas pero ya sabes cómo es Beatriz. Si la obligamos a que te acepte de vuelta, te hará la vida imposible a ti y a Ángel también y esta casa será un infierno.

— Pero recibirle ese dinero me haría sentir a mí como una puta, profesor. Perdóneme, pero yo no lo hacía con Ángel por plata. Era algo que no podíamos evitar...

— Lo sé, Dora. Son ardores normales en los jóvenes, pero

no hay quien haga entender eso a Beatriz. Recibe el dinero. No lo hago como pago sino como una compensación por el maltrato que te hace Beatriz. Yo no puedo convencerla de que te deje en el trabajo y no quiero tampoco tener un problema con ella por eso, pero sé muy bien que no es justo que solo cargues tú con la culpa de todo. Toma el dinero y cuenta conmigo para lo que sea. No dudes en buscarme si te encuentras en apuros. Toma esto como la liquidación que te correspondería por ley.

Beatriz ya estaba incómoda con las indirectas de Ángel y doña Gumersinda, así que para cambiar de tema, dijo:

— ¡Qué horror lo que le hicieron a esa pobre mujer! Dicen además que era una muchacha joven y muy hermosa.

Ángel se puso alerta. Debía estar al loro para responder si empezaban un interrogatorio sobre lo ocurrido en el hotel.

Su padre preguntó:

— ¿De quién hablas? ¿De la esposa del General

Berroterán?

—Sí. ¡Cómo la fueron a matar así! Y la dejaron tirada en la calle como a un animal callejero. Pobre familia. Este país se ha vuelto invivible. Uno no se siente tranquilo y seguro en ningún lado. Por eso es que no me gusta que estés trabajando en las noches en ese hotel, Ángel. —Dijo Beatriz compungida.

El muchacho, supuso que venía el sermón por lo de la mujer asesinada en el *Sueños Inn*, sospechaba por dónde venían sus padres con esa conversación, pero como no era tonto y no quería meter la pata, aparentó desconocimiento de lo que estaban hablando. Preguntó como quien no entiende la conversación:

— ¿A quién mataron como a un animal, mamá?

—A la esposa de un General, para robarle el carro. Imagínate, si ni ellos están seguros, que tienen escoltas y policías a su disposición ¿qué queda para nosotros?

Ángel respiró aliviado. No estaban hablando de su sexy

novia dormida. Debía tratarse de uno de los tantos asesinatos de los fines de semana del país a los que, aunque son cotidianos, nadie termina de acostumbrarse.

—En el avance del noticiero salieron las fotos de la muchacha. Sí, era bellísima y muy joven. ¡Pobre hombre!

Aunque Ángel se moría por preguntar si sabían de la muerte de alguna mujer en un hotel, si los noticieros hablaban de eso, guardó silencio. Si no se enteraban, mejor, así les evitaría el disgusto de decirles que seguiría trabajando en el *Sueños Inn*, aunque ellos se opusieran.

Terminó de comer apurado y corrió a su cuarto a meterse en internet. Necesitaba saber qué había pasado con la novia ahorcada. Le parecía muy extraño que sus padres no le hubiesen tocado el tema en el almuerzo, a pesar de haber hablado del asesinato de la otra mujer y de la inseguridad del país.

En su *timeline* de *Twitter* no se hablaba de otra cosa que del asesinato de la mujer del general. Algunos lamentaban lo

sucedido, otros decían que bien hecho que les pase a ellos también, a ver si ahora dicen que es «sensación de inseguridad» y «Exageraciones de los medios de comunicación que no pierden oportunidad para despotricar del gobierno».

«@elincorrecto: a la esposa del General de División la mató la sensación de inseguridad.»

Todos hablaban del asesinato de la señora Berroterán, pero nadie mencionaba a la muerta del hotel. Ángel escribió en la casilla de búsqueda «mujer muerta en hotel *Sueños Inn*»:

«La búsqueda para «mujer muerta en hotel *Sueños Inn*» no dio resultados.»

—Coño, pero no puede ser que no haya ni un solo tuit que hable de la muerta del *Sueños Inn*.

En una pestaña aparte, abrió la página del canal de noticias *24 horas* y, mientras cargaba, abrió en otra su perfil de *Facebook*. Empezó a bajar rápido por su muro. No aparecía nada. Lo que se repetía mil veces era la misma foto de la

cara llorosa del General Berroterán, pero por ningún lado salía nada del hotel. Ni de la mujer vestida de novia asesinada en la *Suite Heaven*. Era como si nada hubiese pasado la noche anterior en el hotel.

El audio del canal de noticias empezó a escucharse y abrió esa ventana. El General Edelmiro Berroterán, con los ojos rojos, decía a cámara rodeado de micrófonos:

—No descansaré hasta dar con los asesinos de mi esposa. Ese crimen no puede quedar impune. Ella era una mujer que no se metía con nadie y que, por el contrario, siempre ayudó a todo el que lo necesitaba. Les agradezco que no se tergiversen los hechos ni se politice esta desgracia. Todo será investigado hasta las últimas consecuencias. Hasta dar con los responsables de tan horrendo crimen. Pero les pido que, por favor, respeten el dolor por el que estamos pasando sus familiares. Un dolor que en mi caso es doble, porque por fin mi esposa había logrado concebir el hijo que tanto habíamos buscado. La oposición que no tome este asesinato como bandera para hacer politiquería...

— ¿Tienen alguna pista General? —Preguntó una periodista— ¿Alguna hipótesis más allá del intento de robo?

—Los cuerpos revolucionarios de policía están a cargo de la investigación. Ellos, con la eficiencia que los ha caracterizado durante todos los años de gobierno revolucionario, harán su trabajo y encontrarán oportunamente a los culpables para que paguen su crimen ante la justicia. No se descarta ninguna hipótesis, pero tampoco queremos ser irresponsables señalando sospechosos o culpables sin adelantar las debidas investigaciones.

En ese momento, el canal hizo un corte para poner al aire una breve reseña de la víctima. En el monitor, en tamaño grande, apareció la cara de la mujer del General asesinada. Cuando Ángel vio aquella primera foto de la mujer, se confundió. La que mostraban era, sin duda, la cara de la *sexy novia dormida*.

«María Virginia Berroterán tenía treinta y cuatro años y

hacía cinco se había casado con el General Edelmiro Berroterán, a quien conoció en Francia, hace seis años, cuando el militar fue enviado por el gobierno revolucionario para hacer un curso de especialización en...»

Ángel veía las diferentes fotos que ponía el noticiero de la mujer y su esposo y no salía de su asombro.

— ¡Coño, no es que se parece, es que es ella...!

«El cadáver de María Virginia de Berroterán fue hallado por la policía en el hombrillo de la autopista, luego de recibir una llamada en la que unos transeúntes avisaban que habían visto allí un bulto que parecía ser el de una persona herida o muerta. Hasta el sitio se movilizaron, junto con la policía, nuestros reporteros y al llegar al lugar, pudieron constatar que a la dama la habían ahorcado para robarle su vehículo y su cartera...»

—Ahora sí es verdad que quedé boludo. Solo falta que me salgan con que yo me soñé toda esta vaina.

Decía Ángel, mientras marcaba el celular de Andrés para

que le explicara qué pasó en el hotel después de que él se fue y por qué ahora dicen que a la mujer la asesinaron en la calle para robarle el carro.

«El número que usted ha marcado no puede ser localizado en este momento. Por favor, intente su llamada más tarde».

Las tres veces que llamó le salió inmediatamente el mismo mensaje grabado de la operadora.

— ¿Dónde estará metida esta loca ahora? ¿Quién sabe en qué rincón la tienen mamando? ¿Por qué apaga el teléfono?

9

El traslado del cadáver

Edelmiro Berroterán, después de un escueto saludo a los 3 hombres que lo recibieron en la comandancia de Policía Judicial, caminaba pensativo de un lado al otro alrededor del escritorio de Daniel Delgado, el comisario jefe de la Policía Judicial. Trataba de poner en orden sus ideas y trazar el plan con claridad antes de exponérselo a los cuatro hombres que, en silencio, aguardaban las instrucciones. Dagoberto lo miraba con curiosidad. El General parecía un león enjaulado preparando su huida.

—La cosa es así, Delgado: mí esposa apareció muerta en circunstancias poco decorosas y favorecedoras para mí y para mi carrera. Circunstancias que en estos momentos de mi vida y de mi carrera podrían acarrearle serios inconvenientes...

Edelmiro se dirigía a Delgado como si los otros dos hombres

no existieran. El efectivo tenía unos veinte kilos más que aquella madrugada cuando se conocieron, hacía ya casi diez años en el grupo escolar «Monseñor Ignacio Calatrava».

La pronunciada calva trataba infructuosamente de disimularla dejando crecer los cabellos de un costado y sosteniéndolos sobre la brillante piel de la cabeza con fijador. Llevaba lentes adaptados y una chaqueta de cuero negro que al militar se le hacía incómoda nada más de verla.

—Lo siento mucho mi General...

—No lo sientas, Delgado, que ya de eso me encargo yo. Tú límitate a escuchar y a cumplir mis indicaciones al pie de la letra. Piensa que hoy está en juego tu carrera y tu vida como aquella noche en el Grupo Escolar. Hoy puede significar un nuevo renacer para ti si haces las cosas bien, sin errores y sin preguntas.

El comisario se sonrojó ante la mención de aquellos

bochornosos hechos que, aunque marcaron el inicio de su ascenso en la carrera policial, no dejaban de avergonzarlo. Lo ocurrido en aquel barrio era un episodio que Delgado había intentado borrar de su expediente, pero que Berroterán se encargaba, convenientemente, de recordárselo en cada oportunidad que se le presentaba.

—Mandé usted, mi General.

—Bien. Su cuerpo está en la *Suite Heaven* del hotel *Sueños Inn*. —Delgado no pudo evitar echarle una mirada a Dagoberto ante la mención del lugar. Él, como todo el país, había escuchado la especie de que la cadena hotelera pertenecía al diputado. Ahora entendía su presencia allí con el General.

—Vas a ir allí con tus dos hombres, pero sin llamar la atención de nadie, nada de identificarse como policías ante nadie. Ni sirenas o luces de patrullas que yo sé cómo te gusta hacer pantalla para figurar. Todo lo hacen con la mayor discreción. Preguntan por el gerente, seguramente

será él quien los reciba, pues los estará esperando en el sitio. Van hasta la suite y una vez dentro, vas a tomar fotos de todo lo que veas que te llame la atención y me las envías por *pin* —ya nos agregaremos a los contactos—. Intenta hacerlo todo rápido y trata de pensar como detective para adivinar qué pudo haber pasado allí y por qué el desgraciado la mató. Después vas a tomar el cuerpo y, sin que nadie vea ni sospeche nada, lo sacas del hotel. Tal vez metiéndolo en las cestas de lavandería cubierto con sábanas, ya eso lo dejo a tu creatividad. Lo importante es que nadie vea nada y que no se involucre a ninguna persona nueva en esta vaina. ¿Me vas captando, Delgado?

—Perfectamente, mi General. Alto y claro.

—Ok. Cuando ya tengas el cadáver fuera del hotel, te vas a toda velocidad al otro extremo de la ciudad y con precaución de que no haya edificios cercanos ni estén circulando vehículos en ese momento, dejas el cuerpo a la orilla de la autopista. La idea es hacer parecer que a mi esposa la mataron unos delincuentes para despojarla del vehículo. Por

supuesto, se van en carro particular, nada de cometer la estupidez de llegar en auto oficial o identificado. Es más, quiten las placas para evitar que si alguien ve algo pueda anotar el número. Lleven uno de esos autos blancos, sin identificación en los que se trasladan los cubanos del G2 para infiltrarse en las manifestaciones. No pueden dejar cabos sueltos. La vida de ustedes está en juego. Si esta operación fracasa, ninguno de ustedes vivirá para contarlo. Después, cuando ya estén alejados del sitio donde dejaron el cuerpo, llamas a la policía y les dices que recibiste una llamada denunciando que en tal sitio vieron un cuerpo y envías una patrulla al lugar. Te vienes a la comandancia, llamas a la periodista del canal oficial y te la llevas contigo al lugar para que cubra la noticia en pleno desarrollo.

—General, perdone la pregunta pero ¿cómo la mataron?

—Eso es lo que espero que tú me digas al llegar al hotel. En principio, me dijeron que parece ser que la ahorcaron. Si es así, le puedes poner una soga en el cuello para que quede como evidencia. Esos detalles los resolveremos por

mensajes de *pin* a medida que vayamos avanzando. Todo tiene que hacerse rápido y de manera limpia. Para mañana, ya todos ustedes —dijo mirando amenazadoramente a los dos oficiales que habían permanecido como estatuas durante toda la conversación— habrán sufrido un ataque de amnesia y no recordarán nada, ni de lo que aquí se habló ni de lo que hicieron. Este domingo no existió en sus vidas. ¿Entendido?

«Sí» dijeron a coro los dos oficiales y el comisario Delgado sin pestañear.

10

No parece intencional

El comisario Daniel Delgado y sus dos subalternos salieron de prisa a cumplir con el encargo del General. Luego de que cerraran la puerta de la oficina, Edelmiro se desplomó en la silla del inspector. Había permanecido de pie durante toda la reunión. La larga tensión y el esfuerzo para pensar sin dejar fluir sus sentimientos, lo tenían agotado, exhausto.

—Llama a quien tengas que llamar, Dago, para que en el hotel reciban a Delgado. Que no involucren a nadie más. Solo quienes ya están al tanto, por favor, Dago. Demasiada gente hay ya involucrada en este asunto para mi gusto. Si sigue inmiscuyéndose gente en este peo, todo se nos saldrá de las manos.

Dagoberto sacó su *Blackberry* para llamar a Carmelo y darle las instrucciones.

—Entendido, Dagoberto. Solo una cosa, ¿qué hacemos con

el vehículo que dejaron en el estacionamiento los enamorados?

Dagoberto apartó el aparato de su rostro, sin colgar la llamada:

—Edel, la pareja dejó un carro en el estacionamiento.

— ¡Coño de la madre! No me acordé del carro de María Virginia. Con razón no lo vi en su puesto hoy cuando llegaste con la noticia. Ella se fue en su camioneta al encuentro de amor. Dile que lo cubran con unos trapos o cartones. Ya me encargaré de eso también.

Dagoberto le transmitió el mensaje a Carmelo y le dijo:

—Cualquier cosa, solo por este número y sin dar nombres ni detalles, Carmelo. Que el gerente y el recepcionista estén allí para lo que necesiten los señores que llegarán por la encomienda, ayudando y sin preguntar. Necesitamos que todo se haga con prisa pero a la perfección.

— ¡Coño!, son tantos detalles, no había pensado en el

carro. Hablaré con unos choros que tengo controlados, que roban y desguazan carros para venderlos por piezas, para que lo busquen y lo desaparezcan. Menos mal que en casa hay copias de las llaves de todos los carros en la caja de seguridad, así que no será problema sacarlo de allí y despresarlo. Los tipos ni siquiera tienen que enterarse de quién es el vehículo. A esos solo hay que darles las señas de dónde buscar el paquete que tienen que desaparecer y ya. Son unos profesionales. No hay una sola compañía de seguros que haya podido descubrir los fraudes de los clientes. Los muy ratas hasta entierran en el monte los carros que no pueden sacar del país. Uno verdaderos profesionales.

Mientras hablaba, la voz se le iba rompiendo y las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos de manera incontrolable. Empezó a llorar de nuevo desconsoladamente, como un muchacho. Dagoberto lo acompañó en silencio. Sabía que le haría bien desahogarse. No se trataba solo del luto por la esposa muerta, sino también por la inmensa tensión

acumulada en las últimas horas. El diputado estaba asombrado de la sangre fría del hombre y de su capacidad para mantener la calma y planificar todo al detalle. De algo le habían servido sin duda tantos años de estudios de *Táctica y Estrategia* en la Academia Militar y los cursos de postgrado y maestrías en investigación y criminología en el exterior.

En el *Sueños Inn* todo estaba en calma cuando llegaron los tres hombres en una vieja camioneta *Wagoneer* con vidrios ahumados, y, como dijo el General Berroterán, sin placas ni adornos que llamaran la atención. No pudieron disponer de los carros blancos de los cubanos, porque no consiguieron ninguno, pero consideraron que esa vieja troca cumpliría bien con los objetivos planteados.

Delgado preguntó por Carmelo y en 5 minutos ya se encontraban todos en la *Suite Heaven*. Andrés y José Alberto se ubicaron a un costado, para no molestar, pero estar disponibles al momento de que solicitaran sus servicios. Los dos estaban ojerosos y con caras de

cansancio. Evidentemente, no habían dormido desde hacía más de dieciocho horas.

Carmelo daba detalles a Daniel Delgado sobre lo que había sucedido y detrás de ellos aguardaban indicaciones los subalternos del comisario, quienes sabían muy bien que estaban allí para actuar y seguir instrucciones y no para pensar y opinar.

La alarma del *Blackberry messenger* de Edelmiro sonó. El militar llevaba el teléfono en la mano, mientras Dagoberto conducía su auto hacia el *pent-house* del General, quien ya había recuperado la compostura luego de llorar por 10 minutos sin parar.

«Aquí va la primera foto, mi General» Decía el mensaje. Mientras leía apareció en la pantalla:

«*Comisario Delgado le ha enviado una imagen*».

En la foto se veía un plano general de la suite con la cama en medio y la sexy novia durmiente yacente como en una apacible siesta. A Berroterán se le aguaron los ojos.

Escribió:

« ¿Qué piensas de lo que ves? ¿Algo que dé una pista?»

«Todo en excesivo orden, mi General. La cama perfectamente tendida. No hay rastros de que hubiera habido una pelea o forcejeo. Si lo hubo, el asesino se encargó de arreglar todo y ponerlo en su lugar antes de irse. Si no fuera porque hay un cuerpo frío sobre la cama, uno podría decir que a esta habitación hace días no entra nadie»

«Toma una foto de cerca de María Virginia y me la pasas»

El comisario obedeció inmediatamente. Sacó una sin flash y otra con flash para ver cuál de las dos le parecía mejor al militar.

«Ni se les ocurra dejarla vestida así en la autopista. Busquen a ver si su ropa está allí. Me imagino que no llegó al hotel vestida como protagonista de película porno. Si no la consiguen, le ponen ropa de alguna mucama o lo que sea, pero ese disfraz de película triple equis de bajo presupuesto lo desaparecen»

«Listo. El Gerente consiguió la ropa en el closet. Estaba guardada en un estante del ropero perfectamente doblada ¿Quiere alguna otra foto antes de que la movamos?»

« ¿Cuál es tu teoría, Delgado? ¿Qué pudo haber pasado allí? ¡Pásame una foto de su cara!»

«Mi General, me da la impresión de que esto no fue planificado. No parece un homicidio intencional. Pareciera que algo les salió mal y la muerte fue por accidente. Nadie planifica estrangular a alguien con la cinta de seda del pijama. Ahí va la foto»

«Lamentablemente, no podemos preservar la escena del crimen, porque no debe quedar rastro por ningún lado de que mi mujer murió en esa habitación. Esa botella de champaña que se ve en la mesa y las copas que las saquen de allí. Parece que tenían una fiesta de dos ¿No?»

«Es la impresión que me da. Claro, el precio de la suite incluye la botella, pero si el hombre hubiera venido con ella, solo para asesinarla, no perdería tiempo bebiendo. Se

tomaron casi media botella. Creo que lo que sucedió fue que el hombre empezó a jugar con la cinta de seda a que la ahorcaba y no controló su fuerza...»

El general dijo como para sí «hipoxia», al tiempo que le mostraba este último mensaje a Dagoberto, quien había estado allí con él todo el rato, mientras chateaba por el *pin* con el comandante.

«Lo que no entiendo, mi General, es ese crucifijo de marfil patas arriba que el hombre le dejó en las manos. Es lo único que me da la espina de que pudo ser intencional. Es como un mensaje. ¿Quién que va a un hotel con su querida se lleva un crucifijo como este en el bolsillo? De resto, todo indicaría que no fue algo intencional o planificado».

«*Güevonadas* de pervertidos, Delgado. Ya creo saber qué pasó allí. Lo del juego del ahorcado me dio la pista que necesitaba. Déjale el crucifijo, si tiene un bolsillo lo pones allí o dentro del sostén, pero no se lo quites. Sigue con el resto del plan como quedamos. Elimina las fotos de tu

teléfono ya y mañana, luego de que estemos seguros de que no necesitaremos comunicarnos más por esta vía, te avisaré para que elimines este contacto de tu lista. Gracias».

Edelmiro cerró la conversación sin llegar a recibir el mensaje final del comisario: «Como usted ordene, mi General. Siempre a sus órdenes».

Delgado hizo todo como se lo ordenara el General Berroterán y, para ganar puntos, a pesar del resentimiento que mantenía contra el militar por la forma humillante y displicente como siempre lo había tratado, fue a la morgue, para no dejar detalles sueltos.

Pasó a través de la multitud de personas que se agolpaba a las puertas del Instituto de Medicina Legal con prisa y sin detenerse o interesarse por el drama que cada uno de los allí presentes vivía. Un grupo de gente con sus familiares muertos, a la espera de que en la institución les entregaran los cuerpos para darles sepultura. Unos lloraban, otros

maldecían la indolencia e incompetencia de los encargados de la morgue. La mayoría manifestaba su total impotencia con caras tristes y desoladas. « ¡Tres días tengo yo esperando que me entreguen a mi hijo! ». Todos se quejaban con rabia de la inseguridad generalizada en el país. Del terror de no poder salir tranquilo a la calle a trabajar.

Delgado no se detenía ante nada. Debía actuar con rapidez. Conocía muy bien ese drama a las puertas de la morgue. No era algo nuevo para él. De reojo vio que en una de las habitaciones del instituto se encontraban, en el suelo, a medio cubrir, más de una docena de muertos. «Esto no ha cambiado nada», pensó.

—Ezequiel, ¿cómo estás? Necesito que me firmes, sin muchas preguntas, el informe forense de una mujer que conseguimos muerta en la autopista y que es la esposa de un pez gordo.

Al momento de emitir esas palabras se mordió la lengua y

se arrepintió de haber sido tan específico, pero el patólogo no pareció haberle prestado atención a lo que dijo Delgado.

—Me das unos minuticos mientras termino...

—No, Ezequiel. La vaina es pa'yer. No tengo tiempo que perder y tengo que salir de aquí a cumplir con otros encargos.

—Está bien, vamos a salir de eso rápido, entonces. Total, menos trabajo para mí y un cuerpo menos que tendremos amontonado en esta vaina, donde ni las furgonetas ni el espacio físico se dan abasto. Si prefieres, te firmo y sello los papeles en blanco y tú rellenas los datos. Así tú me ayudas a mí y yo te ayudo a ti en tu apuro

—Esa es la mejor idea que se te ha podido ocurrir. Dame esos papeles firmados y sellados que yo me encargo de lo demás. Te debo una Ezze.

11

Kung Fu y la hipoxifilia

«Hipoxia» volvió a murmurar el General, mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. Miró a Dagoberto interrogadoramente.

— ¿Tu sabes lo que es la hipoxia, Dago? Dijo, mientras iba al bar a servir dos tragos de whisky.

—No tengo ni puta idea, Edelmiro. Debe ser algo que no da real porque, si diera, seguro lo conocería. —Rio el diputado tratando de bajar un poco la tensión, ahora que ya todo parecía estar volviendo a su cauce.

—Ja ja ja ja Dago, tú y tus vainas. Esa avaricia tuya te va a llevar a la tumba un día. —Dijo Berroterán, ofreciéndole el vaso de whisky dieciocho años en las rocas.

— ¿No has oído hablar de hipoxia erótica o hipoxifilia?

—La verdad es que no, Edel, y eso que si conjuga con

erótica, lo más seguro es que me interese, porque lo mío es culear y hacer reales en la vida. Los motores del mundo son el sexo y los reales. Eso lo tengo clarito desde pequeñito. Lo demás es accesorio y prescindible.

—Ja ja ja ja ja compadre, qué bueno es contar con un amigo como tú en estos dramáticos momentos. Por lo menos me ayudas a ponerle una sonrisa a la pena.

Se acomodó en el sofá, dio un sorbo grande al vaso de whisky y continuó:

—María Virginia se obsesionó con la asfixia erótica desde que vio la noticia de que David Carradine, su ídolo de la niñez, había muerto en un hotel, mientras la practicaba. Sabes quién era David Carradine ¿No?

Dagoberto hizo una pose de kárate con sus manos y dijo.

—Por supuesto, *mi pequeño saltamontes*. Ese era el que hacía de *Kung Fu*.

—La vaina de la hipoxia erótica es una práctica sexual que

consiste en suprimir la entrada de aire al organismo en el momento que se acerca el orgasmo. Cuando uno contiene la respiración, los niveles de CO₂ en el cerebro aumentan, haciendo que se dilaten venas y arterias, y que en el cerebro se multipliquen las sensaciones. O sea, que la potencia de un orgasmo en esas condiciones es muchísimo mayor.

—Esa mujercita tuya era medio perversita, entonces, ¿no, Edel?

—Ella era una santa. Fue solo que la historia del actor se le hizo obsesión y estaba empeñada en que lo hiciéramos. Yo siempre me rehusé porque a mí esas vainas raras en la cama no me gustan mucho y porque he leído que es peligroso y muchos han muerto en pleno orgasmo, porque no pueden volver de la asfixia. Como le pasó a Carradine y a muchos otros. Pero parece que María Virginia no se dio por vencida. Estaba realmente obsesionada con la vaina, hasta que le dije que no me dijera más que lo intentáramos porque era demasiado peligroso y no quería que ella

corriera ningún riesgo. Ella hace tiempo dejó de mencionar el tema pero, por lo que veo ahora, parece que seguía perturbada con la idea. Ya veo que María Virginia finalmente consiguió quien le complaciera su curiosidad por saber qué tenía de especial la hipoxia erótica para hacer que su ídolo se arriesgara a morir por practicarla.

— ¡Qué vainas tan locas hace la gente! Tan rico que es tirar así, normalito, sin tanto invento. ¡Coño Edel, sírveme el penúltimo! Me lo bebo y me largo, porque ya siento que el cuerpo me va a dejar tirado sin aire en cualquier lado sin estar practicando la *hipoxiverga* esa de la que me contaste. Estoy reventado.

Se bebieron el segundo trago sin hablar mucho. El general, de vez en cuando, agarraba alguna de las tantas fotos que había de María Virginia en el salón y la contemplaba en silencio. Se enjugaba alguna lágrima y la ponía de vuelta en su sitio.

—Me voy, Edelmiro. Compadrito, ¿Necesitas algo más?

¿Vas a estar bien? Yo estoy *mamao* pero si me pides que me quede otro rato para acompañarte pues, me sirvo otro whisky y siguió aquí al pie del cañón.

—Voy a estar bien. Me bañaré. Dormiré aunque sea media hora y esperaré a que empiece a sonar el teléfono con toda la prensa queriendo hacer show con mi dolor y mi luto. Es un precio que sé que tendré que pagar. Serán unos cuantos días de alboroto mediático y de especulaciones periodísticas. Afortunadamente, en este país los escándalos pasan pronto. Ya sucederá algo dentro de dos o tres días, que hará que el asesinato de María Virginia empiece a diluirse en el tiempo. Dentro de unos meses, lo ocurrido solo seguirá en mi dolor y en mi soledad. El país andará persiguiendo cualquier otro escándalo o estará entretenido con un campeonato de béisbol o de fútbol. Ya sabemos cómo es esto. Gracias por estar, Dago. —Lo abrazó con fuerza— No tengo cómo pagarte esto.

—Ya se me ocurrirá algo compadrito ja ja.

12

«Esta vaina huele mal»

Ángel no consiguió comunicarse en ningún momento del domingo con Andrés. Insistía marcando el número cada cinco minutos y de inmediato salía el mismo mensaje grabado de la operadora.

La ansiedad por saber lo que había pasado en el *Sueños Inn*, después de su partida, lo atormentaba. Aunque el lunes era libre para él en el trabajo, había decidido acercarse por el hotel para hablar con el recepcionista. No podía seguir conteniendo la angustia y la incertidumbre. Sentía que iba a enloquecer, si no se enteraba de una vez cuál era el misterio con la muerte de la mujer de la *Heaven*.

El escándalo en las redes sociales con lo del asesinato de la esposa del General no parecía menguar. Muchos lamentaban lo ocurrido, porque María Virginia Berroterán era conocida por su gran corazón y su disposición a ayudar

siempre a los más pobres, especialmente a niños en miseria extrema o huérfanos. Mientras tanto, otros decían que bien hecho que le pasara a alguien de las altas esferas del gobierno para que sintieran lo que sienten las madres a las que les matan a sus hijos, por un teléfono o un par de zapatos en la calle.

«Claro, como es un tipo enchufado del régimen, a él si le entregaron el cadáver en la morgue de una vez, pero a los pendejos de los barrios, nos tienen días a las puertas de la morgue llorando a nuestros muertos». Decía en un programa de radio una señora indignada.

En la televisión, Ángel vio que la periodista del noticiero del canal del gobierno llegaba junto con el Comisario Delgado al levantamiento del cuerpo de la mujer en el hombrillo de la autopista.

«Se trata del cuerpo sin vida de María Virginia Berroterán, la esposa del General de División Edelmiro Berroterán, a quien estrangularon con una soga para despojarla de su vehículo

—una camioneta *Grand Vitara* color plata último modelo—, cuyo paradero aún se desconoce. Al parecer, la dama se sentía mal y salió hacia la farmacia en la madrugada a buscar unos medicamentos. Testigos del hecho aseguran haber visto cómo un hombre se atravesaba en la madrugada en mitad de la autopista, haciendo que la conductora detuviera la marcha. Fue en ese instante cuando aprovecharon otros dos individuos, que salieron de detrás de un matorral, para apuntarla con un arma de fuego. Como la dama opuso resistencia, uno de los hombres abrió la puerta de la camioneta, le lanzó una soga al cuello y halándola violentamente con la cuerda, la hicieron descender del vehículo...»

— ¡Coño hasta testigos tienen! No joda, esta vaina huele mal.

En la cabeza de Ángel empezaban a golpear las imágenes de la mujer tendida en la cama con la fuerza de un martillo hidráulico. La visión del cuerpo inerte de María Virginia con su cabeza apoyada sobre la nube azulada de la almohada

se mezclaba confusamente con lo que acaba de escuchar en el reporte de la periodista. No lograba descifrar a qué se debían tantas mentiras alrededor del asesinato de la dama. A quién le interesaba desvirtuar de tal manera los hechos que, las versiones dadas, no tenían ni el menor parecido con la realidad.

En la confusa mente del adolescente surgían demasiadas interrogantes. La información presentada le sembraba la duda de cuántos acontecimientos del país que uno daba por ciertos, de acuerdo a las informaciones de los medios, no serían más que un amasijo de mentiras urdidas para proteger intereses desconocidos por la mayoría de la población. Ahora, sospechaba hasta de todas esas muertes de los fines de semana a las que medios de comunicación y dependencias judiciales despachaban con un simple «Se trató de un ajuste de cuentas entre bandas de criminales». «El homicidio obedeció a *sicariato* de mafias traficantes de estupefacientes con los que la víctima tenía tratos y deudas pendientes». «La investigaciones se inclinan porque el

cuerpo encontrado se trata de una mujer víctima de un crimen pasional».

— Este país parece ser una gran mentira. Un invento mediático —Se decía Ángel con impotencia—. ¿Cómo es posible que por ningún lado mencionen ni al *Hotel Sueños Inn*, ni a su *Suite Heaven* en el caso de la «bella durmiente»? ¿Por qué no aparecía José Alberto dando la información a los medios o, por lo menos citado a rendir declaraciones a la policía? El mismo Andrés tendría tanto que aportar para esclarecer el crimen. Al fin y al cabo, él fue la segunda persona en ver el cadáver y, ante todos, es considerado como la primera, porque yo no figuro por todo eso. ¡Hasta imputado como sospechoso tendría que estar la loca! Pero, no. Resulta que a la mujer la mataron en una autopista en la madrugada, cuando salió a buscar un medicamento y no en un hotel erótico a donde llegó con su amante para ponerle los cuernos al General. ¡Vaya pa'la mierda! ¿Qué será cierto y qué será falso en este país? Con razón aquí lo que más prospera son los rumores, los dimes

y directos... Al final, todo parece un guión de cine, una obra de títeres que dan la impresión de estar actuando a voluntad, cuando en realidad obedecen a manos ocultas que los manipulan y les dan la apariencia de verdad y realidad. ¡Hasta yo tendría que estar declarando en la policía!...

Una vez más, marcó el número de Andrés y, una vez más, salió la operadora diciendo que no podía ser localizado.

Cuando vio que en la pantalla del televisor aparecía de nuevo la imagen llorosa del general que había visto ya varias veces en diferentes versiones noticiosas, pensó: «A este hombre le están escondiendo la verdad. Lloro por su mujer sin saber que, en toda esta historia, lo único que es cierto es que María Virginia está muerta. Lo demás es una gran farsa. Una gran mentira en la que tienen mucho que ver los dueños del *Sueños Inn*».

La noche se le fue volando entre el *Twitter*, el *Facebook* y la televisión, tratando de conseguir una pista que le indicara

qué había pasado con su *sexy novia durmiente*. Por qué ese repentino cambio en la historia que contaban los noticieros y lo que él sabía que había pasado. ¿Qué era lo que buscaban esconder con tanto invento alrededor de lo sucedido?

El cansancio ya lo estaba venciendo. Desde el día anterior no había dormido bien. Los sueños con la mujer muerta y con Dora no lo habían dejado descansar en absoluto. Pasó la noche de sobresalto en sobresalto. En un momento que estaba agotado y entre dormido y despierto, recibió una llamada de José Alberto.

—Hola, Ángel. No hables mucho, no me digas nombres ni detalles de nada. Respóndeme solo con monosílabos. ¿Has visto las noticias?

—Sí.

— ¿Has hablado con alguien? ¿Le has contado a alguien lo que viste?

—No.

— ¿A tus padres?

—A ellos menos que a nadie, porque no me dejarían seguir...

—Sin detalles. Sigue guardando silencio. Mejor dicho. Olvida todo lo que viste. Eso no pasó. ¿Entiendes?

—No. Es que veo en las noticias una vaina y...

—Todo es tal cual como lo dicen en la noticias, Ángel. Convéncete de eso. ¿Ok?

—Ok. Pero por lo menos explícame...

—No preguntes nada, Ángel. Entre menos sepas mejor. Y entre menos personas sepan que sabes, aún mejor. No aparezcas por allá hasta que yo te avise. Serán unos tres días libres. Descansa. Vete de paseo con tu novia, si tienes. Anda a la playa. Trata de distraerte. Yo creo que para jueves o viernes podrás volver. ¿Ok?

—Ok.

José Alberto colgó sin despedirse. Ángel dio varias vueltas

en la cama tratando de entender qué pasaba. Pensaba ir a hablar con el General, pero mejor sería esperar a ver qué mas sucedía. Su mente no paraba de imaginar cosas hasta que el sueño lo venció.

Una vez más, soñó con la *sexy novia dormida*, ahora sabía que se llamaba María Virginia. En el sueño, él iba caminando por un bosque lleno de sauces y, de pronto, se encontró en el medio del lugar una cama sobre el suelo lleno de hojas secas. Sobre la cama dormía María Virginia vestida con el uniforme rosado de Dora. Al sentir que Ángel se acercó, la mujer se incorporó en la cama y le dijo:

—Ayúdame, Angelito. Tú eres el único que me puede ayudar.

Ángel sintió un fuerte rugido a sus espaldas. Un inmenso oso negro con sus fauces abiertas y los colmillos inmensos se le aproximaba a toda carrera con sus afiladas garras apuntando hacia su rostro. Ángel volvió la cara para ver a María Virginia, que le dijo: «¡Ayúdame! » Y volvió a su

posición inicial. Al mirarla tendida en la cama, vio que ya no llevaba el uniforme de *cachifa*, sino que vestía un vestido blanco de novia, largo, con un velo de tul que le cubría el rostro y el crucifijo de marfil entre sus manos, sobre el abdomen. Dio vuelta a su cabeza y vio que el terrible oso estaba más cerca, pero no lograba distinguir si la bestia venía por él o por María Virginia.

13

El noviazgo y la pedida

Para el momento del entierro, el día miércoles a las tres de la tarde, ya la cantidad de *tuits* y noticias, tanto en la web como en los medios de comunicación tradicionales, sobre el asesinato de María Virginia para robarla, empezaba a descender. Durante dos días había sido *trending topic* nacional. El tiempo que duró su velatorio, debido a la afluencia de gente que quería curiosear en la capilla velatoria.

La revista *Hola* preparaba, para su edición del siguiente domingo, un especial sobre la distinguida dama de la sociedad. Un homenaje a quien, a pesar de su trágicamente corta permanencia en el país —apenas tenía cinco años aquí, luego de contraer nupcias tras un breve romance europeo con el entonces teniente coronel Edelmiro Berroterán—, había logrado descollar en el jet set nacional, gracias a su simpatía, elegancia y a su filantrópica labor en

favor de los niños de la calle, con quienes siempre se sintió identificada, pues ella fue una niña huérfana a muy tierna edad y, gracias a los buenos oficios de la difunta señora Margarita D'amicci, logró sobrevivir y llegar a ser una triunfadora en la vida.

Más o menos eso diría la corta reseña que iría acompañada con fotos a todo color de otros números de la revista en los que apareció María Virginia, como las del especial de moda publicado año y medio atrás y su participación como modelo de los trajes de su entrañable amiga, la diseñadora francesa de origen latinoamericano, Cocó Villasmil.

Desde que la revista del corazón empezara a editarse en el país, los revolucionarios sentían especial debilidad por aparecer reseñados en sus páginas. En cada edición aparecían mezcladas la más rancia aristocracia opositora y lo más granado de la emergente clase social, poderosa y adinerada, junto con uno que otro pusilánime que jugaba a dos bandas, queriendo parecer opositor, pero negociando y lucrándose *off the record*, del dadivoso proceso que había

hecho multimillonarios, de la noche a la mañana, a una inmensa catajarria de advenedizos y trepadores, quienes pagaban a los editores lo que fuera con tal de aparecer, aunque fuese en un pequeño recuadro en la página del pasatiempo de la revista.

Luego de aquel romántico paseo por los parisinos *Campos Elíseos*, Edelmiro y María Virginia iniciaron un apasionado romance. A la semana siguiente, ya la chica se encontraba prácticamente instalada en la suite del *Hotel Ritz*, junto al militar. Cuatro meses en los que ambos sentían estar caminando entre nubes y en los que sentían que nada podría arruinar tanta felicidad y tanto amor.

Cuando Edelmiro terminó su curso de especialización de *Táctica, Estrategia e Investigación de Crímenes de Guerra* y se vio obligado a regresar a su país, le pidió a María Virginia que se fuera con él.

—Allá nos casamos y tendremos hijos, mi amor y, muy pronto, serás la primera dama del país, porque hacía allá se

enfila mi carrera.

— ¡Qué más quisiera yo que irme contigo ya! Pero no puedo. Dame un par de meses para dejar todo en orden aquí. Además, no te lo había querido decir pero, tía Margarita está viviendo sus últimos días, con suerte, meses. Hace dos años le extirparon un riñón, porque estaba invadido de tumores malignos. A pesar de que le quitaron todos los tumores y de la quimioterapia, el cáncer hizo metástasis en pulmón y ahora tiene prácticamente paralizado el riñón que le queda. La dializan tres veces por semana desde hace tres meses. El pronóstico es de lo peor y las esperanzas de vida, mínimas.

—Cariño, pero ¿por qué no me lo dijiste? Podemos llevarla a mi país o a Houston para que la traten...

—No mi amor. Lo de tía es terminal. No te lo dijimos porque ni ella ni yo queríamos que nada empañara nuestra felicidad. Con Cocó me puse de acuerdo para atenderla y que no le falte nada. Por eso no la has visto más. Ella no

quiere que sientas lástima por su condición. Pero siempre pregunta por ti y manifiesta su deseo porque nuestra relación siga fortaleciéndose cada día más. Para ella, tú eres el hombre que Dios me tenía predestinado.

— ¡Qué fuerte, cariño! Bueno, será como tú y tu tía lo decidan. Yo me sentiría más tranquilo si me permitieran ayudarlas, pero respeto y entiendo que esto sea algo que quieran tratar en la intimidad. Pero eso sí, quiero que sepas que estaré aquí para lo que necesiten. Solo llámame y ya. Lo que tú digas se hará.

Berroterán regresó a su trabajo en la Fuerza Armada y durante dos meses y medio, la relación se basó en mensajes por correo electrónico, llamadas por teléfono y un encuentro que tuvieron en Argentina, durante un inolvidable fin de semana.

—Edelmiro, pasó lo inevitable —dijo en la línea telefónica, llorosa, María Virginia—. Mi tía Margarita acaba de morir.

Mañana la cremaremos y esparciremos sus cenizas por el Sena, desde el *Pont Neuf*, como era su voluntad.

— ¿Quieres que tome un avión ya y me vaya a París?

—No mi amor, no hace falta. Ya está todo en orden. Mañana, después del funeral y del acto en el río, te llamo. Te amo, Edelmiro.

—Y yo a ti. Más de lo que jamás imaginé. Cómo quisiera estar a tu lado en estos momentos tan dolorosos. Dentro de la triste noticia que me has dado, lo único bueno, es que ahora podremos casarnos...

—Au revoir, mon amour. —Dijo María Virginia y colgó.

14

El velorio

Ángel, al ver en el noticiero del mediodía que transmitía el velorio de María Virginia Berroterán en directo, desde la funeraria El Carmen, observó que allí se encontraba media ciudad y decidió que se acercaría a lugar.

Desde la fatídica madrugada cuando consiguió el cuerpo de la mujer en la suite del hotel no había podido dormir tranquilo. La *sexy novia dormida* se le aparecía en cada sueño, todas las noches. Siempre en situaciones similares. Veía a María Virginia, unas veces vestida de novia y otras como asistente doméstica, siempre la amenazaba en los sueños de Ángel algún peligro inminente que, en esos desvaríos oníricos, terminaba amenazándolo a él, tanto como a la mujer.

Había decidido que tenía que hablar con el General Berroterán. Estaba decidido a contarle al militar todo lo que

había visto en el *Sueños Inn*, la madrugada cuando ahorcaron a su mujer y las circunstancias en las que él mismo descubrió el cadáver en la *Suite Heaven*. Como diera lugar tenía que hablar con Berroterán y pensó que en el concurrido funeral podría darse una oportunidad de tenerlo frente a frente y poder hacerlo.

Cuando llegó a la funeraria, a pie desde la estación del metro que quedaba a cuatro cuadras, la calle se encontraba completamente colapsada. Faltaban veinte minutos para las dos de la tarde y el cortejo fúnebre estaba pautado para salir a las tres con el féretro hacia el cementerio.

El tráfico era lento. La cantidad de automóviles y de curiosos que se agolpaban a las afueras de la funeraria hacían casi imposible el desplazamiento de los vehículos y dificultaba el paso de la gente a pie.

Abriéndose camino entre la multitud a empujones, Ángel logró acceder a la sala donde se encontraba el ataúd con María Virginia. La urna la habían cerrado por orden expresa

del General, quien dijo que quería que recordaran a su querida esposa con la imagen de la mujer bella y amable que siempre fue y no como un pedazo de fiambre dentro del ataúd. Además, no quería que le hicieran fotos. María Virginia pasaría a la posteridad como la buena mujer y llena de vitalidad que siempre fue.

Edelmiro Berroterán se encontraba de pie, cerca del féretro, recibiendo las condolencias. Ángel se ubicó de tal manera que la inercia de movimiento de la caótica y no demarcada fila de gente que se aproximaba al militar, lo fuera arrastrando hacia su objetivo. Cuando ya estaba a pocos pasos de llegar, se impacientó al ver que la mujer que abrazaba y daba el pésame al viudo se tardaba más que el promedio de la gente, haciendo que el avance se detuviera y la multitud se fuera apretujando.

— ¡General, General! —Decía insistentemente Ángel, levantando la mano sobre la multitud.

Edelmiro tenía la cara triste y parecía no poner mucho

cuidado a lo que le decían quienes se le acercaban a darle el pésame. Ya tenía días oyendo las mismas frases trilladas de la circunstancia. El militar vio las manos que se agitaban en el aire sin prestarle mayor atención. Cuando ya el muchacho se encontraba casi frente a Berroterán, sintió un brazo que fuertemente lo apretó por el cuello y en voz baja, al oído, le dijo: « ¿Qué haces tú aquí, Ángel?».

Era José Alberto, quien junto a Carmelo, estaba llegando a ofrecer sus condolencias al amigo que atravesaba por semejante tragedia.

—Tengo que hablar con el General, José Alberto. Tú y yo sabemos que a esa mujer no la asesinaron como lo están diciendo los medios. A ese hombre, no sé por qué, lo tienen engañado y no me parece justo que siga creyendo que fue un robo y que su mujer era una santa...

—Tú y yo no sabemos nada, porque nada ha pasado. Hasta informe del médico forense hay certificando que la señora murió ahorcada en la calle para robarle el carro. Así que

cuidado con lo que dices aquí. No te inventes historias que te pueden meter en problemas serios, Ángel. Quédate quieto y olvídate de todo.

Carmelo le dio la mano y un abrazo a Edelmiro. «Cuánto lo siento, amigo. Sé muy bien como idolatrabas a tu esposa. Sólo el tiempo cura esas penas. Es poco lo que las palabras de los amigos logran en estos penosos momentos —dijo el empresario y, señalando a José Alberto, agregó: — ¿Te acuerdas de José Alberto, el gerente del *Hotel Sueños Inn*?»

—Por supuesto, ¿cómo está?

—Bien, gracias. Mi sentido pésame.

—Gracias. ¿Cómo está el movimiento del hotel? ¿Alguna novedad con la *Suite Heaven*?

José Alberto tragó grueso, apretó el brazo sobre el cuello de Ángel, que intentó intervenir en la conversación y miró a Carmelo. Por fin, con Ángel controlado y recuperando la compostura dijo:

—Creo que está confundido, General. Se ve que es usted un hombre casado, que no frecuenta nuestro hotel. Tenemos *Suite Española*, *Las mil y una noches*, *Galáctica*, y un par más, pero *Heaven*, no hay en el *Sueños Inn*.

Ángel trató de zafarse un poco del abrazo de José Alberto para mirarlo con incredulidad.

— ¡Ah, debo haberme confundido como dices! —Dijo el militar y se dirigió a Ángel— Te vi hacerme señas, muchacho, ¿Quieres decirme algo?

—Es el hijo de un amigo que se empeñó en acompañarme, General ¿Ibas a saludar al General, Ángel?

El joven reflexionó con velocidad. Evidentemente todos estaban jugando a hacerse los idiotas y no sería él quien quedara en evidencia. Sentía que estaba pisando arenas movedizas y que mientras menos se moviera, más oportunidades tendría de salvarse de ser tragado por la tierra.

—Sólo quería decirle que siento lo de su esposa. Que la

conocí y que tengo dos noches soñando con ella.

—Normal, Ángel, era una mujer hermosa. Todos soñamos con ella. Si quieres, un día hablamos y me cuentas tus sueños, dile a José Alberto que te dé mi número. Me hará mucho bien conversar sobre mi querida esposa con alguien que la conoció.

—Me encantaría poder ayudar a encontrar a los ladrones que la mataron, General.

—Ya hablaremos. Quién quita, a lo mejor puedes serme de ayuda. No dejes de llamarme. Yo también quiero que encuentren a los homicidas y que respondan ante la justicia por su crimen.

La gente alrededor ya empezaba a empujar. Era una multitud la que venía detrás a dar sus condolencias, por lo que Carmelo y José Alberto, sin soltar a Ángel, se movieron para dar paso a unos diputados que venían en la fila a saludar.

Después de los diputados y de unas señoras que parecían

deudos de la difunta por lo compungidas y alteradas que se mostraban, aunque Edelmiro no las recordaba de nada, apareció la alta figura de Cocó Villasmil.

De negro cerrado hasta el cuello, en señal de luto, aunque con algunas transparencias en sus vestidos, pues no podía resistirse ni en los momentos de mayor tristeza, a mostrar su gusto por la moda y su sensualidad. Con un inmensa pamelita negra tocando su cabeza y maquillada como quien va a una fiesta, apareció frente al viudo, con cara de circunstancia.

Cecilia Villasmil, mejor conocida como «Cocó» la diseñadora de modas y estilista de las más selectas y elegantes damas de la ciudad, siempre se hacía notar adónde llegara.

A su atelier en el este de la ciudad, acudían desde ministras y diputadas revolucionarias en busca de sus conocimientos y experiencia en el mundo del *fashion* europeo para que les hiciera un *make over* que las pusiera a lucir como estrellas

de Hollywood, hasta la aristocracia más rancia y opositora. En el territorio de Cocó no entraba la política, era «territorio liberado» porque ella era una artista y se debía a su clientela, sin importar el color y la ideología política que defendieran. De hecho, jamás había votado para no sentir que traicionaba sus principios de neutralidad e imparcialidad.

La diseñadora abrazó con fuerza a su amigo y muy bajito, al oído, sin que nadie más oyera, le susurró:

—Con que María Virginia estaba preñada, Edel. Tú y yo sabemos que eso es imposible.

Soltaron el abrazo. El General miró a los ojos a la mejor amiga de su mujer y los suyos se aguaron. Le dio dos besos en las mejillas a la usanza europea, le tomó las manos y dijo:

—Tenemos que hablar, Cocó. Hace tanto que no nos vemos y tendrás tanto qué contarme.

—Así es, *mon amour*, igual tendrás tú muchas cosas que

decirme. No deberíamos mantener estas distancias tan largas entre nosotros. El agite de la ciudad nos separa y no hacemos nada por evitarlo. *Mon Cher*. Te visitaré en estos días, cuando pase la conmoción y las cosas vuelvan a la calma.

Se dieron un breve abrazo nuevamente y la diseñadora siguió el camino que marcaba el movimiento inercial de la concurrencia. Pasó por el lado de Ángel sin notar su presencia, pero el muchacho no pudo evitar detallar las facciones ordinarias en el rostro de la mujer, las grandes manos ataviadas de estrambóticos anillos y el paso de *caballona*. «Esa vaina es un *transfo* donde lo pongan», pensó.

Cuando faltaban pocos minutos para que el ataúd fuese trasladado a la carroza fúnebre para transportar el cuerpo rumbo al cementerio, Edelmiro vio que se acercaba a saludar Vicente Coronel, el Presidente del Tribunal de Justicia. Un tipo joven, de hecho era la persona más joven en llegar a ocupar tan importante cargo. Su cuerpo atlético

se marcaba por encima del traje oscuro perfectamente cortado. Era rubio, con nariz perfilada y pómulos salientes. Tenía pinta de modelo de comercial de whisky importado. Un hombre guapo y atractivo por donde se le mirara, que había logrado hacer una vertiginosa carrera en el poder judicial gracias a su falta de escrúpulos, que era directamente proporcional a su hermosura y a algunas debilidades de la carne de las que bien supieron sacar provecho Edelmiro y Dagoberto a comienzos del proceso revolucionario.

—Lo siento tanto, Edelmiro. Parece que fue ayer cuando los tenía frente a mí en el juzgado para casarlos.

El General estrechó con fuerza la mano de Coronel y, por un instante se trasladó a la época cuando desesperado tuvo que recurrir a los buenos oficios del juez, quien para entonces no había sido nombrado aún Presidente del TdeJ, pero que figuraba como un seguro candidato al alto cargo gracias a la campaña que tanto Dagoberto como Edelmiro le tenían montada a «Gigante».

Edelmiro y Dagoberto sabían muy bien que tener el control absoluto de las decisiones en juzgados y tribunales era primordial para poder alcanzar los objetivos de la «revolución socialista». Necesitaban pasar por encima de la independencia de poderes, concentrar en sus manos todo el poder posible para así someter a los enemigos del proceso. Una justicia independiente sería un rotundo obstáculo a la hora de perseguir y encarcelar a los enemigos. Necesitaban en los tribunales a subalternos sumisos, que obedecieran a ciegas las órdenes que se les emitieran desde las altas esferas militares y de la presidencia, y contar con Vicente Coronel en la presidencia del Tribunal de Justicia, sería garantía de que las leyes siempre estarían del lado de la revolución y de «Gigante».

Cuando María Virginia, luego de esparcir la cenizas de tía Margarita por el Sena, llamó a Edelmiro, este lo primero que hizo fue proponerle nuevamente matrimonio.

El militar no quería pasar ni un momento más del necesario separado de su amada. La negativa de la chica lo decepcionó. María Virginia insistía en que no quería casarse, pero se mostraba renuente a dar una explicación. Sus respuestas eran vagas, evasivas. «No puedo», «Qué más quisiera yo», «Por ahora no es posible» Pero nunca terminaba de darle una explicación valedera a Edelmiro quien incluso llegó a pensar que la bella mujer, sencillamente, no estaba enamorada de él. No obstante, el militar no cejaba en su empeño y a cada momento insistía con la propuesta de matrimonio.

Fue tal la insistencia del para entonces General de Brigada, escalafón al que había sido ascendido al no más llegar de París, que la mujer, con mohines en la voz, al fin dijo:

—Por supuesto que te amo, Edelmiro. Eres el único hombre que he amado en la vida, pero hay imponderables que me impiden casarme contigo o con cualquier otro hombre. Esta noche te envió un correo explicándote la situación. Espero que al leerlo me entiendas y sepas que puedo dejarlo todo

Te voy a llevar al cielo

ya para ir a reunirme contigo en el fin del mundo, si quieres,
pero no podremos casarnos jamás.

De: mariavirginiaparis@yahoo.com

Para: gratedelber@yahoo.com

Asunto: EXPLICACION

Mon amour,

Nunca, jamás vuelvas a decir que no te amo, ni siquiera te atrevas a pensarlo. Eres el único hombre, la única persona en mi vida a quien he realmente amado. Si me rehúso a casarme no es por falta de amor. Es que hay impedimentos mayores, obstáculos insalvables que no harían legalmente posible una unión civil.

Cuando ocurrió el fatal accidente donde murieron mis padres, no quedó por ningún lado rastro legal alguno de mi existencia. Cuando mi tía Margarita llegó a buscarme, mi vida no existía para la ley. De hecho, ella tuvo que pagar

sobornos en todas partes para poderme sacar del país porque no hubo poder humano sobre la tierra que diera información de cuándo y dónde había nacido yo ni en qué sitio había sido asentado mi nacimiento. Tía Margarita llegó a la conclusión de que nací en casa de mis padres, atendida por una comadrona y que ellos nunca registraron el nacimiento.

Así que, con trampas y muchos dólares de por medio, logré llevarme a Europa donde me dieron una documentación falsa gracias a los buenos contactos que mi tía siempre ha tenido en las esferas de poder en Francia. Aquí, como en todos lados, un buen contacto y unos cuantos dólares pueden resolver cualquier problema.

Es por eso que no puedo casarme, porque cuando me pidan la documentación, no tendré como demostrar mi origen, mi nacimiento. No tengo una partida de nacimiento. Pero te juro que me muero por estar el resto de mi vida a tu lado.

Te amo como a nadie, mon amour,

María Virginia.

En cuanto Edelmiro terminó de leer el *e-mail*, tomó el teléfono y llamó muerto de risa a París.

—Tu impedimento, cariño, lo resuelvo yo en tres días, mi amor. Tengo los contactos y el poder suficientes para hacerte una historia nueva completa. Además, si nos casamos por el artículo 70 con el cual se legalizan uniones de hecho, no necesitaríamos tu acta de nacimiento, solo tu pasaporte y dos testigos. Pero, en vista de que no puedes seguir sin existencia legal en la vida, te haré todos los papeles que cualquier persona debe tener para ser alguien ante la ley.

—Mon amour, ¿podrás hacerlo? Aparte de casarme contigo, nada me haría más feliz en la vida que tener mi documentación legal. Que mi existencia figure ante la ley sin dudas ni faltas.

—La tendrás antes de lo que te imaginas.

Edelmiro puso manos a la obra, sabía perfectamente a quién debía poner esa tarea. El juez Vicente Coronel en una o dos semanas tendría toda la documentación de María Virginia al día.

Coronel, como era su costumbre cuando de Edelmiro o Dagoberto se trataba, no hizo preguntas. Les debía toda su carrera en el poder judicial a esos dos hombres. Gracias a que ellos obviaron algunas inconsistencias en su expediente como juez e hicieron desaparecer denuncias sobre supuestas malas prácticas y corruptelas en los inicios de su ejercicio judicial, había podido ascender rápidamente y ocupar los más altos grados de la magistratura. Los dos hombres se estaban encargando de poner su nombre ante Gigante como el mejor candidato a presidir el Tribunal de Justicia, una instancia con la cual no se habría atrevido a aspirar ni en sus sueños más salvajes de no contar con el seguro apoyo de los dos hombres de mayor poder y confianza del Presidente del país. El siguiente paso en su carrera, el último escalafón en su profesión, la coronación

de sus apetencias profesionales era llegar a ser el Presidente del Tribunal de Justicia, y para eso contaba con la ayuda y promoción de Edelmiro Berroterán y Dagoberto Hernández, los dos hombres más poderosos del régimen revolucionario, después de Gigante.

Claro está que los «favores» hechos por los dos poderosos revolucionarios no fueron gratuitos. A cambio, Coronel se vio «forzado» a dictar unas cuantas sentencias de acuerdo a lo que le instruían esos protectores o que le mandaba «Gigante» por interpuestas personas. Un sacrificio que la falta de escrúpulos del joven jurista no encontraba demasiado grande, comparándolo con los beneficios que recibía a cambio. En el fondo, sentía un gran placer en cumplir órdenes directas de los hombres con más poder en el país, quienes lo trataban con condescendencia y afecto.

Todos los casos de políticos adversos al régimen, al hacer los sorteos, producto del «azar», caían en su tribunal. En esos casos, ni siquiera se molestaba en leer los expedientes y redactar veredictos, todo le llegaba vía correo electrónico

listo para su firma. Como también le llegaban las órdenes de hacer que los juicios se retrasaran indefinidamente, como el de aquel comisario policial que murió tras las rejas, hecho un remedo del hombre que fue, luego de quince años en una celda de dos metros por tres, sin ver la luz del sol, esperando a tener un juicio justo.

—Eso es pan comido, señor. Solo necesito nombres y números de cédulas de los padres —Dijo solícito Coronel cuando Berroterán le planteó la situación legal de su futura esposa.

Los datos le llegaron a Edelmiro por *e-mail* y éste solo tuvo que reenviárselos a Coronel. En una semana estaba el trabajo hecho. María Virginia Urdaneta Arteaga quedó registrada como una niña nacida en 1982, cuyos padres eran José Gregorio Urdaneta Urdaneta y Adelaida del Carmen Arteaga Saavedra. Ambos fallecidos. Nacida en el domicilio de su padres, cuyo parto fue atendido por una comadrona de la localidad. En una nota marginal del libro de registros de nacimientos ponía que la niña no fue

presentada ante la prefectura civil en el tiempo que le correspondía, etc., etc.

A los quince días de terminado el papeleo, ya estaban ante el mismo Vicente Coronel, los novios Edelmiro Berroterán y María Virginia Urdaneta Arteaga para ser marido y mujer ante la ley.

Al terminar la ceremonia, Edelmiro se acercó al juez y le dijo:

—Esta felicidad que me has dado solo puedo pagártela de dos formas. La primera, haciendo que «Gigante», lo antes posible, gire instrucciones para que te elijan Presidente del Tribunal de Justicia. La segunda, regalándote un traje que la talentosa diseñadora francesa, Cocó Villasmil, la mejor amiga de mi esposa, te diseñará y confeccionará a la medida.

Ambos hombres rieron y el apuesto juez dijo:

—No sé cuál de las dos cosas me emociona más, Edelmiro. Te lo juro.

15

El cumpleaños de Ángel

Después del velorio y entierro de María Virginia, todo parecía empezar a volver a la calma y normalidad relativas que habían caracterizado al país durante los años del proceso revolucionario. Una «normalidad» marcada por el miedo de los ciudadanos a salir a la calle, desconfianza de todo y de todos y temor de ser señalados de contrarrevolucionarios o «vendepatrias» y «pitiyanquis» como acostumbraban a tildar a la gente de oposición, desde las filas oficialistas.

Las publicaciones sobre el asesinato de María Virginia Berroterán empezaron a ser cada vez menos frecuentes. Con el especial de la revista *Hola*, el tema pareció haber dado ya todo de sí y haberse agotado. El asunto terminó por ser relegado a un segundo plano y la política volvía a coger auge en los medios y generadores de opinión del país.

Las elecciones empezaron a tomar el lugar de relevancia en la plataforma comunicacional. Faltaban unos cuantos meses para que concluyera el periodo presidencial vigente, los medios abrían páginas y emisiones estelares de noticieros de radio y televisión con el tema. Al fin y al cabo, en algo debía entretenerse la gente y desde la llegada de «Gigante» al poder, la política se había convertido en el plato fuerte y principal de la mayoría de la población. Todo el mundo tenía una opinión al respecto, una teoría, una posición. Hasta los que no estaban ni a favor ni en contra del proceso, tenían algo qué decir siempre. Las redes sociales se empezaron a llenar de análisis y conjeturas sobre candidaturas, pactos y ventas de conciencias tanto de un lado como del otro. De ambos bandos surgían rumores inesperados de saltos de talanqueras.

Se aseguraba que, contra todo pronóstico, el sucesor de «Gigante» terminaría su mandato, gracias a los hilos que controlaban en todas las instituciones del Estado Dagoberto Hernández y Edelmiro Berroterán. Estos dos hombres eran

quienes en verdad gobernaban en el país. El sucesor de «Gigante» pretendía lanzarse a un segundo mandato, pero el partido oficial no quería arriesgarse a una reelección de un ser anodino, de quien tanto en la oposición como en sus propias filas decían que era como el agua: «inodoro, incoloro e insípido». Eso, lo único que garantizaría sería un triunfo contundente de la oposición apátrida y el regreso al poder de quienes habían sido desalojados de allí, veinte años atrás con el juramento revolucionario de que «*no volverían*».

Se empezaban a barajar nombres de posibles candidatos. Los nombres de los principales hombres fuertes del régimen, quienes asegurarían el triunfo y la permanencia y profundización de la revolución, salieron a la palestra de la opinión pública.

Cuando Ángel leyó en un *tuit* que el General de División contaba con el ochenta y cinco por ciento del apoyo de las bases del partido, recordó que el hombre le había dicho que quería hablar con él y se propuso conseguir la entrevista.

Ángel no podía dejar de pensar que el pobre hombre permanecía engañado con respecto a la muerte de su querida esposa.

A Ángel el sueño recurrente con María Virginia lo tenía ojeroso y temeroso. Estaba seguro de que su tormento sólo acabaría cuando hablara con el General para decirle lo que sabía y hacerle saber que su esposa no podía descansar en paz, ni lo dejaba descansar a él. Que necesitaba descubrir lo que había sucedido en la *Suite Heaven* aquella madrugada para poder vivir tranquilo y retomar la normalidad de su vida.

Andrés no le respondía ninguna de las llamadas que le hacía. Siempre salía la operadora. Había pasado semana y media y no lo había llamado José Alberto para reincorporarse a su trabajo. No se atrevía a aparecerse por el *Sueños Inn* sin que José Alberto lo autorizara, porque sentía que, luego de la escena en el velorio, no debía actuar sin el previo consentimiento del gerente.

Al día siguiente cumpliría los dieciocho años, era el plazo que se había puesto para presentarse en el hotel a reclamar su puesto de trabajo. Sentía que no podía dejar de trabajar en el *Sueños Inn*, pues algo en su interior le decía que allí conseguiría alguna pista que lo llevaría a descubrir al asesino de su onírico tormento.

No tuvo que esperar al día de su cumpleaños. La noche antes, lo llamó José Alberto para preguntarle por qué no había vuelto a trabajar y no había avisado nada. Que si ya no estaba interesado en su puesto, en el departamento de mantenimiento del hotel.

—Tú me dijiste la noche que me telefoneaste que me llamarías para decirme cuándo reincorporarme.

—Yo no te pude haber dicho eso, Ángel. Pero no importa, no vamos a discutir. ¿Vas a seguir trabajando en el hotel?

—Sí, claro. Es lo que más deseo.

—Bueno, el lunes te reincorporas. Tómate este par de días para descansar. Chao.

— ¿Qué sabes de Andrés...?

José Alberto colgó antes de que terminara su pregunta. El Gerente del hotel erótico había decidido, luego de reflexionar sobre lo sucedido en la funeraria, que al muchacho era mejor tenerlo cerca y vigilado. Había resultado demasiado osado y atrevido como para arriesgarse a dejarlo de su cuenta. Mejor mantenerlo atado con cuerda corta.

Por su parte, Ángel respiró aliviado al saber que podría volver al hotel para investigar qué había pasado aquella noche en la *Suite Heaven*.

Después de muchas noches de mal dormir, con la llamada del gerente del hotel, Ángel se sintió seguro y tranquilo y pudo conciliar un sueño sereno. De nuevo se le apareció María Virginia, pero sin angustias ni sobresaltos. Caminaban juntos tomados de la mano por las calles de una ciudad desconocida para el joven. A la mañana siguiente despertó contento. Era el día de su cumpleaños número dieciocho.

Ángel no tenía deseos de celebrar su cumpleaños, pero sus padres se empeñaron en que aunque fuera solo una torta y refrescos debería tener.

—Al fin y al cabo, dieciocho no se cumplen más que una vez en la vida —Repetía su mamá el lugar común con aires de quien lo dice por primera vez. Los padres del muchacho estaban preocupados. Desde hacía varios días lo notaban extraño. Parecía haber perdido su chispa y se encontraba demacrado y ojeroso. Más huraño de lo habitual.

—Ángel, ¿Qué te pasa? Tú no estás bien. Si sigues así vamos a tener que llevarte al médico. Cada vez hablas menos. Eso debe ser tanta internet y tanto telefonito de esos. Pasas el día metido de cabeza en la computadora y el chat del *Blackberry*. Nunca nos atiendes. Es como si en esta casa vivieras en un hotel donde duermes y comes, pero no te comunicas con nosotros. Cada día estás más distante, como ido. Ya ni novias traes a la casa. Al trabajo tienes días que no vas tampoco...

—Deja la cantaleta, vieja. No me pasa nada. Estoy bien y no tengo intención de ir al médico. No estoy enfermo de nada. Novia no traigo porque no tengo. Tendré que buscar a Dorita. Y al *Sueños Inn* no he ido porque el jefe me dijo que me avisaría cuando tenga que reincorporarme, parece que iban a hacerle algunas remodelaciones.

— ¿Hasta cuándo te tendré que decir que no me digas vieja y que no me nombres a esa zorra infeliz?

Ángel rio sin ganas y vio como su papá le hacía señas para que lo dejara de ese tamaño. Ricardo había aprendido, luego de tantos años de convivencia, que a Beatriz era mejor escucharla como quien oye llover cuando se aplica en sus descargas discursivas, porque llevarle la contraria podía terminar en una tragedia en la que, casi siempre, quienes se le enfrentaban, terminaban sintiéndose mal y culpables, sin saber porqué.

—Ven Ángel. Vamos a picar la torta. A ver si dejan la *discutidera*.

El papá de Ángel lo rodeó con su brazo y lo llevó hacia la mesa, mientras le iba diciendo:

—Tenle paciencia a tu madre. Sé que te fastidia, pero no olvides que te adora y se preocupa por ti. A ella es mejor no contradecirla, porque las discusiones pueden no tener fin. Yo también te he notado extraño últimamente, como apagado, pero confío en que si te pasa algo me lo dirás ¿verdad, hijo?

—Sí papá. Te prometo que te diré si algo me pasa. Es solo que últimamente me cuesta dormir y tengo pesadillas. Pero ya se me pasará. Debe ser que me estoy haciendo viejo. —
Bromeó y le dio un beso a su papá.

Animado, la mañana siguiente se fue a su trabajo. Se levantó temprano y alegre. Sentía que su angustia y esa especie de vacío en la boca del estómago estaban por desaparecer. Al llegar a la recepción preguntó a Libia, la chica del mostrador, por Andrés.

—El está libre hoy. Tiene turno mañana en la noche.

—Ah ok. Entonces lo veré mañana, porque lo he llamado y no me responde.

—Es que lo atracaron una noche, al salir de aquí, y le robaron el teléfono. Entonces aprovechó y se cambió de compañía telefónica, porque desde hacía tiempo decía que la anterior era un robo. Ahora tiene número nuevo. ¿Quieres que te lo dé?

—No te preocupes, Libia. Ya él mañana, supongo que me lo dará. Voy a cambiarme que ya es hora de empezar a ver con qué me conseguiré en estas habitaciones que nunca dejan de sorprender.

Revisó el cronograma en la cartelera y vio que le tocaban ese día las habitaciones de los pisos dos y tres. Todos los días le cambiaban los pisos al personal de la limpieza. Era política del hotel para que todos llegaran a conocer las instalaciones a la perfección y, por razones de seguridad, no se les permitía merodear por los pisos que no les correspondían en su turno.

«Hoy no tendré acceso a la *Heaven*. Pero mañana, que me tocan las suites del cuatro, sí».

La jornada transcurrió tranquilamente. Cuando ya iba de salida, se encontró con José Alberto. Se saludaron cordialmente sin detenerse a conversar, porque el gerente llevaba prisa. Debía reunirse con Carmelo, dijo, y ya iba retrasado.

Ángel llegó a su casa. Cenó en silencio. Gumersinda había preparado pasta carbonara que tanto le gustaba, pero comió con desgana y se encerró en su habitación.

Encendió la computadora y fue al baño. Luego de bañarse se sentó frente a la computadora y, antes de abrir su *Twitter* y *Facebook*, fue a «mis imágenes» y abrió la carpeta que decía «*sexy novia dormida*». Estuvo rato repasando las imágenes. Recordó que en la mesita de noche había guardado la revista *Hola* con el especial sobre María Virginia de Berroterán. La sacó y fue a las páginas centrales. En una foto se apreciaba a María Virginia modelando en pasarela,

justamente, un traje de novia. Era un traje con todos los periquitos que normalmente llevan las novias, sólo que, en lugar de blanco, era rojo. Un guiño que la diseñadora Cocó Villasmil quiso hacerle a sus clientas, seguidoras del proceso revolucionario y asiduas lectoras de la publicación del corazón.

En otra imagen de la revista, aparecía María Virginia sonriendo con su esposo, Edelmiro Berroterán, el día de su boda, con el juez Coronel, hoy Presidente del Tribunal de Justicia, al fondo del encuadre, luego de haberlos pronunciado «marido y mujer». Y, en otra instantánea, la difunta aparecía abrazada con la diseñadora Cocó Villasmil, ambas sonrientes, felices en el cierre del desfile de modas.

En una última imagen se veían sonreídos al juez, a la diseñadora y a los recién casados, posando con sus copas de champán elevadas para hacer el brindis de la boda.

«Esa diseñadora es la *transfo* que vi el día del velorio — pensó Ángel—. Hay algo en ella que no termina de

gustarme. Me parece que no es de fiar. No sé si será que tengo prejuicios contra los transexuales o es que en verdad esa *caballona* es una «mujer» de cuidado. ¿Tendrá algo que ver con el asesinato de la *sexy novia*?»

16

El General y Cocó Villasmil

Cecilia Villasmil, mejor conocida como «Cocó», llegó al país invitada por Edelmiro Berroterán como regalo sorpresa de bodas para María Virginia. La emoción de la novia fue indescriptible al ver aparecer en el salón a su entrañable «hermana».

La aparición de Cocó en la recepción fue realmente una sorpresa para la novia, porque María Virginia sabía que Cocó no tenía dinero para costearse el viaje. Luego de la muerte de la tía Margarita, ambas habían quedado en la quiebra. El cáncer de la tía se llevó los pocos ahorros que tenían y en el mundo del diseño de moda no le estaba yendo tan bien a Cocó como aparentaba.

Su escasa, aunque selecta y exclusiva clientela, se había ido moviendo hacia otras firmas más reconocidas en la misma medida que la enfermedad de la tía la alejaba de

esas amistades.

A decir verdad, las clientes de Cocó le hacían encargos más que todo por compromiso y solidaridad con la anciana, empujadas por sus maridos que siempre les insistían a sus esposas que no descuidaran a Margarita, que siempre había sido tan gentil.

Edelmiro tomó todas las precauciones para que su futura esposa no sospechara de la sorpresa. Hizo que Cocó le enviara un *e-mail* a María Virginia lamentando la ausencia en un momento tan importante para ella, le reservó una habitación en el *Hilton* y la mandó a buscar al aeropuerto con un soldado del comando, a quien le dio instrucciones de hacer todo lo que la señora Cocó le indicara y la llevara al día siguiente, puntual, al salón donde se efectuaría la ceremonia y la recepción de la boda.

Las dos amigas no paraban de abrazarse. El cariño mutuo era evidente y no podían contener la alegría por el reencuentro. Al día siguiente, Cocó se mudó al *pent-house*

de Edelmiro y los novios se fueron a una corta luna de miel en un crucero por las islas del Caribe. El militar no quería ausentarse mucho tiempo del país, pues las fechas de los ascensos estaban encima y sabía que le correspondía pasar al grado de General de Brigada. Ya su ascenso había sido hablado y acordado con «Gigante».

Al regreso del viaje de novios, Cócó estaba instalada en casa de Edelmiro y María Virginia. Las dos mujeres no cabían en sí de felicidad. Todo lucía demasiado perfecto para ser verdad. Al final, parecía que la vida les compensaba tantas penurias y tristezas vividas y se cumplía la profecía de la tía Margarita, quien siempre aseguró que María Virginia estaba predestinada para grandes empresas.

A los dos meses, «Gigante» le otorgó el grado de General de Brigada a Edelmiro Berroterán y tuvieron una gran fiesta en el club militar hasta la madrugada. Cuando llegaron a casa, los tres se encontraban bastante bebidos y alegres. La fiesta había sido un éxito rotundo y las palabras que pronunció Gigante al momento de otorgarle las credenciales

de su ascenso, lo llenaron de orgullo y complacencia. Los tres estaban eufóricos, parecía que nada podría ir mal en la vida de ahora en adelante.

Edelmiro propuso que se tomaran un trago antes de dormir. María Virginia dijo que se quedaran ellos dos brindando, porque ella no podía más. Estaba exhausta y necesitaba ponerse ya en posición horizontal, porque sentía que en cualquier momento se desplomaría. De hecho, se había quedado dormida en el carro camino a casa y les costó despertarla para que se bajara del vehículo al llegar.

Edelmiro le dio un beso y le prometió que sería sólo el trago del estribo y que en un momento estaría junto a ella.

El nuevo General de Brigada de la República sirvió dos whiskies dieciocho años en las rocas y ambos se lo bebieron prácticamente fondo blanco, luego de chocar los vasos de cristal en el aire.

Cocó estaba sentada en el sofá de cuero negro. Edelmiro en una butaca frente a ella. El hombre se levantó diciendo «

¡Este fue muy rápido! Parece que entre más fino el cristal, más rápido se va la bebida. Ahora sí vamos por el penúltimo». Sirvió dos nuevos tragos y cuando iba a darle el de Cocó, tropezó con la alfombra y se tambaleó perdiendo el equilibrio y fue a caer con la cara justo en medio de los voluminosos pechos de la mujer.

Soltó una carcajada imitada por Cocó y sacudió su rostro entre los senos de la mujer, inspirando con fruición.

— ¡Qué rico hueles, Cocó!

A partir de allí, ya no supieron más de sí. Comenzaron a besarse con violencia. Edelmiro, de un tirón, hizo saltar los botones de la blusa de terciopelo negro con encajes y lentejuelas tornasoladas. La pasión los hizo presas.

Parecían dos bestias salvajes haciendo el sexo. No lograban acompasarse. No encajaban, ni se acompasaban en el ritmo, pero la pasión y el morbo no les permitían detenerse.

Cocó abrió el pantalón del hombre y comenzó a chuparle el

pene como si se lo quisiera devorar. Ella estaba sentada en el sillón y él de pie, con el pantalón y los interiores a mitad de piernas. Intentó hacer que la mujer se levantara, pero en la borrachera, se le enredaron las piernas con el pantalón y ambos cayeron sobre la alfombra.

Edelmiro lamía los pechos de Cocó y, con desespero, metió su mano bajo la falda para agarrarle el pene erecto a la transexual.

— ¡Cógeme, Cocó! —Le susurró al oído.

17

Un nuevo audio

Ángel se quedó dormido después del almuerzo. En la mesa, durante la comida, todos habían estado en silencio. Cada uno en sus propios pensamientos. Al terminar de comer las albóndigas de carne de cerdo acompañadas con arroz blanco y ensalada rusa preparadas por Gumersinda, Ángel se levantó diciendo: «Hoy tengo turno de tarde/noche en el *Sueños Inn*, así que mejor duermo un rato ahorita».

Se fue a su cuarto, encendió la computadora y revisó *Twitter* y *Facebook*. Se empezaba a hablar por las redes sociales de la existencia de una grabación comprometedoras que haría temblar al régimen, porque involucraba a algunos de los representantes considerados intocables en el país.

«*@gabybibi: será como cuando se oyó al diablo de la noche, que dijo de todo y no pasó nada, como siempre.*»

«*@elincrédulo: a ver si no queda en puro rumor de que hay*

una grabación, porque así nos tuvieron hace años y no pasó ni oímos nada».

«@SarcasmoPuro: En ese audio, quedan muy mal las vacas sagradas de la revolución en boca de uno de sus progenitores».

El rumor cobraba fuerza. Ángel pensó en lo fastidiosa y sucia que le parecía la política nacional. Nunca le había llamado la atención el tema, pero desde que encontró el cuerpo de la mujer en la habitación, cada cosa que encontraba sobre ella tenía relación con el ámbito político y le asqueaba lo que veía.

Trató de ubicar algo relacionado con la *sexy novia dormida* y se sorprendió al no leer ni un solo *tuit* sobre el robo de María Virginia y su asesinato. Ya nadie mencionaba la historia de la mujer encontrada muerta a la orilla de la autopista. Mucho menos consiguió nada de la *Suite Heaven* o del *Sueños Inn*, de lo acontecido allí parecía que definitivamente nadie se enteró y, quienes lo supieron, actuaban como que no

sabían.

Ángel empezaba a percatarse de que en el país nada es lo que parece ser, y lo que efectivamente es, no parece ser. La realidad siempre tiene dos caras o más y la mentira tiene facilidad para disfrazarse de verdad. Lo que uno ve y vive en carne propia, puede terminar siendo un sueño y los sueños, al final, acaban tomando visos de realidad.

En *Facebook* leyó sin mucho interés una nota en una página de esas que se llaman de «*noticias*» pero que sólo se encargan de montar «*ollas periodísticas*»:

«*NotiVerdad:*

Aseguran, quienes han escuchado la grabación, que lo impactante del caso, más allá de lo que dice, es quién lo dice. Una fuente de toda confianza y credibilidad, que escuchó el audio, aseguró que se trata de una grabación telefónica hecha a un viejo y respetado periodista, cuya credibilidad se vino a pique cuando se cuadró con el régimen, pero que en sus buenos tiempos denunció los más

graves casos de corrupción dentro de las Fuerzas Armadas y del mundo político.

La fuente sostiene que lo que se oye en el audio vendría a confirmar lo que dijera el desaparecido conductor del programa de medianoche, pero que tiene más impacto al oírlo en boca de un periodista respetado y serio, tan cercano al poder y quien siempre ha defendido el proceso.

En pocas horas, el país entero escuchará de boca del anciano, verdades que podrían inclinar la candidatura oficialista hacia un candidato en particular, al dejar muy mal parado a su contendor».

Comentarios:

«Ese periodista terminará ido del país con todos los dólares que ha reunido, a vivir feliz en el imperio sus últimos años».

«#LOL sí, como el otro de la grabación que terminó en Orlando feliz de la vida. Viviendo de las rentas. Tenía más plata que el banco central».

«Dan asco todos. Esos revolucionarios terminan todos en USA con nuestros dólares. Al tipo aquel, le consiguieron 3 millones de dólares en efectivo en su casa y nadie dijo nada. Feliz, está en el Imperio».

— ¡Qué ladilla con todo esto! Todo es un chisme y un *run run*. Cada vez hay menos información y más brollos. Todo el mundo dice saber y conocer de «*buena fuente*», pero nadie aporta verdaderas pruebas. —Dijo Ángel. Apagó el equipo y se fue a acostar.

«Ver, leer o escuchar una noticia, una información, en este país es llenarse más de dudas que de certezas. —Pensó Ángel antes de dormirse, tratando de hacer un mapa mental de la realidad que estaba conociendo y lo desconcertaba—. Es como pararse frente al espejo y dudar de si la imagen reflejada es la tuya o la de otro. Si lo que ves en el cristal, es cierto o es lo que quieres ver o, peor aún, lo que otros quieren que veas».

«Ángel, levántate, ya es la hora. Hoy es el día».

Ángel se sentó en la cama. María Virginia sobre un lecho de nubes lo acababa de despertar. Se bañó, se vistió y se fue al hotel. Sentía que ese día conseguiría alguna pista sobre lo que le pasó a la *sexy novia dormida*.

— ¡Ese Andrés! —Saludó Ángel al recepcionista.

—Ese Ángel. ¿Como que estabas de vacaciones?

—ja ja ja marico. Tú sabes muy bien que no.

Fue a cambiarse la ropa por su braga gris de trabajador de mantenimiento. Luego, corrió al piso cuatro. Estaba ansioso por entrar a la *Suite Heaven* y buscar alguna pista sobre lo ocurrido la noche que apareció allí la *sexy novia dormida*.

Quedó petrificado frente a la habitación. En la puerta ponía con las mismas letras cursivas doradas: *Suite Havanna*. Miró alrededor para asegurarse de que no se había equivocado ni de piso ni de puerta. Los cartelitos de señalización indicaban «*Piso 4*». Efectivamente, estaba

donde pensaba que estaba, pero algo andaba mal. Ni siquiera recordaba que el *Sueños Inn* tuviese una suite con ese nombre.

Metió la tarjeta en la ranura de la puerta y abrió. La suite era un paraíso tropical. De las paredes colgaban trajes de habaneras y de bailarinas del *Tropicana*. La cama se encontraba flanqueada por enormes palmeras de coco. A los lados del espejo de cabecera, fotografías de paisajes cubanos se mezclaban con imágenes de Fidel, el Che, Martí y de la Caridad del Cobre. Todo estaba pensado para que el huésped pasase una ardiente noche de pasión caribeña. No había por ningún lado ni rastro de las nubes, las estrellas fosforescentes y los planetas que tanto lo habían deslumbrado anteriormente.

En ese momento, recordó las palabras que José Alberto le dijo al General, el día del velorio de María Virginia: «*Creo que está confundido, General. Se ve que es usted un hombre casado que no frecuenta nuestro hotel. Tenemos Suite Española, Las mil y una noches, Galáctica, y un par*

más, pero, Heaven, no hay en el Sueños Inn».

Ángel bajó alterado y tembloroso a la recepción.

— ¿Qué pasó con la *Suite Heaven*, Andrés?

— ¿La Suite qué, marico? ¿Tú como que te volviste loco?

—Coño, Andrés, no me jodas. La suite donde encontré a la mujer muerta. La que estaba vestida de novia.

— ¡Chamo, en verdad que estás mal! ¿Qué vainas te estás inventando?

Ángel le recordó a Andrés todo lo que pasaron esa noche juntos. No omitió detalles. Andrés lo escuchó atento. Cuando terminó, le dijo:

—O te fumaste una lumpia o estás escribiendo un guión para una película de suspenso. ¡Muchacho, qué imaginación!

—Marico, no me hagas esto. —Dijo Ángel con ganas de llorar— Tú estabas aquí. Tú la viste muerta en la cama. Era la esposa del General Berroterán.

—Amigo, aquí no pasó nada. Yo no he visto jamás una muerta y nunca ha existido una *Suite Heaven*.

—Andrés, yo hice fotos y las tengo en mi computadora. Dame tu correo y te las mando.

El recepcionista se puso dramáticamente serio, miró al muchacho a los ojos para asegurarse de que lo oía y le entendía, y le dijo:

— ¡No me vas a pasar un coño, Ángel! Entiende que NO PASÓ nada. Yo hace mucho que aprendí que en este país pasa y no pasa, lo que los que tienen el poder, dicen que pasa o no. Si los poderosos dicen que no sucedió, ellos tienen el poder para hacer todo lo necesario para que no haya sucedido. Deja esa historia quieta y no andes hablando *güevonadas* por ahí, que puedes acabar muy mal.

—Solo hazme un favor, Andrés y te prometo que no te jodo más con esto. Vamos a ver los videos de seguridad.

Andrés se compadeció del tono triste e impotente de su amigo y accedió. Al fin y al cabo, era un carajito inofensivo e

inocente que tenía mucho que aprender de la vida y del poder. Fueron juntos a ver los videos de las cámaras de seguridad.

—Hay algo raro, Andrés. Ni siquiera hay registro del día que te digo.

—Te lo dije, marico. No pasó.

Andrés siguió mostrando videos solo para distraer a Ángel. En uno, se veía por el pasillo al Juez Vicente Coronel con una exuberante mujer. En los senos y glúteos de la chica no cabía un centímetro cúbico más de silicón.

—Ese es el Presidente del Tribunal de Justicia, Ángel. Está más bueno que consejo de madre. Le encanta una *prepagó* y, con lo bueno que está, yo con gusto me pondría ese culo y esas tetas para que me culeara...

—A ese lo vi en el velorio de María Virginia, pero iba con otra mujer, no con esta.

— ¡Coño marico, qué obsesión la tuya!

Andrés quería distraer al muchacho. Que se olvidara de esa historia de la muerte de la *Heaven*. Empezaba a sentir compasión y temor por él. Quería hacer que se olvidara del rollo de la mujer ahorcada porque su insistencia en el tema lo podía hacer aparecer un día como un número más en las estadísticas rojas del país. «*Otra víctima que pierde la vida cuando intentan despojarlo de su teléfono*».

—En esa maletica que llevan arrastrando, traen los vestidos de faralaos y lentejuelas que al tipo le gusta ponerse. Me contó Dilma, una «*bailarina exótica*» del *Hawaii*, colombiana, que al hombre no se le para si no se viste de mujer. No es gay, porque fue lo primero que le pregunté a Dilma a ver si yo tenía algún chance con el papachongo. Pero, si no se pone un trapo de mujer encima, el pitoquito no le responde...

— ¡Mira Andrés! Ese es el tipo que vino con la esposa del General. —Ángel señalaba el monitor sin parpadear.

En la pantalla se veía a un hombre atlético, de más de 1,90

de estatura vestido con mono deportivo oscuro, una gorra con visera y un grueso y falso bigote, caminando por uno de los pasillos del *Sueños Inn*, rumbo a la *Suite Española*.

— ¡Esa que está con él es la *transfo* diseñadora de modas amiga de la muerta, Andrés! También estaba en el velorio y luego la vi en el reportaje de la *Hola*. Eran inseparables. ¿Será que ella mandó a su amante a matar a su amiga?

— ¡Coño, Ángel! No puedo contigo. ¡Deja esa historia quieta! ¡Deja a esa muerta descansar en paz!

—Es ella, la que no me deja descansar a mí, Andrés. Me persigue en sueños. Me dice que la ayude. Me está volviendo loco.

18

«Llévame a una Suite del Sueños Inn»

El militar y la transexual amiga de su esposa sucumbieron en dos oportunidades más a sus bajos instintos. Ya no necesitaron la excusa del alcohol para terminar revolcándose como animales.

Cocó continuaba viviendo en casa del feliz matrimonio y, muy en contra de lo que ella y Edelmiro conscientemente querían, la pasión los arrastraba cuando se encontraban solos. La primera vez, fue mientras María Virginia acudía a su cita semanal en la peluquería. Y, la segunda, cuando fue a ver al endocrinólogo. Se estaba chequeando un descontrol hormonal que, según le había contado a su marido, le impediría por un tiempo quedar embarazada. Ya la pareja había hablado de lo completa que sería su felicidad cuando Dios los bendijera con la llegada de un hijo.

El sexo entre el General y la transexual era torpe y violento.

Se apareaban con rabia y en cada ocasión, Edelmiro terminaba suplicando a Cocó que lo penetrara. La intensidad que alcanzaban sus orgasmos cuando la diseñadora lo penetraba lo hacía delirar de placer.

No es que el militar fuera homosexual. Nunca en su vida se había sentido atraído por otros hombres, pero encontraba un placer especial al ser poseído por mujeres. Era algo más fuerte que él y sabía que, a pesar del amor que sentía por María Virginia y de que sexualmente estaba satisfecho con ella, si Cocó continuaba en su casa, seguirían manteniendo relaciones sexuales.

—Esto no puede continuar, Cocó. Creo que llegó el momento de que te mudes a otro sitio. Ya conoces mi secreto, mi debilidad, pero confío en que serás discreta para no dañar a María Virginia. Vete a vivir sola. Yo te ayudaré en todo. Te financiaré para que montes tu atelier de moda y haré que todas las mujeres de mis amigos militares y del gobierno busquen tus diseños. En poco tiempo serás la diseñadora más solicitada en el país y habrás hecho

suficiente dinero para vivir lujosa y tranquilamente. Pero por favor, vete esta misma semana. Toma este dinero para empezar.

De la caja fuerte sacó varios fajos de billetes de alta denominación y sin contarlos se los dio a Cócó.

—Gracias, Edel. Tienes razón. Lo mejor es que me vaya. No quiero enamorarme de ti. Este será nuestro secreto. Solo compláceme una vez. Llévame a una suite del *Sueños Inn* y hagamos allí el amor por última vez, sin el temor de ser descubiertos.

El morbo de Edelmiro Berroterán se excitó con solo escuchar la propuesta de la transexual.

—Ok. Te confieso que me has tentado. Ese será nuestro último encuentro sexual. María Virginia no se merece que continuemos haciéndole esto, pero tu propuesta ha logrado despertar mi excitación.

—María Virginia no es lo que tú crees. Pero es verdad, ha sufrido tanto en la vida que se merece tener un tiempo de

Te voy a llevar al cielo

felicidad. Si se entera de lo nuestro, se derrumbaría.

19

Anaxágoras Montiel, habló

Finalmente, el escándalo explotó. Efectivamente, el audio existía. Se trataba de una grabación hecha a una conversación de Anaxágoras Montiel, el viejo periodista y columnista que había denunciado en sus columnas en la prensa y en sus programas de televisión de los domingos, los peores escándalos de corrupción y abusos de poder dentro de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos tradicionales del país durante las décadas de gobiernos democráticos, antes del ascenso al poder de «Gigante».

No contenía esa grabación nada nuevo ni nada de lo que ya no se hubiera hablado hasta el cansancio por medios de comunicación y redes sociales. La novedad consistió en que no era, como se pensaba, una grabación de una conversación telefónica. Se trataba de una conversación de Montiel con su esposa en lo que parecía ser, por el ruido ambiente, la cocina de la casa de los espías.

En el audio, subtulado para la presentación a los medios y transcrito para la prensa escrita, porque al periodista era prácticamente imposible entenderle lo que decía, Anaxágoras se lamentaba con su esposa de la corrupción del Diputado Dagoberto Hernández y de la participación del político en el narcotráfico y el control de las bandas de secuestradores en los estados fronterizos.

Todo lo escuchado en el audio aparecido tiempo antes, en el que el presentador y *showman* de la televisión nocturna despotricaba contra Dagoberto Hernández, era confirmado de boca del acucioso periodista quien, durante todos los años de revolución, mantuvo un silencio cómplice y nunca denunció esos hechos y otros sobre los que tenía conocimiento, para no hacer daño al proceso revolucionario. Siempre calló la corrupción de la que tenía pruebas, tanto por parte de «Gigante», como por parte del círculo más cercano al líder. Calló, porque él mismo se sabía con rabo de paja y no tenía cómo probar la honradez del vertiginoso aumento de su propia fortuna durante los años de

revolución.

Cuando Ángel despertó, después de mediodía, porque la noche anterior había tenido turno en el *Sueños Inn*, se encontró con que las redes sociales estaban enardecidas por la grabación. No se hablaba de otra cosa. Los opositores descargaban su ira contra el régimen, aunque la mayoría manifestaba lo poco esperanzada que estaba de que ese audio trajera consecuencias.

Los seguidores del régimen decían que todo era un montaje hecho en los laboratorios gringos para empañar el proceso electoral que se llevaría a cabo en pocos meses. Todo era un hervidero de dimes y diretes.

Los más sosegados analistas políticos sostenían que, si bien lo escuchado no constituía prueba alguna contra el Diputado, sin duda, ese audio dejaba por fuera cualquier posibilidad de que Dagoberto Hernández fuese el candidato del oficialismo, con lo cual, quedaba el campo libre para el General de División Edelmiro Berroterán, quien, además,

había aumentado su simpatía entre las bases del partido, luego de la trágica muerte de su bella esposa.

Los radicales de lado y lado no paraban de vociferar. Unos decían que eso era una jugada de Edelmiro Berroterán para deshacerse de la competencia del Diputado. Otros, que era la CIA que había infiltrado todo el país y grababa a la gente hasta en el baño, una imperdonable violación a la privacidad y al derecho a la intimidad y, sobre todo, a la soberanía del país.

Ángel, al leer todo lo que decían, pensó que, en sus dieciocho años de vida, no había visto otra cosa. Él nació cuando la revolución estaba comenzando y desde que tenía uso de razón, la historia se repetía año a año. Todo eso era lo «*normal*» para él, pues no conocía otra cosa.

Un *tuit* de un periodista del gobierno anunciando que Edelmiro y Dagoberto darían una rueda de prensa juntos para demostrar que estaban unidos como siempre lo habían estado y que nada minaría ni su amistad y compadrazgo ni

su compromiso con el proceso revolucionario, hizo que Ángel decidiera acercarse a la sede del partido para tratar de hablar con el General Berroterán.

Tenía que contarle al hombre de una buena vez todo lo que sabía acerca de la muerte de María Virginia, debía decirle que a su mujer la mató el mismo hombre que vio en el video con la diseñadora Cocó Villasmil y comentarle sobre sus sospechas de que haya sido una muerte por encargo de su mejor amiga.

20

«Sigo soñando con ella»

Cuando terminó la rueda de prensa de los dos hombres fuertes de la revolución en el salón del lujoso hotel capitalino, no quedó duda en ninguno de los presentes de que ambos hombres estaban tan unidos y homogéneos como siempre y que al Diputado Dagoberto Hernández, como era de esperarse, no lo investigarían por lo dicho por el viejo periodista.

Cuando el General Edelmiro Berroterán y Dagoberto Hernández se abrazaron para la foto, él último le dijo quedamente al oído:

—Te lo dije, compadre. No es paranoia mía, ni mi desconfianza característica. Los gringos nos tienen vigilados y grabados. Ya ni en nuestras casas podemos hablar con libertad y tranquilidad.

Ángel aprovechó un momento cuando la prensa dejó

tranquilo al General y se le acercó. Edelmiro, que no olvidaba un nombre ni una cara, inmediatamente le dijo:

— ¡Miren a quien tenemos aquí! Es Ángel, el chico que sueña con mi esposa. ¿Sigues soñando con María Virginia?

La gente miró al joven sin darle mucha importancia. Todo parecía una conversación intrascendente de la que solo ellos dos sabían. Los dejaron solos y la atención se centró en las declaraciones que daba en ese momento el Diputado Dagoberto Hernández sobre la casi segura candidatura de Edelmiro Berroterán para la Presidencia. Sólo faltaba ajustar unos detalles en el Comité Central del Partido, pero podía darse por hecho.

—General, sí, sigo soñando con ella. Me persigue y dice que lo busque a usted y le cuente lo que sé. Ella no murió como dijeron la policía y los medios. A ella la mató un amante de la diseñadora Cocó Villasmil...

Torpe y apresuradamente, Ángel contó lo vivido aquella madrugada en la *Suite Heaven* del *Sueños Inn*. Edelmiro lo

oía con displicente sonrisa. Cuando terminó, le dijo:

—Creo que estás mezclando sueños con realidad, Ángel. También creo que a mi esposa la mataron por otro motivo y no para robarla. Creo que hay motivos políticos y me gustaría que me ayudes a descubrirlos. Pero no sigas contando esa historia del *Sueños Inn* porque te tomarán por loco. Dame tus números para localizarte y te llamaré para que me ayudes.

—No son inventos General. Tengo en mi computadora fotos de su esposa muerta que tomé esa noche en la *Suite Heaven*. Se las puedo mostrar.

—Ya me mostrarás todo. Cualquier cosa será de ayuda para agarrar al asesino de la luz de mi vida. Pero no hables con nadie. De todos modos, Ángel, necesito que estés tranquilo y equilibrado para que me ayudes en la investigación. Te voy a conseguir una cita con mi psiquiatra para que te recete algo que te tranquilice. ¿Irás a la consulta? ¿Harías eso por mí y por la memoria de María Virginia, para que se

haga justicia?

—Sí, General. Iré. También tengo días pensando que necesito verme con un psiquiatra que me ayude con esos sueños. Desde que descubrí el cuerpo de su esposa en la suite no he podido volver a dormir una noche completa sin despertarme sobresaltado y asustado. Claro que iré al psiquiatra que me dice, porque necesito volver a dormir bien y sin tantos sueños. Gracias General.

—Perfecto. Te llamo mañana para decirte cuándo te recibirá el doctor. Luego de que lo veas, nos reuniremos de nuevo.
¿Hecho?

— ¡Hecho, General!

21

El psiquiatra Segismundo Portillo

Edelmiro llevó a Dagoberto a un rincón, lejos de los oídos de los periodistas y curiosos.

—Dago, alguien más sabe lo que pasó aquella noche. Necesito que con urgencia averigües quién más estaba allí. Hay un muchacho que, o estaba allí, o es brujo, o recibe mensajes del más allá, de fantasmas en sueños. Llama a Carmelo y que te diga quién más estaba allí.

Mientras Dagoberto llamaba a su testafarro, Edelmiro Berroterán marcó el número de la casa de Ángel que le acababa de dar el muchacho.

—Buenas noches. Aquí habla el General Edelmiro Berroterán. ¿Puedo hablar con la señora de la casa?

—Con ella habla, General. —A la mujer le temblaba la voz al contestar. Se asustó pensando que algún sapo se hubiera ido de lengua y la hubiera metido en problemas con el

régimen. Nunca antes había llamado alguien del gobierno a su casa—. ¿En qué puedo servirle?

—Señora, yo conozco a su hijo Ángel, le he tomado cariño y me encuentro muy preocupado por su salud mental. Ángel no parece distinguir entre lo que es realidad y lo que es producto de su imaginación y de sus sueños. Creo que está presentando un típico caso de bipolaridad.

— ¡Ay, General, no me diga eso! Yo lo he notado tan extraño últimamente. Incluso se lo he dicho, pero él no me deja tocar el tema. De una vez se pone de mal humor y me deja con la palabra en la boca.

—No se angustie, doñita. Eso, con medicación es controlable y en pocos días su hijo continuará con su vida normal. Dígale que la llamé para confirmarle que mañana, a las siete y quince de la noche los recibirá a él y a usted, el doctor Segismundo Portillo, es un psiquiatra de toda mi confianza, uno de los mejores del país. Seguramente usted ha oído nombrar a Portillo porque es una eminencia. Ángel

estará en las manos más expertas. Anote la dirección del doctor Portillo.

Ya había oscurecido cuando salieron de la sede del partido. Edelmiro, pretextando una reunión urgente en la comandancia general, rechazó la invitación de su compadre Dagoberto para ir a cenar y tomarse unos tragos, para celebrar el éxito de la rueda de prensa. Entre los dos se habían metido una vez más a los medios en un bolsillo y, por consiguiente, al país.

— Yo estoy demasiado cansado, compadre, y todavía tengo una diligencia importante que hacer antes de irme a la casa a echarme con las patas para arriba. Anda a celebrar tú con los del partido, ya tendremos muchas oportunidades de celebraciones juntos nosotros dos.

El General fue directo al consultorio de Segismundo Portillo. Como sospechaba, se encontraba en consulta aún. Ya su secretaria se había marchado. Edelmiro se sentó en la silla de la secretaria a esperar que el psiquiatra saliera. No

quería interrumpirlo si se encontraba en plena sesión con un paciente.

A los quince minutos, la puerta del consultorio se abrió y Portillo, con la mano, le indicaba la salida a una joven despeinada con cara de sueño y confusión. El psiquiatra dio un brinco al ver al hombre en la silla.

— ¡Qué susto, General! Pensé que me venían a secuestrar. Como en este país ese es el pan de cada día.

La chica se fue y los dos hombres fueron al consultorio.

—Voy a ir directo al grano, Portillo. Te tengo un encargo urgente y *top secret*. Necesito que recibas mañana a las siete y quince a un joven y a su madre para consulta. Después de unas cuantas preguntas de rigor, le vas a diagnosticar un evento sicótico producido por el «*Trastorno Bipolar*» que padece el muchacho y le vas a recetar calmantes. Drogas fuertes que lo mantengan *agüevoneado* y con sueño.

— ¡Pero, General, yo no puedo hacer eso! ¡No es ético!

—No me vengas a hablar de ética, Segismundo, que yo sé muy bien quién eres tú y es por eso que recurro a ti.

—General, no me ofenda. ¡Yo soy un prestigioso psiquiatra!

—Lo sé. Por eso te escogí a ti, porque nadie desconfiará de tu informe. Yo sé muy bien lo que tú haces aquí con jovencitas como la que acaba de salir, y hasta de menos edad. Marisela Rodríguez, hace unos ocho meses, me contactó y, muy nerviosa y asustada, me contó todo lo que tú le habías hecho. Casualmente, dos días después de que la chica me contara todos los detalles y el miedo que tenía de que tú le hicieras algo porque la estabas amenazando, apareció flotando en el río hinchada y con un balazo en la cabeza. Quiso el destino que sobre la mesa hubiera una grabadora registrando toda la confesión de la muchacha. Audio que tengo a buen resguardo en mi caja fuerte. Ahora dígame, ¿Puedo contar con el informe en mi oficina para pasado mañana en la tarde, a más tardar?

—Sí, mi General. —Dijo el hombre bajando la mirada pero

sin perder su actitud de hombre digno ofendido.

22

El endocrino

Al salir del consultorio de Segismundo Portillo, Edelmiro pasó frente al del médico endocrino Filiberto Ortega. Miró el nombre impreso en la placa sin detenerse y recordó con tristeza que hacía unos días ya, salía de allí con el alma en el suelo, el corazón destrozado y sintiendo que su vida se acababa.

Las frecuentes visitas de María Virginia al endocrino empezaron a extrañarle al General. Ella le decía que siempre había tenido serios problemas con la menstruación, desde que se desarrolló, tardíamente, a los dieciocho años. Que su ginecólogo le había dicho que padecía un descontrol hormonal severo y que debería ponerse en manos de un especialista endocrinólogo para que le nivelara y regulara su sistema hormonal, si quería salir embarazada.

Había algo en los intentos de María Virginia por embarazarse que empezó a preocupar a Edelmiro. Llegó a

sentirse culpable, pues pensaba que, a lo mejor, el del problema podría ser él, porque a pesar de tantas mujeres que había tenido, nunca había embarazado a ninguna.

Decidió ir a ver a ese endocrinólogo para ver qué le aconsejaba.

El médico, un cubano que huyó de su país durante los primeros años del régimen castrista, era un hombre delgado, más cercano a los setenta que a los sesenta años. Lo recibió cortésmente, luego de que la secretaria le anunciara que se encontraba allí el General Berroterán.

Filiberto Ortega era un apasionado de su profesión. Pasaba desde muy joven el día enterrado de cabeza en los libros y asistiendo a cursos y conferencias para mantenerse actualizado. Desde que «Gigante» accedió al poder y, a los pocos meses, mostró de qué se trataría su gobierno, el médico desterró la política de su vida. Decidió que nunca se iría del país que lo acogió con cariño y que se mantendría en la completa ignorancia de lo que sucediera en el ámbito

político, porque esa película ya la había vivido y conocía su final.

No tenía ninguna intención de volver a exiliarse porque, aunque había corrido con suerte al llegar a este país, sabía lo difícil que es empezar una vida desde cero en tierras extrañas y lejos de los seres queridos. Aparte de que ahora, la edad también jugaba en su contra.

Así que, de endocrinología e investigación hormonal podían hablarle lo que quisieran, pero no tenía ni idea de lo que acontecía en el ámbito político ni quién era quién en ese mundo. Él vivía en una burbuja. Fue por eso que el anuncio de la llegada del General Berroterán no le dijo nada al especialista.

—Doctor, vengo a verlo porque mi esposa está en tratamiento con usted para salir embarazada y quisiera saber si hay la certeza de que el problema es de ella o soy yo, quien no puede concebir hijos. Mi mujer se llama María Virginia Urdaneta.

El hombre dio un brinco en su silla. Se puso pálido. Comenzó a sobarse las manos con insistencia y a secarlas en su bata blanca, porque no paraban de sudar.

Edelmiro notó la reacción del hombre. Intrigado le preguntó:

— ¿Qué le sucede, doctor? Parece que le va a dar algo ¿Se siente mal? ¿Quiere que llame a alguien?

—No, general. No llame a nadie. Ya estoy cogiendo mínimo. Es que todo esto me tomó por sorpresa. No sabía que María Virginia estuviera casada...

— ¿Cómo no lo sabía? ¿No es su paciente?

—Sí. Sí lo es, pero no por problemas de fertilidad, General. La verdad, no sé si usted me está tomando el pelo o si voy a cometer una infidencia al decírselo, pero creo que no puedo guardar un secreto tan grave...

— ¿Qué sucede, doctor? ¿Está enferma, María Virginia? ¿No podrá salir embarazada?

—No está enferma, General y, efectivamente, mientras la

ciencia no dé mayores avances en ese sentido, que es muy posible que en unas décadas todo haya cambiado, su esposa no podrá quedar embarazada jamás, porque no posee aparato reproductor femenino.

Edelmiro no supo qué decir, solo miró fijamente al médico y le dijo que se explicara con claridad.

—Usted debería saber que María Virginia nació en un cuerpo de varón. Aunque ahora, psicológica y externamente es una mujer, por dentro no cuenta con los órganos necesarios femeninos para concebir hijos. Pero como le digo, en unos años, eso podría cambiar. La ciencia está dando pasos agigantados en ese sentido...

En ese momento retumbaron en la mente de Edelmiro las palabras de Cocó Villasmil, la noche de su penúltimo encuentro sexual: *«María Virginia no es lo que tú crees. Pero es verdad, ha sufrido tanto en la vida que se merece tener un tiempo de felicidad»*.

Edelmiro se paró completamente descompuesto. Su rostro

se había transfigurado. Solo atinó a decir:

—Tengo que hablar con Cocó. Gracias doctor. Ni una palabra de esta visita a mi esposa ni a nadie. Si en algo aprecia su vida, olvide esta visita. Nunca sucedió. Yo jamás estuve por acá y usted sigue sin tener ni idea de quién es Edelmiro Berroterán. Hasta nunca.

23

«¿Soy bipolar?»

Cuando Ángel llegó esa noche a su casa, su mamá, muy preocupada, le contó de la llamada del General Berroterán. Le dijo que tenía cita para el día siguiente con el doctor Segismundo Portillo.

—Ese hombre es una eminencia en psiquiatría, Ángel. No podrás estar en mejores manos. Gracias a Dios. Yo te acompañaré.

—Sí, mamá. Iremos. No empieces con tus cantaletas. Yo estoy bien y seguramente ese doctor solo me mande algo que me ayude a dormir mejor y me espante las pesadillas.

A la mañana siguiente, Ángel imprimió tres de las fotografías de la sexy novia dormida y las guardó en su pequeño bolso.

«Estas serán suficientes para demostrarle al General que no estoy loco y que digo la verdad —pensó Ángel—. A su mujer la mataron en la *Suite Heaven*»

— ¿Has oído hablar del trastorno bipolar, Ángel? —Le preguntó, el doctor Segismundo Portillo, luego de escuchar los relatos de Ángel sobre sus pesadillas con la mujer muerta y la suite que estaba y ya no está.

—Bueno, en el liceo les decimos bipolares a los tipos que actúan como medio locos. Que dicen una cosa y hacen otra. O que se inventan historias que nadie les cree.

—Bueno, es algo más o menos así, pero no tan así. Es un trastorno psicológico que con un tratamiento oportuno y la medicación adecuada se puede controlar perfectamente y quienes lo padecen pueden llevar una vida completamente normal. Es como si hubiera un corto circuito en las neuronas del cerebro y con la ayuda de los medicamentos, la corriente vuelve a fluir con normalidad.

— ¿Y eso es lo que me pasa a mí, doctor? ¿Soy bipolar?

—Digamos que estás pasando por un proceso que se podría definir como un evento de bipolaridad. Te pondré una

medicación y, poco a poco, en diferentes sesiones, verificaremos cómo evolucionas. ¿Estás de acuerdo?

—Sí doctor. ¿Esa medicación me va a ayudar con mis pesadillas?

—Eso espero. El Trileptal y, sobre todo, el Haldol, te darán un poco de sueño y sentirás que estás un poco torpe y aturdido, pero poco a poco los iremos ajustando. Si sigues el tratamiento al pie de la letra, no pasará nada que tengamos que lamentar. ¿Entendiste todo?

—Sí, doctor.

—Te espero en una semana para ver cómo te ha ido. Este es mi número. Si sientes algo extraño o notas que te deprimen, no dudes en llamarme.

—Gracias, doctor.

Al salir, la madre de Ángel lo esperaba angustiada.

— ¿Estás bien, Ángel? ¿Qué te dijo el doctor?

—Que soy bipolar. —Le espetó el muchacho.

— ¡Ángel!

—No se preocupe, señora. La bipolaridad es un trastorno más frecuente de lo que la gente piensa. Posiblemente, muchas personas conocidas por ustedes lo padezcan y ustedes ni se han enterado. Cómprele estos medicamentos y que se los tome como le indiqué. Aquí está anotado todo. En ocho días nos volvemos a encontrar aquí. ¡No me mire así, señora! Su hijo no está loco.

Ángel soltó la carcajada y mirando a su mamá, le hizo una mueca como si estuviera loco y le dijo «¿Viste? ».

Al poco tiempo de haber llegado Ángel a su casa, luego de la visita al psiquiatra, y de pasar comprando los medicamentos, Edelmiro Berroterán lo llamó para ver cómo se encontraba.

—Bien General. El doctor me dijo que soy bipolar y me recetó unas medicinas que ya me comencé a tomar.

— ¡Ah, qué bueno! Eso quiere decir que pronto podrás ayudarme en lo que hablamos.

—Claro, General. Cuando usted me diga. Si quiere mañana le llevo las fotos que le dije. Ya las imprimí.

—Perfecto, si te sientes bien, vente mañana como a las cinco de la tarde. Anota mi dirección.

—Ya voy, General. Espere un momento. Es que parece que ya están haciendo efecto los medicamentos y estoy lento y con sueño.

—No te preocupes. Te la paso por mensaje de texto y te queda en el teléfono. Acuéstate y descansa. Sueña bonito. Mañana hablamos.

—Hasta mañana, General.

Edelmiro Berroterán cortó la llamada y llamó al comisario Delgado.

—Daniel. Necesito un favorcito tuyo. Nada complicado pero tiene que hacerse de forma limpia y sin violencia. Anota este número 8623543. Mañana, a eso de las cinco y media de la tarde, vas a llamar y vas a preguntar por Ángel. Si te lo

pasan, cuelgas. Si te dicen que no está, les dices que necesitas la dirección, que él te dijo que fueras a revisar su computadora y perdiste el papel donde la anotaste. ¿Me estas copiando, Daniel?

—Alto y claro, mi General.

—Luego, mandas a un experto en computación de confianza para allá. Que agarre la máquina. Toda, no solo el CPU, tiene que parecer que fue un engaño para robarse el equipo. Que le diga a la señora que tendrá que llevársela porque el problema que tiene no lo puede resolver allí. Todo con mucha simpatía, Delgado. Que saque el equipo y lo deje en mi despacho de la Comandancia. ¿Alguna pregunta?

—Una sola, mi General. ¿Necesita algo más?

24

Muerte del endocrino

Cuando el escándalo de la grabación del viejo periodista Montiel empezaba a amenazar con dejar duras secuelas en la popularidad del partido de gobierno —las encuestas daban cuenta de un descenso vertiginoso en la simpatía sentida por los sectores populares, debido a la sensación de corrupción e impunidad en el régimen—, un nuevo y oportuno escándalo se posicionó en la opinión pública del país.

En un operativo de seguridad personal, desde una alcabala móvil de la Guardia Nacional, dispararon a mansalva contra un vehículo que desobedeció la voz de alto, dejando como saldo, muerto por múltiples impactos de bala, al prestigioso endocrinólogo de origen cubano, Filiberto Ortega.

Una vez más, las redes sociales se concentraron en repudiar el hecho. Los usuarios indignados aseguraban que el resguardo de la seguridad personal no podía seguir en

manos de militares sin preparación para ejercer funciones de prevención y control del delito.

Se organizó un *twiterazo* como medida de protesta para solicitar que se retirara de las calles a la Guardia Nacional y se atendiera con seriedad el problema de la inseguridad personal, que cobraba cientos de vidas a la semana. Miles al mes.

Inmediatamente surgieron también los rumores de que al médico lo habían mandado a matar los Castro, porque nunca le perdonaron su traición a la revolución cubana. Sostenían que Fidel se la había jurado al endocrino.

Otros, afirmaban que el General Edelmiro Berroterán, al ver que el doctor no había logrado hacer que su mujer quedara embarazada, y que se moría sin dejarle un heredero, había planificado la emboscada contra el médico.

Como sucedía cada vez que algo acontecía en el país, el evento subió como la espuma y se posicionó en los primeros puestos de los *trending topics*. Todo el mundo

parecía tener una opinión importante sobre lo ocurrido al médico disidente cubano. Y todas las opiniones tenían «*buena base*» y las informaciones provenían de «*muy buena fuente*».

Edelmiro, que esperaba en su casa la llegada de Cócó Villasmil para que de una buena y definitiva vez le dijese toda la verdad acerca de su difunta esposa, sonrió cuando leyó la versión de que al endocrino lo mandaron a matar porque pertenecía al cartel de «*La Cancillería*» y no había pagado el cuantioso monto que le exigía Dagoberto Hernández, capo de la organización, por haberse dejado incautar por las autoridades cuatrocientos kilos de cocaína de alta pureza que estaban bajo su responsabilidad y debían llegar camuflados en frascos de hormonas de crecimiento y fertilidad a Europa.

— ¡Qué fértil es la imaginación de este pueblo! Nunca mejor empleada la palabra «*fértil*». —Dijo riendo el general.

En ese momento le avisaron por el inter comunicador la llegada de la señora Cocó Villasmil.

—Déjela que estacione adentro y acompáñela al ascensor, por favor.

25

Toda la verdad

— ¿Quieres saber la verdad, Edelmiro? Muy bien, sírvenme un whisky doble y sirve uno para ti, que lo vas a necesitar.

—Dijo Cocó, acomodándose en el sofá donde aquella noche de tragos, hacía ya unos seis años, tuvieron su primer encuentro sexual.

—La verdad es que el endocrinólogo no te mintió. María Virginia también nació hombre, pero desde que tenía uso de razón se sintió mujer. De niña solo vestía ropas femeninas, con el consentimiento de su mamá, que no veía nada anormal en el asunto y confiaba en que al crecer se le quitaría «*la manía*», y el reproche de su padre, quien por no tener discusiones con su esposa, se resignó a ver a Alejandro con vestidos y tacones por la casa. Cuando llegó el momento de inscribirlo en la escuela, el niño sufrió horrores porque lo vestían con pantalones. Aborrecía con toda su alma el uniforme de los varones y soñaba con usar

el jumper. Su mamá, para consolarlo, le prometió que si hacía el sacrificio de ir a la escuela vestido de varón, ella le compraría su jumper para que el resto del día estuviera vestido de niña con sus medias tobilleras por casa.

«Los años fueron pasando y la vida del pobre niño se había hecho un infierno. No era fácil entonces, ni lo es ahora, tener disforia de género en un país tan machista como el nuestro. El *bullying* en su escuela hizo que el niño a los once años hubiera pasado por dos intentos de suicidio. Fue en el segundo, cuando nos conocimos en una clínica.

«Yo me recuperaba de una paliza que me habían dado unos policías homofóbicos cuando me prostituía en una oscura avenida. Me rompieron la nariz y me sacaron con navajas las prótesis mamarias.

Los hospitales y clínicas que en situaciones normales no se dan abasto para atender a la población, por esos días de revueltas populares y saqueos, estaban colapsados. En el país había una seria convulsión social y la población,

dirigida por líderes políticos y militares de rangos medios, se había lanzado a la calle a saquear comercios. Reinaba la anarquía y el descontrol.

«A Alejandro y a mí nos tocó compartir habitación en un hospital del Seguro Social, aún cuando a él, en un país serio, por su edad, le correspondería ir al área pediátrica. Pero quiso el destino juntarnos. Así que allí estábamos. Convalecientes los dos.

«El niño no podía dejar de mirarme. No parpadeaba. Sus ojos eran dos inmensos signos de interrogación y de admiración.

«— *¿Qué miras con esa cara de bobalicón?* —Le dije de mal humor.

««*Quiero ser como tú cuando sea grande*». Con esa frase me derritió el corazón. Nunca pensé en mi vida que alguien podría decir que le gustaría ser como yo. Nos hicimos inseparables y empezamos a planificar nuestra huida, juntas.

«Para esa época, venía cada septiembre, de Alemania, un hombre que se encargaba de reclutar putas y transexuales para llevarlas a prostituirse en Europa. El tipo daba casa y comida durante un año a cambio de que todo el dinero que generaba la actividad se lo embolsillaba él. Cumplido el año, les daba sus papeles de residencia y las liberaba para que hicieran lo que se les antojase. Algunas, decidían seguir con el proxeneta a cambio de un porcentaje, porque se sentían cuidadas y seguras. Otras, se iban a buscarse la vida, generalmente, prostituyéndose en las calles de París, España o Alemania que eran los mercados más apetecibles.

«Cuando Alejandro me contó de sus intentos de suicidio y del sufrimiento por el que había pasado desde pequeño, decidí convertirme en su hada madrina. Le pregunté si se quería ir conmigo a Europa en septiembre y los ojitos le brillaron de emoción.

«Empecé a planificar el escape. Contacté a un policía al que le daba mis servicios gratis y, por una mamada y tres billetes de cien, un hombre de la Oficina de Extranjería me

dio un pasaporte para el niño. Falsificamos la firma de los padres en un permiso para viajar y un registrador gay, que en las noches hacía su circuito buscando sexo en la misma zona donde yo vendía mamadas, pajas y completos, me ayudó para que el permiso contara con los sellos, firmas y con todo lo que se necesitaba para que fuese legal.

«A finales de septiembre, nos encontrábamos agarraditas de las manos en nuestros asientos del avión. Era la primera vez que las dos nos montábamos en un aparato de esos. Fue en ese vuelo cuando le pregunté cómo le gustaría llamarse y con su vocecita dulce dijo «*María Virginia, como mi maestra de primer grado*». A partir de allí, fuimos María Virginia y Cocó, inseparables, como dos súper heroínas de historietas.

«Te voy a ahorrar los detalles del infierno que vivimos ese año en manos del traficante de blancas. Solo te diré que de nada sirvieron mis ruegos para que no hiciera trabajar a María Virginia. Le dije que yo me sacrificaría y trabajaría el doble. Pero el malnacido no atendió a mis súplicas. Una

niña transexual era un bocado demasiado apetecible para los pederastas y se cobraba hasta cuatro veces más por sus servicios, debido al riesgo que involucraba. La pederastia siempre ha sido muy perseguida en todos los países desarrollados. Eso encarecía la tarifa. María Virginia, en el fondo, nunca me perdonó ese horror que tuvo que vivir para poder ser ella misma.

«Lo único bueno fue que el proxeneta cumplió su palabra y, al año, ya teníamos papeles legales para permanecer en Europa. Salimos de allí y a la primera oportunidad que tuvimos, nos fuimos a Francia, que era nuestro sueño dorado. Después de año y medio prostituyéndonos en las calles de París, dando mamadas a drogadictos e indigentes en las escalinatas del Sena, a cambio de una *baguette* con *Coca-Cola*, tuvimos la suerte de encontrarnos a Margarita D'Amicci, la madama de uno de los puticlubs más selectos de la Ciudad Luz. A su burdel acudían políticos, actores, intelectuales. Era el lugar top de la prostitución de alto *standing* y ofrecía, además, servicio de damas de compañía

a ejecutivos.

«Margarita nos acogió y empezó el proceso de educación de esas dos criaturas asustadizas que recogió en las calles. Luego de poco menos de un año, consideró que yo ya estaba lista para empezar a trabajar.

«María Virginia iba con ella a todos lados, le insistía en que quería trabajar también, pero la tía le decía que no, que ella estaba allí para aprender, para formarse en modales y arte. Que ya llegaría el momento de trabajar. Tía Margarita siempre le auguraba un promisorio destino a la hermosa niña.

«*Pero, quiero reunir dinero para operarme, tía*», decía la niña modosamente, y fue así como, un buen día, un pederasta multimillonario se encoñó con María Virginia, le pagó todo lo que se requería, hasta sicólogos y profesores. Y seis meses después de cumplir sus dieciocho años, María Virginia entró al quirófano del mejor cirujano de Francia para empezar la serie de operaciones que la harían verse como

siempre se había sentido. El pederasta pagó hasta el último centavo del definitivo entierro de Alejandro.

«Cuando tú te empeñaste en que se casaran, y ofreciste que le sacarías los papeles de nacimiento, ella se arriesgó a darte los datos de sus verdaderos padres, que los conservaba de aquel permiso con firmas falsas con el que viajamos a Europa con el tratante de blancas. De esa forma, la historia de su vida contaría con ciertos datos verdaderos, pues aparecería como hija de sus padres biológicos, quienes, efectivamente, a los seis meses de nuestra huida, murieron en un accidente al volcar su carro por un barranco e incendiarse.

«En ese accidente dieron por muerto también a su hijo. Nadie investigó mayor cosa. Todo lo supimos porque el proxeneta, que sabía perfectamente los detalles de nuestra huida, nos lo contó. Ella supuso —como efectivamente sucedió— que nadie se pondría a averiguar mayores detalles para hacer su nueva acta de nacimiento. Solo necesitaban los nombres de los padres con sus datos

verdaderos para crearle su nueva identidad.

«Lo demás, ya lo sabes tú perfectamente. La tía cayó en desgracia. El cáncer se comió todos sus ahorros y, el día que murió, tuvimos que vender el collar de esmeraldas que era lo único de valor que le quedaba para pagar su cremación y esparcir sus cenizas por el Sena».

Cocó rompió en llanto. Era un llanto liberador. Por fin había hecho un exorcismo a esos demonios que la atormentaban. Edelmiro la abrazó y lloró también. Terminaron revolcándose en la alfombra del estudio, tal y como lo habían hecho la primera vez, hacía poco más de cuatro años.

26

Los hechos

Mientras Ángel esperaba, frente al lujoso conjunto residencial, a que el vigilante le avisara al General Edelmiro Berroterán su llegada, vio tras las rejas a Cocó Villasmil, quien atravesaba la puerta de vidrio del hall, se montaba en su camioneta Montero y pasaba frente a él, levantando la mano hacía la portería, cual miss, en señal de despedida.

El vigilante dijo: «Hasta luego, señora Cocó» y dirigiéndose al muchacho que aguardaba:

—Pasa, el General te está esperando. Es en el *Pent-house* «A».

Cocó dio una rápida mirada al muchacho sin prestarle mayor atención y arrancó su vehículo.

— ¿Cómo te has sentido, Ángel? ¿Soñaste, anoche?

El general se encontraba sentado en la silla del escritorio del

inmenso salón dónde, minutos antes, era poseído sexualmente, por última vez, por Cocó Villasmil.

—Bien, General. Un poco lento y con sueño, pero el doctor me dijo que los medicamentos me pondrían así. Menos mal que las gotas me las mandó en las noches, así que, durante el día, ando un poco más espabilado. No soñé, en realidad. Sólo que, a eso del mediodía, sentí que su esposa me despertaba diciendo « ¡*Levántate Ángel, busca a Edelmiro!*».

El militar sonrió sin muchas ganas. Ángel continuó mientras miraba alrededor el lugar.

—El doctor me aseguró que, con el tratamiento, los sueños se irán.

Su mirada se detuvo ante un crucifijo de marfil que se encontraba sobre el escritorio. Abrió su bolso y sacó las fotos para compararlo con el de la mujer de la *Heaven*.

—Es igual al que tenía su esposa en las manos cuando la conseguí. Solo que el de ella tenía abiertos los ojos y este

los tiene cerrados.

—Eres muy observador, Ángel. Déjame ver esas fotos. Te contaré la historia de esos crucifijos.

«Cuando María Virginia y yo éramos novios, hicimos un corto viaje a Buenos Aires. En una tienda de antigüedades de San Telmo, vimos, entre un montón de artículos, el par de crucifijos y nos llamó la atención. El anticuario al ver nuestro interés, nos contó que provenían de África y que, según quien se los vendió a él, pertenecieron a una pareja que había prometido que cada uno sería enterrado, al morir, con un crucifijo.

«La historia que nos contó el hombre fue que era una especie de pacto para unirse en el más allá. El primero de los dos que muriese, pondría en las manos de su amado el crucifijo con los ojos abiertos, en señal de que desde la otra vida continuaría observándolo, cuidándolo y esperándolo. Al morir el otro, debía ser enterrado con el crucifijo de los ojos cerrados, como señal de que ya descansarían juntos y en

paz.

«Compré los crucifijos y María Virginia y yo prometimos cumplir con el ritual.

Ángel sintió un escalofrío al escuchar la historia. Sintió que los vellos de la espalda y cuello se le erizaban.

—Entonces usted estuvo esa noche...

El General se había levantado y había abierto la caja fuerte de la pared para guardar las fotos de María Virginia, mientras Ángel contemplaba el crucifijo. El muchacho levantó la mirada y observó al General.

— ¿Tienes más de estas? —Preguntó Edelmiro metiendo las fotos en la caja fuerte.

—Impresas no. Tengo más pero en mi computadora.

— ¿En el teléfono?

—No. Yo las descargué al computador y las borré del *Blackberry*.

Mientras respondía las preguntas del General, Ángel dio un vistazo al interior de la caja fuerte, sobre las fajas de dólares y euros pudo distinguir un grueso bigote y en el fondo, una gorra y un enrollado de tela de algodón oscuro que no tuvo que esforzarse mucho para comprender que se trataba del mono deportivo del hombre que aquella noche volcó el agua del balde y que aparecía llegando a la *Suite Española* con Cocó Villasmil.

Con tono de impotencia y derrota, pero sin sentir temor, Ángel dijo:

—Usted la mató...

El General sacó un pequeño álbum de fotografías y se lo enseñó al disminuido muchacho. En él estaban las fotos que le había pasado Delgado cuando fue a buscar el cuerpo de María Virginia y las que él mismo había tomado, luego de arreglar la habitación y dejarla impecable como la consiguió Ángel. Ahora, anexaría las tres imágenes del muchacho.

—Siéntate Ángel, como me entró la nostalgia y tengo dos

whiskies encima, te contaré lo que pasó esa noche.

«Era el día de mi ascenso a General de División. María Virginia me había dicho que no sentía ganas de ir a la fiesta, que no quería ver gente. Que le gustaría que celebráramos los dos solos.

«Le dije que no la obligaría a ir a la fiesta. Ya la excusaría ante la gente diciendo que se sentía mal. Que pensábamos que estaba embarazada y que le había sentado mal la preñez.

«Entonces, le propuse encontrarnos en el *Sueños Inn* para celebrar los dos solitos en la *Suite Heaven*, cumpliéndole la fantasía que por largo tiempo le había negado.

«Cuando María Virginia leyó la noticia de que David Carradine, el de Kung Fu, había muerto ahogado mientras practicaba la asfixia erótica, quedó impactada. Empezó a leer sobre la técnica de esa parafilia. Los que la practican sostienen que la sensación de placer del orgasmo aumenta considerablemente con la falta de oxígeno y el aumento de

CO2 en el cerebro. Mi mujer se obsesionó con la hipoxifilia, pero yo no accedía porque sabía que es una práctica peligrosa.

«Días antes de su muerte, por razones que no te explicaré, me enteré de que María Virginia, físicamente, nunca podría tener el orgasmo femenino que deseaba y, eso que producía esa incapacidad en ella para alcanzar el pleno placer sexual, podría ser mi ruina como militar y el final de mi carrera política. Entonces, planeé cómo complacer a María Virginia y eliminar los obstáculos en mi camino a la presidencia del país.

«Quedamos en que, cuando yo tuviera una mínima oportunidad, me escaparía de la fiesta de los ascensos y nos encontraríamos para ir al *Sueños Inn*.

«Poco después de media noche la llamé. Ya ella tenía en su bolso el ajuar de novia. *«Búscame a la salida del centro comercial que está a dos cuadras del hotel en quince minutos. Tú serás la novia raptada por su entrenador del*

gym. «Te voy a llevar al cielo», le dije.

«Dejé mi carro en el estacionamiento del centro comercial, después de cambiarme de ropa y ponerme el disfraz de entrenador deportivo. Nos fuimos en su camioneta hasta el hotel. Iba excitada y feliz.

«Cuando nos paramos frente a la puerta de la habitación, le señalé el nombre inscrito sobre ella *«Suite Heaven»* y le dije *«Te prometí que te llevaría al cielo»*. Reímos y entramos.

«Esa noche hicimos el amor como nunca. Con pasión y ternura. Sentíamos cada caricia. Cada beso era un derroche de sensaciones en todo el cuerpo. Puse la cinta de seda alrededor de su cuello y apreté suavemente. Ella gemía de placer, como jamás lo había hecho. Sus uñas se aferraron a mi espalda y me decía *«No pares, mon amour. ¡Aprieta!»*

«Su cuerpo empezó a tener pequeños espasmos. Los dedos de sus pies se movían frenéticamente. Estaba teniendo, por fin, el orgasmo con el que siempre soñó. La besé y continué apretando la cinta hasta que su cuerpo

quedó inmóvil. «*Nunca amaré a otra mujer como te amo a ti, María Virginia. Nos encontraremos en la otra vida, mon amour*», le dije. La acicalé, la peiné y maquillé. Quería que se viera hermosa cuando la encontraran. Arreglé la habitación. Siempre he sido maniático del orden y la limpieza. Puse el crucifijo entre sus manos y le tomé las fotos que viste. La besé por última vez y salí de la habitación. Al verte dormido en el suelo, me puse nervioso. No vi el balde y tropecé. Como una acción reflejo, recogí rápidamente la escoba para ponerla en su lugar.

«Fui al estacionamiento, me cambié la ropa de nuevo y volví a la fiesta. Casi nadie notó mi ausencia. Y a quienes preguntaron, les inventé una historia de una reunión política en otro salón con unos amigos que financiarían mi candidatura. Todo salió a la perfección».

—No todo, General, porque yo sé qué sucedió y tengo las fotos en mi computadora.

— ¡Ay, Ángel, qué problema tan serio en este país con la

inseguridad! El día menos pensado, llegan los ladrones a nuestra casa y se llevan nuestras pertenencias. No insistas, Ángel. Será la palabra de un muchacho con «Síndrome Bipolar Severo», así escribió aquí el psiquiatra, contra la del futuro Presidente del país.

Berroterán tomó el informe médico y leyó textualmente:

«El paciente tiene delirio persecutorio. Presenta un cuadro de disociación que no le permite distinguir lo que es real de lo que es producto de sus sueños e imaginación. Se recomienda reposo y tratamiento con Trileptal y Haldol en las dosis y horarios que se anexan a este informe...»

«Lo que hagas te perjudicará más a ti que a mí, Ángel. Podrías terminar internado en un sanatorio mental, o preso. ¿Has visto cómo son esos sitios para enfermos mentales en este país? De las cárceles, supongo que no tengo que contarte nada, porque todos los días hay denuncias de las condiciones inhumanas en las que sobreviven los presos. A ti te puede ir muy mal, Ángel, mientras que todos los

rumores que se puedan producir sobre mí, servirán para afianzar mi imagen de líder y hasta para ir creando un mito.

«Hace mucho, aprendí, Ángel, que en este país no hay publicidad mala. Todo lo contrario, entre más perversos y rocambolescos sean los rumores que surjan alrededor de una figura, más pegada, más *rating*, más *punch*, dirían los gringos, conseguirá esa persona en la población.

« ¡Vete, Ángel! Descansa y deja que mi amada María Virginia descansa también. Ya no tienes nada más que hacer por ella.

Ángel se levantó y, aturdido por todo lo que había visto y escuchado en ese *pent-house*, se fue a su casa. Quería llegar y atapuzarse de *Haldol* para dormir mucho. Dormir tranquilo, sin que la *sexy novia dormida* lo volviera a atormentar.

Epílogo

El teatro está al tope. Es el recinto más grande y con mayor aforo del país y la gente ya no cabe en él.

En el escenario se encuentra toda la plana mayor del partido. En el centro, frente a una mesa repleta de micrófonos de todos los medios de comunicación nacionales e internacionales, se hallan juntos el Vicepresidente de la Asamblea Nacional, Diputado Dagoberto Hernández y el General de División, Edelmiro Berroterán, para hacer el lanzamiento oficial de la candidatura del General Berroterán, escogido por consenso de la Dirección Nacional, para optar por la Presidencia de la República en los próximos comicios electorales.

En las primeras filas se encuentran los periodistas acreditados, quienes, al final, por sorteo, podrán hacer cuatro o cinco preguntas al candidato.

En las butacas siguientes, una serie de invitados especiales entre los que destacan el Presidente del Tribunal de

Justicia, Vicente Coronel, el Director Nacional de la Policía Científica, Daniel Delgado, la señora Cocó Villasmil la diseñadora de modas predilecta de las damas revolucionarias del país, un Vice ministro de Educación, el ex líder del colectivo *Revolución Organizada Colectivo Armado*, «R.O.C.A.», y actualmente Ministro de Alimentación, Quintino Ramírez; Carmelo Briceño y José Alberto Avendaño dueño de la cadena de hoteles *Sueños Inn* y el Gerente de su sede principal, respectivamente; el connotado psiquiatra Segismundo Portillo y otros representantes del sector de industria y comercio socialistas y de los ministerios y oficinas públicas.

Hay gran algarabía en las filas traseras y en los balcones y palcos, donde fueron ubicados líderes sociales, sindicales y representantes del «*pueblo*».

Dagoberto Hernández hace una breve presentación, destacando el currículum y las virtudes del candidato y le cede la palabra a Edelmiro Berroterán para que, en un corto discurso exponga sus propuestas generales al país.

Hernández le pide a su compañero de tolda que ofrezca las líneas generales de lo que sería su acción de gobierno, de resultar favorecido con la mayoría del voto popular en los venideros comicios, para un próximo período constitucional y que luego, dé paso a las preguntas de la prensa.

—Compañeros, antes que todo quiero que guardemos un minuto de silencio a la memoria de «Gigante» para que desde el cielo nos continúe guiando y dando luces en el camino de la profundización de la revolución que nos proponemos emprender en los próximos años. Lo que somos hoy, se lo debemos a él. Lo que sabemos, se lo aprendimos a él. El país que tenemos, es gracias a él. Esta es la patria que nos legó «Gigante». Todo lo que pasa en este país es gracias a su gobierno. Seguiremos gobernando como hasta ahora, con las líneas maestras que él nos trazó. Les prometo ser su más destacado y digno pupilo.

El teatro se puso de pie para rendir el minuto de silencio con el puño izquierdo elevado frente a sus caras.

—Ha concluido el minuto de silencio.

«Quiero decirles que lo primero y principal en mi gobierno será llevar la mayor felicidad posible a todos los habitantes de esta tierra bendita por Dios. En pocos años, el socialismo se habrá concretado definitivamente en una hermosa realidad en este país. Por fin, podremos decir que todos somos iguales y tenemos las mismas oportunidades para superarnos. Y que nos hemos liberado definitivamente de las amarras del imperialismo yanqui que nos ha tenido maniatados por siglos.

«Quiero agradecer con la mano en el corazón a mi compadre, el Diputado Dagoberto Hernández, todo el apoyo que ha prestado y seguirá prestando a mi candidatura. Su honorable y desprendido gesto de renunciar a sus propias aspiraciones *candidaturales* a favor de lo que las bases del partido querían y exigían, es evidencia de su bonhomía y gran talante democrático.

« ¡Cuento contigo, compadre, para alcanzar el triunfo!

Gracias a nuestra férrea unión, los opositores no tendrán la más mínima posibilidad de triunfo. El candidato de la derecha tendrá que irse a peinar *Barbies* en la casita de muñecas que le regaló su mamá, cuando hayamos acabado con él políticamente.

«Compañeros la revolución no se detiene. ¡Sigue, se profundiza y radicaliza!».

El teatro se viene abajo en aplausos. La gente no para de reír con la mención al candidato de oposición. Edelmiro da paso a las preguntas de los medios: — ¿Qué piensa hacer con la inseguridad, de ganar las elecciones?

—Como todos ustedes saben, yo viví en carne propia la muerte de mi amada esposa a manos de la delincuencia. Un golpe del que aún no me repongo del todo. A pesar de eso, les puedo asegurar que no es como la oposición mezquina dice, que en el ámbito de la seguridad personal estamos peor que antes. Todos sabemos que no es verdad. Sin

embargo, no podemos negar que sigue siendo una deuda pendiente de la revolución. Desde el mismo instante en que asumamos el poder, pondremos en práctica un nuevo plan para combatir la delincuencia que nos garantizará la anhelada paz y seguridad...

En el teatro se acaba de producir un gran desorden. De las tribunas ha saltado un joven y se ha subido sobre el escenario, arrebatándole el micrófono al General Berroterán.

— ¡Ese hombre es un asesino! ¡Ese hombre mató a su esposa! La ahorcó. ¡El General Berroterán no puede ser Presidente! ¡Las pruebas están en la caja fuerte de su casa!

Los guardias de seguridad logran rápidamente someter al aturdido espontáneo. Edelmiro Berroterán recupera el micrófono y dice:

— ¡Caja Fuerte, ja ja ja! ¿Para qué podría yo tener una caja fuerte? Para guardar allí mi humilde sueldo de General, será ja ja ja. Ese es mi amigo Ángel. Por favor, guardias, no le

hagan daño, yo lo conozco. Es un joven perturbado, con un trastorno severo de bipolaridad que le está tratando el doctor Segismundo Portillo, allí presente, por cierto. Por favor, que lo lleven a su casa y se lo entreguen a su madre. Debe ser que de nuevo dejó de tomarse la medicación. Continuemos con las preguntas.

—Entonces ¿no es cierto que usted y el Diputado Dagoberto son enemigos políticos?

— ¡Qué pregunta más necia! ¿Acaso no nos ves aquí, más juntos que nunca? Es más, estoy seguro de que cuando yo asuma la Presidencia, ya estará mi compadre ejerciendo el cargo de Presidente de la Asamblea de Diputados y, desde allí, impulsará las leyes patrióticas con las que haremos de éste país, un país de progreso y revolución. Una potencia socialista. Una última pregunta, a ver, tú, Yelibéth, del noticiero del canal del Estado, ¡pregunta!

— ¿Quién será nuestra Primera Dama, General, de resultar electo?

— ¡Ustedes! Todas ustedes. Todas las mujeres del país

Golcar Rojas

serán mi Primera Dama. Buenas Noches, compañeros.

Fin

GOLCAR ROJAS

Nací en un pequeño pueblo de Mérida, Venezuela, llamado «La Parroquia». El menor de trece hermanos —ocho mujeres y cinco hombres—. Hijo de Carmen —murió cuando yo tenía veinte— y Golfredo —murió cuando yo tenía siete—. De ella heredé la tolerancia, de él, el humor negro. De ambos, el amor por la familia y el país. Escribo porque me divierte y pretendo divertir a quien me lee. Es una válvula de escape para huir de una realidad que gracias a los muchos años de socialismo criollo, cada día se hace más hostil y extraña. Escribir es una forma de exiliarme. De escapar. Al tiempo que me ayuda a interpretar la extraña circunstancia que nos ha tocado vivir a los venezolanos. También escribo para dejar la huella de una vida plasmada en letras. A veces con humor, otras con drama, mis historias siempre tiene impregnada la marca del ser humano, de la vida humana. Mi vida es una constante lucha diaria contra los prejuicios. Mato uno y aparecen diez, pero sigo combatiéndolos y escribir también me ayuda en esa batalla.